

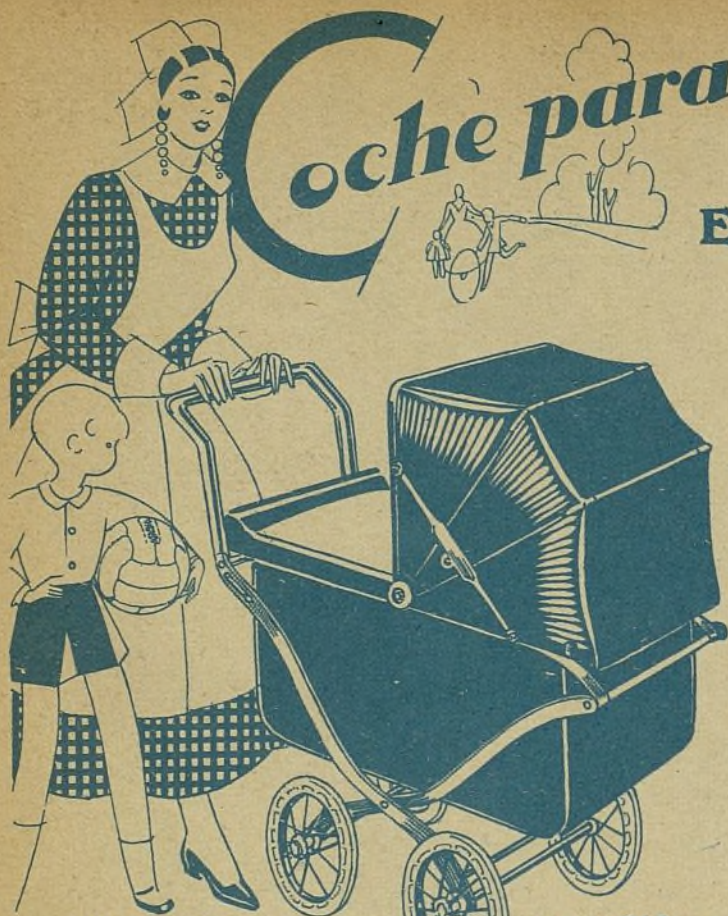
GRAN PROYECTOR

HISTORIAS REALES Y EMOCIONANTES DE
DETECTIVES



PROCESOS
REPORTAJES
DETECTIVISMO

Ayuntamiento de Madrid



CHIQUELIN N.º 1
(Plegable tijera)
Ruedas alveolas de 300 x 30

Precio 210 ptas.
a 10'50 al mes

Coche para niños marca CHIQUELIN

El descanso y la tranquilidad
para la madre

El reposo y la salud
para el niño

¡MADRES! Desde hoy, ya no más tener a vuestros hijitos en brazos, en posturas inverosímiles, e incómodas, que provocan su llanto con la consiguiente alteración de vuestros nervios, y al esposo que llega del trabajo ansioso de paz y descanso, le produce desazón encontrarse ante un cuadro tan lamentable, que en muchos casos, ha sido por desgracia, la causa original de discordias matrimoniales!

Además, cuantas enfermedades de los niños, como la desviación de la columna vertebral, provienen de no saber llevarles en brazos, y de obligarles tercamente a ir rígidos, cuando la posición que necesitan es la horizontal.

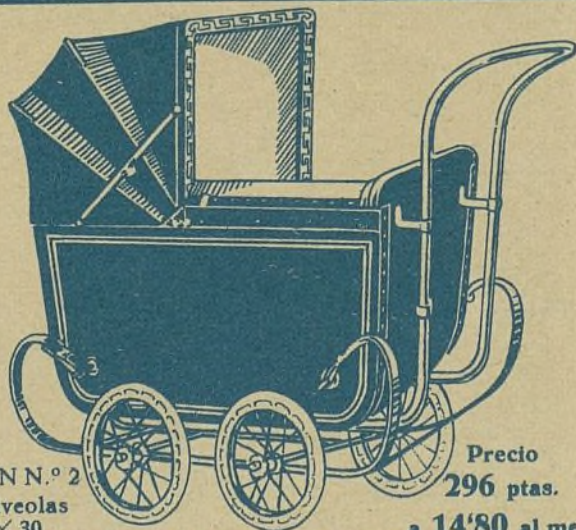
En el extranjero, el uso del cochecito para niños, no es ni mucho menos, privilegio de la gente adinerada, pues cualquier ciudadano, por modesta que sea su condición social, sabe destinar unos céntimos diarios para ofrecer este desahogo a su mujer y velar por el normal y sano desarrollo de su retoño.

20 meses de crédito

Contrariamente en España han sido hasta hoy, pocos los niños que han tenido la fortuna de ser paseados en cochecito por parques y paseos, provocando un suspiro a la humilde madre que se cruzaba a su paso, pensando que también quisiera AQUELLO para su nene...

Pero desde este instante, ya está este simpático vehículo al alcance de todas las fortunas, pues gracias a nuestra ORGANIZACION (la más perfecta, en su género) hemos logrado poder satisfacer este antiguo deseo de las madres españolas, proporcionándoles por 10'50 Ptas. al mes un soberbio cochecito, comodamente estudiado, de fabricación inglesa, sólido, esbelto de líneas, de suspensión suave, (acero puro templado) para conseguir la máxima comodidad del niño, y de un acabado tal, que solo una casa como CREDITO LOINAZ, S. A. contando con una clientela tan numerosa como selecta, es capaz de vender a estos precios sin competencia.

10'50 al mes



CHIQUELIN N.º 2
Ruedas alveolas
de 300 x 30

Precio
296 ptas.
a 14'80 al mes

BOLETIN DE COMPRA

Yo, el abajo firmado, declaro comprar a CREDITO LOINAZ, S. A., un Coche para niños marca CHIQUELIN, Modelo N.º conforme a su descripción y por el precio de ptas. a plazos de Ptas. al mes que me comprometo a pagar por vencimientos mensuales, el primero de Ptas. a la recepción y los restantes de Ptas. cada mes, hasta completa liquidación. Mientras no se haya satisfecho el importe de la prenda se considerará ésta en calidad de depósito en poder del comprador.

Nombre y dos apellidos Edad Profesión
Dirección del empleo Calle Población
Provincia Estación
Cuando la expedición se hace por f. c. cargamos 6 Ptas. por el embalaje que se cobran con el primer plazo.

FIRMA

Móvil de
15 céntimos

CREDITO S. LOINAZ, S. A., Miguel Imaz, 5 - SAN SEBASTIAN

Ayuntamiento de Madrid



HASTA MUY PRONTO

Dificultades que, por razones fáciles de comprender, están íntimamente ligadas con la índole del género que limita el campo de acción de GRAN PROYECTOR, nos obligan a suspender momentáneamente la publicación de este magazine.

Las opiniones — siempre acertadas y, por tanto, merecedoras de tenerse en cuenta — que espontáneamente nos han ido comunicando nuestros lectores, nos han sugerido una porción de ideas que, al madurarlas convenientemente, se han convertido en proyectos interesantísimos. Proyectos que, como es natural, afectan a la nueva orientación con que habría de tratarse el difícil género detectivesco, apenas cultivado en España por la complejidad que ofrecen, por una parte, los prejuicios inveterados y, por otra, las modernas corrientes criminológicas.

Mientras estudiamos, pues, la forma definitiva que habremos de dar a nuestro magazine, nos ha parecido mejor interrumpir momentáneamente su publicación para reanudarla, muy pronto, en una nueva era que, sin género de duda, será la consagración — digámoslo así — de la franca simpatía con que el público de España y América latina ha acogido el magazine GRAN PROYECTOR. Sólo una pequeña dificultad se nos ha presentado en ello: que el folletín de la novela «El hombre de la litera número 10» quedaba sin terminar. Para resolverla equitativamente sin que el lector se vea defraudado en su interés por continuar la narración novelesca, hemos adquirido la mayor parte de la edición de dicha obra — publicada en las «Ediciones Edita» — para servirla, a un módico precio, a los lectores que la deseen. Así, por el mínimo importe de dos pesetas — precio muy inferior al de coste — podemos servir al lector que le interese un ejemplar de la novela completa, encuadernada en tela, que vale para el público en general 5'50 pesetas. Basta, para obtener esta ventaja, con utilizar el cupón que publicamos en la página final de este número, a continuación del mismo folletín.

La pantalla es para ella.



Recetas y Secretos de Belleza.



La Moda en el Cine.



Lo que va de ayer a hoy



Las grandes



Espectáculos.

Los Mejores



La gracia



en el Cine.

Las Artistas



en la Intimidad.

Argumentos

todo esto se lo refleja el cine

y todo esto se lo refleja a usted

films selectos

semanario cinematográfico ilustrado

la mejor revista de cine editada hasta la fecha

suscríbase usted

adquiérala usted

30 CÉNTIMOS

CADA SÁBADO

FILMS SELECTOS

Diputación, 219 BARCELONA

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre, 8'75 ptas. - Semestre, 7'50 - Año, 15

Nombre
Calle núm. Población
Provincia Desea suscribirse a Films Selectos, por un trimestre-
semestre - un año. (Táchese lo que no interese.) A partir del 1.º
El importe se lo remito por giro postal núm. impuesto en
o en sellos de correo. (Táchese lo que no interese.)
(Firma del suscriptor) de de 193..

GRAN PROYECTOR

MENSUAL

Año I

DICIEMBRE 1930

Núm. 7

SUMARIO

Hasta muy pronto.	3
<i>(Editorial de «Gran Proyector».)</i>	
La «Modelo», es decir, la Prisión Celular de Barcelona, por dentro, por Juan Rosell	4
<i>(Un reportaje de la vida entre rejas.)</i>	
Por el Collar de un Chino (III), por Roswell Bailey	9
<i>(Episodio final, con el suceso más sorprendente de la serie.)</i>	
El Harakiri	13
<i>(El suicidio heroico del Japón.)</i>	
Fotografía de Rod La Rocque, Stanwich y Baye en «La Puerta Cerrada»	14
Fotografía de Stanwich y Rod La Rocque en «La Puerta Cerrada»	15
En el Vagón de Pancho Villa, por Juan Rosell	16
<i>(Una escena de la que pende la vida de trescientos setenta prisioneros.)</i>	
Casos y Cosas	18
<i>(Algo de lo que sucede en todo el mundo.)</i>	
La Extraña Psicosis de don Federico, por Antonio Orts-Ramos	19
<i>(Unas páginas alucinantes de la vida de manicomio.)</i>	
Fotografía de una escena de «La torre misteriosa»	22
Fotografía de una escena de «La torre misteriosa»	23
Delitos Tragicómicos, por Don Justo	24
<i>(Comentarios cómicos.)</i>	
Peligro de Muerte, por Luis Leclercq Rigau	25
<i>(Un drama en una central eléctrica de los Vosgos.)</i>	
Los Dramas del Contrabando, por Kate Vivien	28
<i>(La formidable organización de los contrabandistas de Hollywood.)</i>	
El Amor Homicida de Pedro Vicent Elizabide, por G. P. M.	30
<i>(Un proceso de 1840 instruido por un triple asesinato.)</i>	
Robo sin Ladrón, por Félix Romeu	33
<i>(¿Puede darse el caso de que exista un robo sin que haya persona que robe?)</i>	
Hazañas del Detective Tim Yesyés, historieta por Moreno	36
<i>(VII. El falso hipnotizador.)</i>	
Atracadores y Ratas de Hotel, por Segundo Holmes	37
<i>(Aspectos de la gente del hampa.)</i>	
Seis bandidos, seis minutos y 60,000 dólares, por D. L. Michel	40
<i>(Un robo audaz al coche correo de Los Angeles.)</i>	
Cascarrabias	44
<i>(Argumento cinematográfico.)</i>	
Maria Estuardo	47
<i>(El crimen en la Historia: cómo se trama y cómo se realiza.)</i>	
¿Cómo sucedió?	57
<i>(Solución del segundo concurso de «Gran Proyector».)</i>	

Ejemplar suelto.... 1'25 pesetas

POR SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA: Un año . . . 15 ptas.
AMÉRICA: Un año . . . 19 ptas.
OTROS PAÍSES: Un año . 25 ptas

REDACCIÓN

Diputación, 211. - BARCELONA

ADMINISTRACIÓN

Diputación, 211. - BARCELONA

Valverde, 30 y 32. - MADRID

Administración de Publicidad en esta Revista

PUBLICITAS, S. A.

ORGANIZACIÓN MODERNA DE PUBLICIDAD

BARCELONA: Plaza Cataluña, 9, 1.º
Teléfono 16406. — Apartado 228
— MADRID: Gran Vía, 13 —
Teléfono 16375. — Apartado 911

La "MODELO", es decir

Un reportaje de la vida entre rejas
por JUAN ROSELL

Cuando la calle se deja atrás... ¡La cárcel!

DOS palabras. Dos sensaciones también. Para la gente que no conoce el encierro, una de horror, de repugnancia, de escalofrío; para la otra — la que no tiembla al contacto con las rejas — una de indiferencia...

Muros altísimos y lisos; piedra gris, del color sin alma; bayonetas; un no sé qué repelente, en fin.

Todo esto son visiones exteriores.

¿Por las interiores preguntáis? Un momento. Las interiores, yo las desconocía. A ello debióse la inquietud que sentí al franquear el portal, cuyas piedras parece imposible conserven su dureza ante los infinitos desgarros de almas de que han sido testigos... ¡El portal de la calle!

La calle, sí. De la otra vida que es la calle, muros adentro; de la otra vida que muros adentro se adivina desde la calle.

Pasa conmigo, lector, de una a otra. Adentrémonos en la cárcel. ¿Me sigues, no? Un patio, un gran patio, una sensación, aún, de libertad, puesto que arriba todavía hay cielo.

Pero si no levantamos los ojos, la visión del encierro viene a nosotros directa y terrible. En el fondo del patio hay una puerta, perdón, una reja enorme, altísima, impresionante...

Está cerrada. Pegada a ella hay una pobre mujer, desgredada, pingajosa y lamentable, que llora, insiste, gimotea, con un niño de corta edad agarrado a sus faldas y un lío de ropas entre las manos.

— ¡Que no puede ser! ¡Hoy no es día para eso!

No ha sido la reja la que habló, pero fué a los hierros fríos y terribles adonde se dirigió la mirada turbia de lágrimas de la mujer, que con paso vacilante y cansino, más vencida que nunca, con su hatillo y su niño deshizo, patio a través, el camino andado.

Escenas de la cárcel...

«Vea, averigüe, interroque, visite...»

ANTES de que se descorrieran cerrojos y rechinasen goznes, nos acogió la fría severidad del despacho directorial.

Severidad que la sonrisa cordial de don Nicolás Navas, el actual director de la Prisión Celular de Barcelona, atenuó no poco.

— Vea, averigüe, interroque, visite, fotografíe, suba y baje, entre y salga... Infórmese e indague a su gusto. Aquí no tenemos nada que ocultar...

— díjome con toda franqueza el director de la cárcel.

Un poco más y me suelta el cortés y consabido: «Está usted en su casa.» ¡Gracias, gracias!

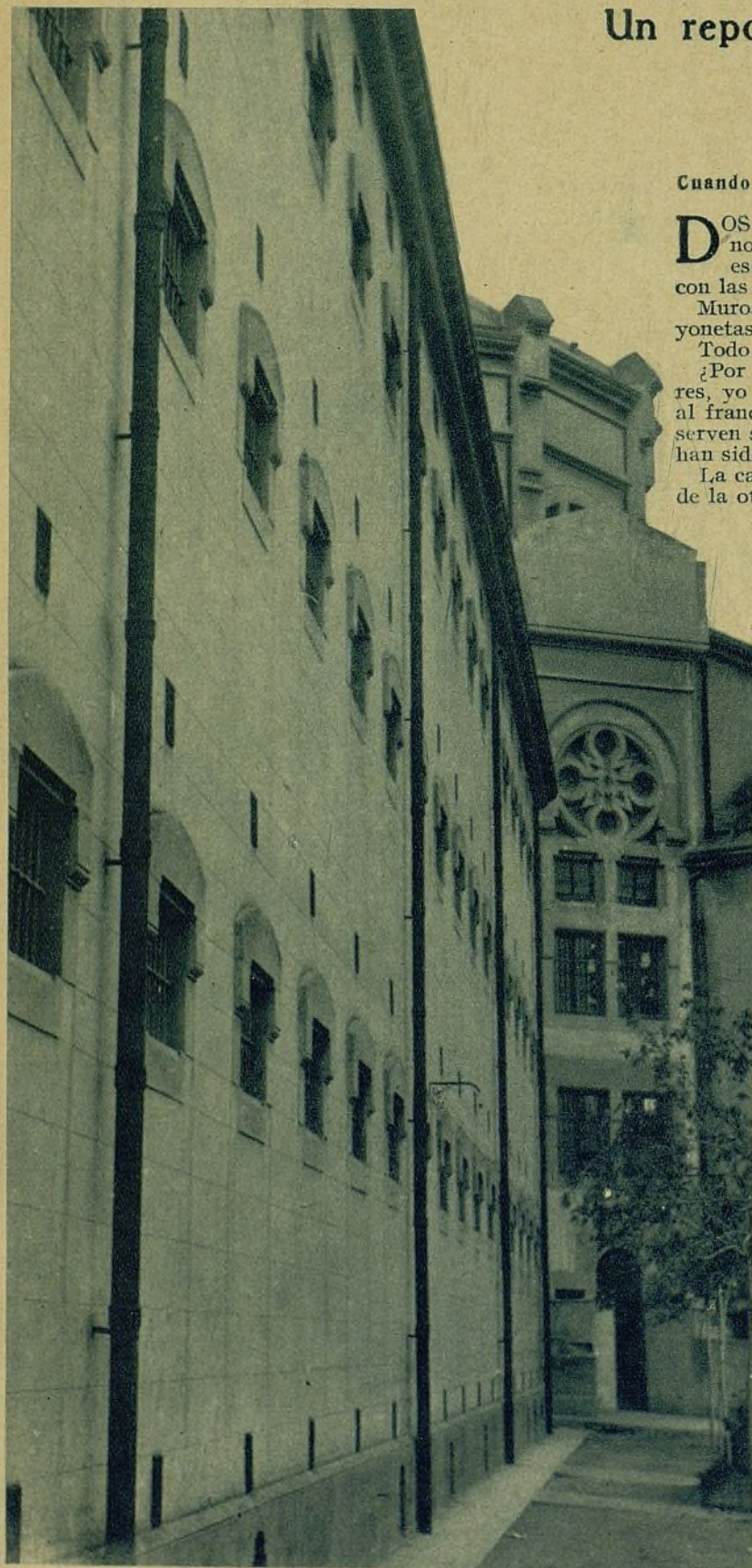
Trámites breves y, en compañía de un funcionario, encuéntrome frente a la reja inmovible de antes.

Para mí, los gruesos barrotes giran. Es que me acompaña un «¡ábrete, sésamo!» en forma de papel y con muchos y muy solemnes sellos.

Adelante. Un paso, otro y ya está la reja a mi espalda.

¿En la cárcel de veras ya? Casi, nada más.

Un muro alto, liso y grisáceo; ventanas abundantes y en hileras; y rejas, rejas, muchas rejas. He aquí una visión perfecta de la cárcel, tal cual la contempla el que no está dentro.



la PRISIÓN CELULAR de BARCELONA, POR DENTRO



Porque si tengo una reja detrás, tengo otra delante. Chirría también ésta y, dócilmente, me deja paso...

A mi izquierda, inmóvil, brilla la bayoneta de un soldado que está de guardia; a la derecha, un teniente, repantigado en una silla, bosteza. A mi encuentro viene un hombre alto, afeitado, de maneras correctas y mirar penetrante, vistiendo uniforme kaki, llevando espadín al costado y tocada su cabeza con una gorra de plato en la que destacan las letras C P, es decir, Cuerpo de Prisiones.

La presentación es rápida:

— Les acompañará el ayudante don José Albadalejo, que, por estar de guardia, es hoy quien manda aquí dentro...

Y nos estrechamos la mano.

En aquel momento, pasó junto a nosotros un hombre, portador de una escoba, vistiendo uniforme azul claro con ribetes amarillos.

— ¡Ah, sí! Es uno de los que están cumpliendo condena...

Presos con navajas en la mano...

ESTAMOS en el «corazón de la tragedia» — ¡oh gran Gómez Carrillo!

Quiero decir que me encuentro en la rotonda central de la cárcel, punto al cual convergen todos los pasillos y galerías del edificio. Algo así como el centro de una estrella.

En este centro levántase una espaciosa garita de cristales ocupada en el momento en que me acerco a ella por un funcionario subalterno. La garita tiene un nombre: «Centro de Vigilancia», puesto que centraliza la vida interior de la cárcel. Allí el ayudante de servicio recibe los innumerables partes que, con mil y un motivos, le dirigen los auxiliares al cuidado de las galerías; allí oye y juzga los peca-dillos e incidentes que ocurren en las celdas o fuera de ellas...

— Un continuo juicio de faltas, créame... — me dicen.

Un conjunto arquitectónicamente correcto. Trátase del «corazón de la tragedia», es decir, del punto central de la cárcel, rotonda enorme con un punto reducido y todopoderoso: la garita llamada «Centro de Vigilancia», desde donde cuidase del mantenimiento del orden.



Ayuntamiento de Madrid



El trabajo es el único consuelo del preso. ¡Por algo han sido siempre los presos trabajadores incomparables! Sin embargo, aunque el espíritu, por medio de la labor, logre escapar momentáneamente a la abrumadora tristeza del encierro, el cuerpo, es decir, lo material, se da perfecta cuenta de que las rejas están siempre presentes...

Lo creo. ¿No hay seiscientos veinte presos en el edificio? ¿Cómo, a pesar de la rigidez y de la disciplina, no ha de haber abundancia de materia delictiva?

De pronto, un ruido que me recuerda la vida libre llega a mis oídos. Unas tijeras cantan; cantan como sólo saben hacerlas cantar los dedos de un barbero...

— ¿La barbería?

— Sí, ahí cerca. Va usted a verla.

La veo, estoy en ella tras haber andado una docena de metros. Una barbería que vale lo que no muchísimas de la calle. Hay cinco sillones americanos de paja y níquel, con esas articulaciones inverosímiles y sabias que invitan al sueño. Y los encarcelados Fígaros no sólo visten pulquérrimas batas, sino que hay en sus personas el atildamiento profesional de buena regla en los establecimientos caros.

— ¿Cómo llegan, aquí, al cargo, los barberos? Pues a medias por su buena conducta y su valía en la profesión, comprobada esta última por medio de un período de ensayo. Y sobran siempre candidatos.

— ¿Y cuántas veces puede un preso afeitarse?

— Pues tres por semana. La barbería funciona de las ocho de la mañana a las seis de la tarde. Al llegar a esta hora, el barbero deja las tijeras, la navaja y la brocha y se va a su celda.

En aquel momento, mi interlocutor reconoce a un compañero suyo, oficial también del Cuerpo de Prisiones, semitendido en un sillón y con la cara blanca del jabón.

— ¡Adiós!

Salimos, mientras el filo de la navaja barbera, manejada por un preso, pasa sobre la garganta del carcelero...

¡Ya no hay galápagos!

— ¿Sabe usted lo que eran los «galápagos»? — me preguntan.

— Sí, aunque vagamente. Se trataba, creo, de unos pasillos construidos en los patios, ¿no?

— Verá usted. El régimen celular prolongábase hasta durante los paseos al aire libre. El preso, durante su paseo reglamentario, estaba como encliquerao, ya solo, ya por grupos.

— ¡Pero esto era inhumano! Se le robaba o poco menos al preso el aire libre que tenía derecho a disfrutar durante el paseo.

Mi interlocutor, discreto, se limita a proseguir:

— Los galápagos fueron suprimidos y los presos pueden ahora circular por grupos o como les parezca mientras están en el patio...

Una ojeada al patio en que me encuentro permítame fácilmente ver en qué consistía el encierro bajo la bóveda azul del cielo. En tierra destacan aún las líneas blancas de lo que fueron muros de separación. ¡Qué cosa más triste debía de ser contemplar desde el pedestal del vigilante las idas y venidas del preso en un pasillo al aire libre! Porque los galápagos eran dominados por lo alto por el funcionario de guardia, subido a una especie de pilón de ladrillo...

— Los seis patios que tiene la cárcel, uno por galería, eran iguales; había galápagos en todos. Fué don Heraclio Iglesias, el director anterior, quien ordenó el derribo, dejando los patios libres cual los ve usted ahora — me explica mi acompañante.

¿Cómo le place al espíritu, lector, constatar mejoras humanitarias entre rejas!

Hay cuatro clases de celdas.

DEAMBULANDO por las galerías, todas iguales, se me ocurre abrir la puerta de una celda. «Vamos a ver — me digo — cómo se vive ahí.»

Un preso, el que actúa de ordenanza en la galería, acude.



Aspecto limpio y hacendoso; pero en la «mesa» hay revistas y botellitas de cerveza; en la estantería platos, panes y una máquina de escribir portátil... Heterogeneidad absurda y triste que delata en seguida un modo de vivir: el carcelario... ¡Hay mucho de prisión en esta estancia que quieren alegrar las pueriles y adocenadas pinturas del muro!

Mientras abre la celda, le interrogo:

— ¿Llevas mucho tiempo aquí?

— Me farten tre meze, zeñorito...

¡Qué carcelaria la respuesta! Lo que te importa, pobre preso, es salir ¿no? El tiempo pasado aquí no cuenta para nada; sólo cuenta, sólo pesa, sólo oprime el que media entre el momento que se vive y la libertad...

Ya está la puerta abierta. Ya estoy, solo, en una celda. Veamos la cama; es de hierro, plegable contra la pared, con un jergón de paja (el clásico «petate») y una manta. No hay mesa; una tabla cuyo sostén está en el muro hace sus veces. Una estantería sirve para que no anden los objetos del preso por los suelos. Hay un lavabo con agua corriente y un «water» con tapa articulada. Y para sentarse un taburete. ¡Ah! En el lavabo no hay espejo; como el cristal corta...

Examino ahora mis sentimientos. Sensación de horror, no, puesto que la celda tiene lo menos posible de la mazmorra legendaria. Sensación, sí, de tristeza, mucha tristeza a pesar de los muros color gris claro...

— ¿Celda ordinaria, no es verdad? — pregunto al salir.

— Sí. Mas, aunque a usted le asombre, igual a las otras.

— ¿A cuáles?

— A las de preferencia y a las de los políticos. ¿Quiere usted comprobarlo?

Echo a andar en el acto.

No sé en qué galería, creo que en la sexta, hace alto mi guía.

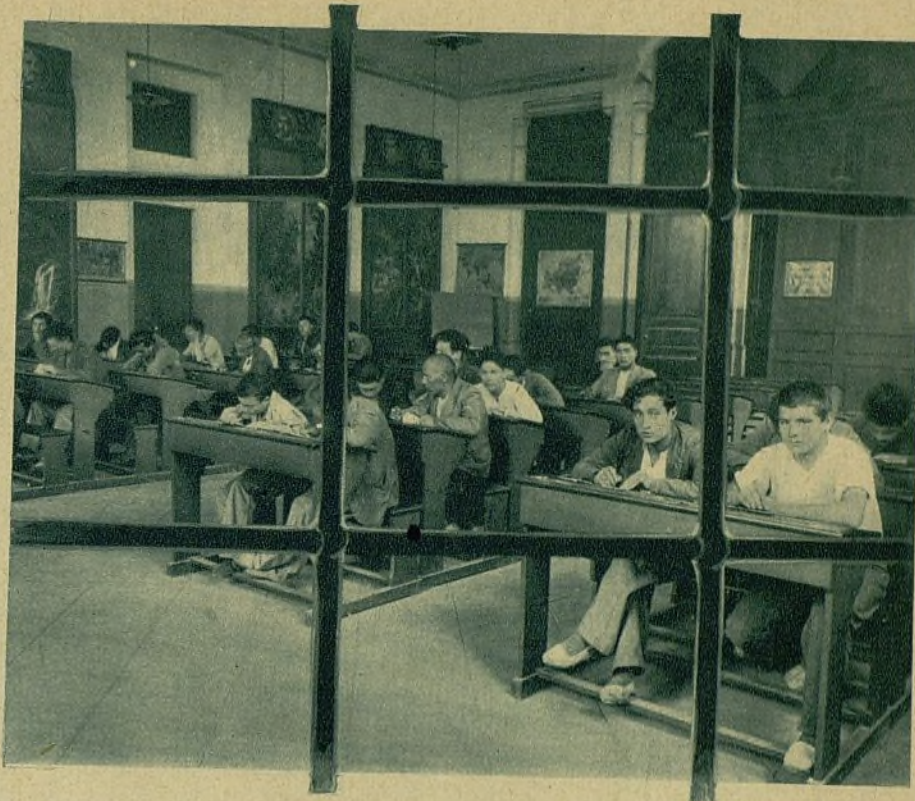
— Como los presos políticos están en el patio, puede usted visitar una de sus celdas.

Entro. Es idéntica a la anterior. Difiere en los objetos para uso del preso. En la celda de un preso por delitos comunes había un invernadero de alcohol en la estantería; en la del preso político, hay libros y periódicos...

Examino con más atención. No fuera a escapármese precisamente el detalle de más fuerza. De pronto, mis ojos dan con algo nuevo. ¡Sobre la tabla que hace de mesa pende una lámpara eléctrica de las llamadas «nitras»!

— ¿Lo ve usted? — dígame al guía. — Ya tengo una novedad.

— Es una concesión hecha a los presos políticos por el actual director. Concesión ampliada por el hecho de concederle al preso político la facultad de tener el interruptor de la luz dentro de la celda, mientras el preso común tiene el interruptor



La cultura es, al mismo tiempo, una auténtica obra de misericordia en la cárcel... Aquí tiene el lector una fotografía de la escuela de la «Modelo». Caras juveniles; pero no sonrisas... El delito, con todo su interminable y calamitoso cortejo, alejó del aula carcelaria — ¡siempre las rejas! — toda alegría.

fuera, manejándolo, por consiguiente, el funcionario de servicio según lo crea conveniente para las necesidades de la vigilancia, aparte de la hora en que arde reglamentariamente la lámpara en cada celda.

— ¿Y se les deja leer o escribir con luz toda la noche a los políticos?

— Sí, se les deja.

Salimos y pido entrar en una celda de preferencia.

— ¡Pero si es igual a las demás!

Me obstino y se me complace en seguida.

Damos unos pasos; el que me acompaña da una orden y se descorre un cerrojo. La puerta se abre... pero yo no entro.

Y es que de pie, elegante, sonriente y correctísimo, hay en el centro de la estancia un negro...

— ¡Hombre, qué casualidad! — me dice, interviniendo, el oficial que va conmigo. — Va usted a conocer a Fulano de Tal, boxeador, detenido aquí, en espera de su traslado a Madrid, donde está reclamado por un juzgado...

Y dirigiéndose al preso exclama:

— ¿Qué tal? ¿Cómo va eso?

— Pues mire, no va mal, don José. Me disponía a comer. Si ustedes gustan...

Humean, en efecto, sobre la tabla un plato de arroz a la valenciana, apetitoso por cierto; junto a él otro plato con merluza frita y en un ángulo hay uvas, pan y un vaso de vino. Adelántase mi acompañante a toda pregunta:

— Es comida del economato de la cárcel. Lo que ve usted, cuesta escasamente seis reales.

Barato es, en efecto. Pero no es la comida lo que me interesa. Busco algo, un detalle que me demuestre que estoy en una celda preferente.



¿Ve el lector en este patio estas líneas que guardan tanta simetría? Pues es lo que queda de los sinistros y absurdos «galápagos», ladrones de aire y de sol... Porque, no hace aún mucho, cada línea era una pared, viéndose obligado el preso a pasear entre dos muros elevados. Era una cruel prolongación al aire libre del sistema celular...

— ¡Ya está! — exclamo — ¡Lo tengo! En la cama hay sábanas...
— Esto — se me explica en seguida — es una diferencia que se está acabando. Hasta ahora las sábanas eran el único justificante de la peseta con cincuenta céntimos que paga diariamente el preso de preferencia. Pero, dentro de pocos días, esta diferencia habrá desaparecido, puesto que el director de la cárcel ha recibido de Madrid la autorización necesaria para dar sábanas, una por lo menos, a todos, absolutamente a todos los presos...

Mientras nos vamos, mi interlocutor repara una omisión:
— Se me olvidaba. El preso que paga la preferencia puede recibir visitas durante una hora todos los días, es decir, como los presos políticos, mientras el preso ordinario ha de estar sujeto, para recibir visitas, al reglamento, el cual fija determinados días.

He dicho antes que nos vamos. ¿Que a dónde? Pues a los sótanos de la cárcel: a las celdas de castigo, a las que alojan a los presos culpables de faltas ya de consideración.

Bajamos unos peldaños y llegamos a un corredor con poca luz.

Un hombre uniformado se acerca y saluda a nuestro guía:

— Sin novedad, mi ayudante.

Se nos abre una celda. Mientras son accionados los cerrojos, siento en mí una inquietud profunda, como una especie de miedo, a saber, a conocer, a presenciar...

Mas la puerta está ya abierta y no tengo más remedio que penetrar en la celda. Está vacía y la luz es escasa. Busco, en vano, la cama.

— No la hay — se me dice. — El reglamento dice que los presos que ocupan estas celdas deben dormir sobre una tabla, en el suelo... Sin embargo, aquí se les permite echar el «petate» sobre la tabla, evitando así la dureza excesiva de la misma.

La luz, que he dicho ya no es mucha, penetra en la celda por una ventana estrecha y muy alta en el muro.

— Las ventanas de estas celdas dan a ras de tierra a un patio; para precisar, al patio grande, al que está cerca de la calle...

¡Cómo deben de resonar en el corazón de los presos de las celdas subterráneas los pasos de los que van hacia la liberación!

En la escuela

SIENTO la necesidad imperiosa de escapar a las visiones de encierro, de penitencia, de castigo. He visto demasiados cerrojos, demasiada miseria material y moral.

Soy comprendido en el acto, puesto que mi acompañante me dice:

— Vamos ahora a visitar la escuela.

No sé si será verdad, pero tengo la sensación de que mis piernas son más ágiles y más rápidos mis pasos.

La escuela de la Prisión Celular de Barcelona es ventilada, es amplia, es luminosa. ¡Se acabaron los cuchitriles con cerrojos! Caben en ella y cómodamente hasta cincuenta alumnos.

Cuando entramos, hay exactamente veintisiete, a los cuales el maestro de turno (pues hay dos), don Mamel Cuenca, está enseñando pacientemente a escribir.

— Es la hora de la escritura — nos dice con amabilidad. — Nada, desde luego, de perfeccionamientos caligráficos. Pero hacemos cuanto podemos...

— ¿Cuenta usted con alumnos aprovechados?

— Los hay inteligentes, pero no tienen tiempo de aprovechar las lecciones, ya que son casi todos preventivos y, por lo tanto, se van en seguida...

— Mas como vuelven...

— Sí, pero, en la calle, olvidan. Uno tengo ahora, aquel de pelo rubio, ¿lo ve usted?, que, en lo que va de año, ha cumplido aquí cuatro quincenas; es el más adelantado, claro está... El delito hará que haya un analfabeto menos...

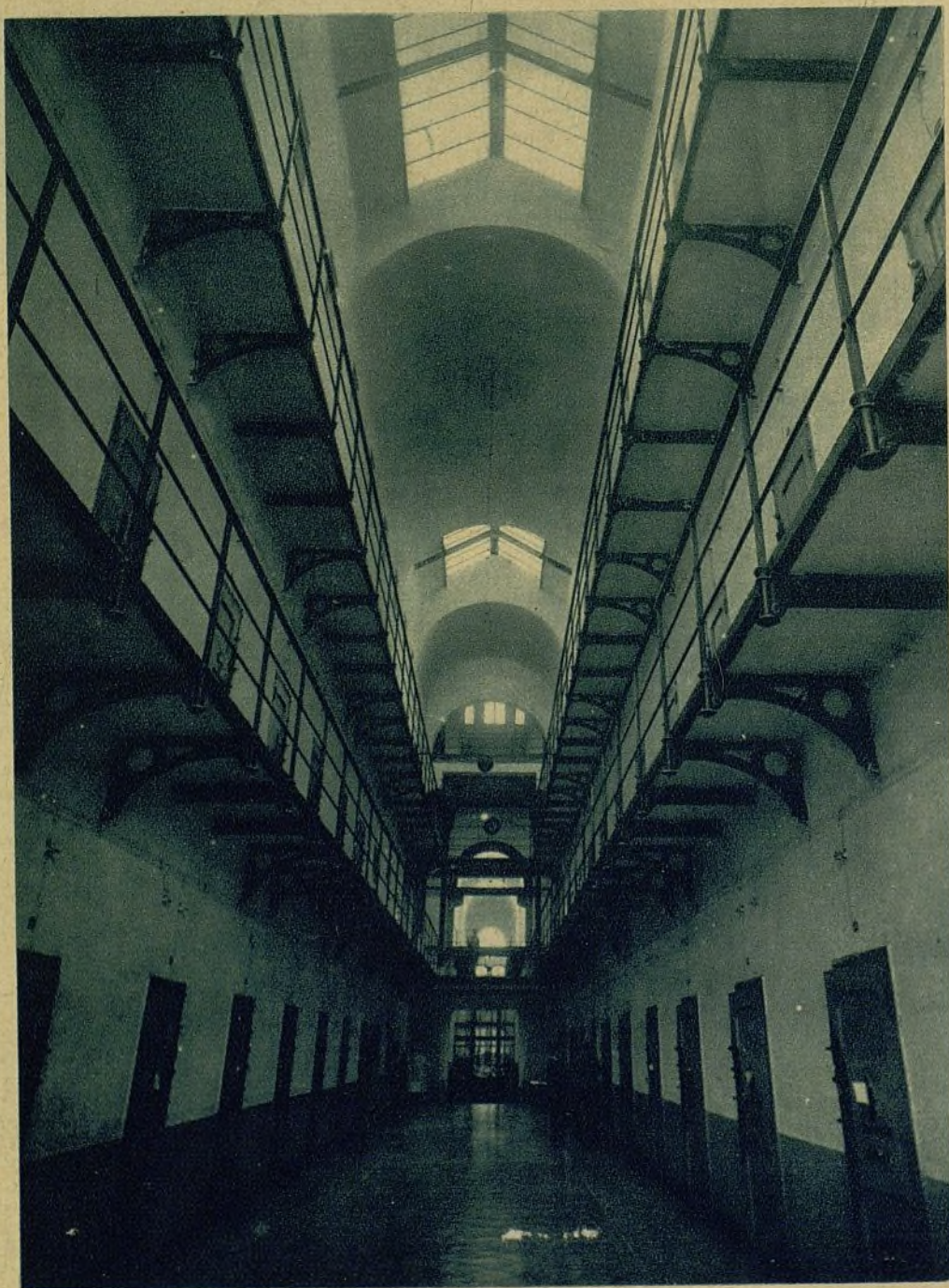
Triste y lamentable compensación.

El maestro prosigue:

— Si el régimen escolar penitenciario no viviera en la miseria en que vive, algo más, desde luego, lograríamos. Andamos escasos de todo; falta papel, plumas, lápices, libros, tinta; falta de todo, en fin. Y ello es comprensible, lógico. No se asombre usted: la consignación que para material tiene esta escuela es de diez pesetas mensuales...

Hay cifras que no permiten, en efecto, el menor milagro.

(Continúa en la página 77)



Una galería. Puede ser lo mismo la 2.^a que la 6.^a; todas son iguales. En todas ellas hay una serie interminable de puertas grises... tras cada una de las cuales el delito — y también a veces la injusticia — mantiene a un hombre privado de libertad.



CUANDO un hombre expone su vida por obtener un crecido botín, es natural que se valga de todos los medios imaginables para conseguirlo. Pero ningún hombre ha recurrido a medios más desesperados que los empleados por el astuto Sing Ling para obtener las codiciadas perlas.

por el Doctor
ROSWELL BAILEY

según su relato a
CARL EASTON WILLIAMS



Por el COLLAR de un CHINO

RESUMEN de lo publicado en los números anteriores. — En una casa donde se ha cometido un doble crimen se encuentran el doctor Roswell Bailey y el periodista Carl Easton. Terminado su trabajo, el médico invita a Easton a que le acompañe a la ciudad, pero éste le hace observar que no está bien dejar solos a los cadáveres. El doctor, riéndose, le contesta que la costumbre sentimental de velar los muertos no tiene ninguna utilidad práctica y que, en estos casos, lo mejor es irse a dormir. Y, para demostrárselo, le cuenta un interesante hecho que a él le sucedió.

Años antes, el doctor Roswell era médico auxiliar de una importante compañía minera. En la aldea donde vivía apareció cierto día un individuo de aspecto dudoso, llamado Frisco Irish, del cual se sospechaba que era el autor del robo, cometido en San Francisco, de un collar de perlas, valorado en doscientos cincuenta mil dólares. Confirmada esta sospecha, el sheriff se dispuso a detener a Frisco, pero le encontró adormecido por los efectos del opio en un fumadero y sin el collar que buscaba. Interrogado Sing Ling — el dueño del fumadero — confesó que fué él quien, aprovechando el sueño de Frisco, le había sacado del bolsillo el collar para contemplarlo, pero que lo dejó encima de una mesa, y alguien, pasando la mano por el cristal rojo de una ventana, se llevó misteriosamente la joya. Después de detener a los dos, el sheriff continuó sus investigaciones en busca del tercer ladrón del collar, averiguando que, a la hora en que Sing Ling declaró que le habían robado el collar por la ventana, se vio que rondaba la casa un lavandero chino llamado Sam Wong. Como resultó que éste había huido a la montaña, el sheriff salió

inmediatamente en su busca y le encontró tendido en el suelo, desangrándose. Le condujo a una cabaña cercana y llamó al doctor Roswell, cuyos cuidados no lograron salvar la vida del chino, el cual expiró sin haber declarado y sin que se le encontrase encima el misterioso collar. Aunque el sheriff con sus hombres dió una batida por los alrededores, no encontró a nadie, excepto al doctor Beecher, médico principal de la compañía minera, hombre casi degenerado, el cual, acompañado de un individuo llamado Shifty Joe, se dirigía a visitar a un enfermo. Después de la inútil búsqueda, el sheriff decidió regresar a la ciudad, pero el doctor Roswell, en vista del mal tiempo, prefirió acabar de pasar la noche en la cabaña, en la que sólo vivía accidentalmente un mestizo a quien llamaban Jorge el Soñoliento. Como en la casa solamente había dos camas — la de Jorge, que era pequeña, y otra mayor, suficiente para dos personas, ocupada entonces por el cadáver del chino — el mestizo quería trasladar a la cama pequeña el cadáver, pero el doctor se opuso afirmando que no siendo supersticioso no tenía inconveniente en dormir con un muerto. Y así lo hizo con gran espanto de Jorge.

Al día siguiente se despertó con la cabeza muy pesada, a consecuencia seguramente de una fuerte pesadilla, durante la cual creyó sentir el olor característico del cloroformo y la presencia de unos hombres que se disponían a operarle. También notó un ligero escozor en el brazo, producido por un puntito negro, que atribuyó a la picadura de algún insecto.

De vuelta a su casa, penetró en la habitación de su colega y vecino, el doctor Beecher, en busca de tinta para su estilográfica

y, por casualidad, se dió cuenta de que, adherido al cajón de la mesa, había un pedazo de goma de mascar, cosa que no dejó de sorprenderle, pues sabía que Beecher solamente mascaba tabaco.

Aprovechando una visita que hizo al sheriff, se entrevistó en la cárcel con Sing Ling, el cual, al enterarse de que Sam Wong había muerto, se limitó a preguntarle si antes de expirar había vomitado. Enterado de que Sam Wong tenía la facultad de vomitar a voluntad, sospechó el doctor Roswell que posiblemente las perlas se encontraban en el esófago del chino muerto, y, relacionando esto con la pesadilla que sufrió la noche en que durmió en la cabaña del monte, dedujo que alguien que estaba enterado del paradero de las perlas — seguramente el mismo doctor Beecher — le cloroformizó a él y operó al cadáver de Sam Wong para apoderarse del codiciado collar.

Al preguntarse dónde debió de esconderlo Beecher, recordó Roswell la goma de mascar pegada al fondo del cajón, y, en una rápida maniobra, se apoderó de ella y la depositó en la cámara acorazada de un banco. Fue luego en busca del sheriff, a quien contó sus descubrimientos y, en su compañía, marchó a donde estaba el cadáver de Sam Wong, a fin de comprobar la certeza de sus suposiciones.

Al llegar al depósito de cadáveres, comprobamos que, tal como ya sospechaba, el cuerpo de Sam Wong ya había sido abierto. El trabajo anatómico había sido realizado por una mano experta, evidentemente la de un cirujano. No era ni mucho menos la carnicería que podía esperarse de una mano inexperta. Es más, ni el mismo viaje que tuvo que hacer el cadáver a caballo fué bastante para separar los bordes, finalmente cortados, de la incisión.

— Naturalmente — replicó, riéndose, — pero tenga en cuenta que cuando acusemos a Beecher, él podrá hacerle a usted cargos más graves que usted a él. Aun es posible que tenga que encerrarle a usted, doctor.

Sus palabras, justificadas a más no poder, me hicieron comprender que mi situación no era, precisamente, muy satisfactoria. Pero se me ocurrió, de pronto, una idea favorable al pensar que quizás en aquellos momentos estaba ocurriendo una escena violenta entre el doctor Beecher y Shifty Joe. A pesar de las reconvenciones que merecía por la estupidez de que había dado muestras en todo el asunto, me consolé pensando que posiblemente lo único que había hecho bien fué decir a Shifty Joe que el doctor Beecher le estaba esperando. Si los pedacitos de goma de mascar contenían lo que yo sospechaba, Beecher recelaría inmediatamente de Shifty Joe y éste acusaría a su vez al doctor. Confieso que era posible que me equivocase acerca de eso, pero en la situación en que me hallaba no había más remedio que confiar en las deducciones.

— Lo que me librará de toda sospecha, sheriff, será el enojo que Shifty Joe sentirá contra el doctor Beecher.

— ¿A qué se refiere usted?

— Es que todavía hay algo que usted ignora, sheriff.

— ¡Hombre! Ya empieza a molestarme eso de que me pase el día buscando una solución, y usted me venga con nuevos misterios a cada momento. ¡Hable de una vez!

— Pues bien, el caso es que...

En aquel preciso instante entró en la oficina el agente Frank Green diciendo:

— Conviene que me acompañe usted, sheriff. Nos ha caído trabajo.

CUANDO Shifty Joe estuvo en el centro de la calle, levantó los ojos hacia las ventanas. En aquel momento se oyó un disparo, hecho sin duda por el doctor. Shifty Joe metió rápidamente la mano en el bolsillo de la chaqueta y contestó también a tiros en dirección a la ventana.

— Según observará usted, sheriff — dije, — esto lo ha hecho un médico.

— Sin duda alguna. Por consiguiente, sólo falta ahora averiguar cuál es el médico que lo ha hecho.

— ¿Qué quiere usted decir?

— Que, ante los ojos impasibles de la Ley, tanto puede sospecharse que lo haya hecho el doctor Beecher como usted. Por lo menos, tenga la certeza de que el doctor Beecher le acusará a usted de haber abierto el cuerpo de Sam Wong.

Al oír estas palabras, me quedé atónito.

— Además, ¿cómo sabía usted lo que ha ocurrido? — me preguntó el sheriff.

— ¡Hombre!... Gracias a la deducción.

— Y ¿qué pruebas tengo yo — me contestó riendo — de que lo ha descubierto usted por deducción?

Me quedé más atónito aún al ver el rumbo inesperado que tomaba el asunto. Cabía, en efecto, la posibilidad de que me echaran a mí toda la culpa y, por un momento, no supe qué replicar.

— Tenga usted en cuenta que se pasó la noche solo con el cadáver — añadió el sheriff.

Entonces me asaltó otra idea angustiosa, que me cubrió el cuerpo de sudor frío. Según yo me imaginaba, el doctor Beecher no poseía ya las perlas, sino que probablemente estaban en mi poder, depositadas en mi caja del banco. En tan apurado trance aun pensé que era muy posible que me hubiese equivocado, es decir, que las perlas no estuviesen ocultas en los pedacitos de goma.

El sheriff, a pesar de todo, me observaba sonriendo, con expresión bastante cordial. Pero no estaba seguro. Mientras me entregaba a mis reflexiones, no cabe duda de que la expresión de mi rostro debía de demostrar algo sospechoso.

— Me ha comprendido usted, doctor? — insistió el sheriff. — ¿Dónde están las perlas? Entréguemelas en seguida.

Quizás yo estaba en situación de obedecer el mandato, pero era evidente que él no sabía aún nada ni de la goma de mascar ni de mi visita al banco.

— Supongo no dudará usted que le he dicho la verdad.

El sheriff con el sombrero puesto, se dirigía ya a la puerta.

— Supongo que se tratará del doctor Beecher y de Shifty Joe.

— Sí, señor. ¿Cómo lo sabe usted? — preguntó el agente, muy extrañado. — Según me encargó, he estado siguiendo al doctor. Escuché junto a la puerta de su oficina y pude observar que dentro había una pelea. Oí lo que decían él y Shifty Joe. Este último se marchó amenazándole con volver...

— Sí, volverá con un revólver — aseveró el sheriff. — Esperaremos en la parte interior de la puerta de la casa y así podremos cogerle antes de que haga alguna estupidez. Venga, doctor.

Pero, por lo visto, Shifty Joe no fué en busca de su propio revólver, sino que lo pidió prestado a Jimmy Young, pues cuando salimos a la calle le vimos ya delante del edificio de la administración de la compañía, es decir, frente a las ventanas de mi oficina, como disponiéndose a cruzar la calle. Nosotros tres echamos a correr.

Cuando Shifty Joe estuvo en el centro de la calle, levantó los ojos hacia las ventanas. En aquel momento se oyó un disparo, hecho sin duda por el doctor. Shifty Joe metió rápidamente la mano en el bolsillo de la chaqueta y contestó también a tiros en dirección a la ventana. Durante tres o cuatro segundos se cruzaron varios disparos, porque tanto Beecher como Shifty Joe hacían fuego con la mayor rapidez.

Por fin, terminó la batalla.

En cuanto desapareció la humareda, vimos que Shifty Joe giraba sobre sí mismo para alejarse. Dió tres pasos, pero se le doblaron las rodillas y cayó desplomado al suelo.

— ¡Cójale y encárguese de él, Frank! — gritó el sheriff. — Yo voy arriba.

Acompañé a Frank y al mirar de cerca a Shifty Joe me di cuenta de que estaba muerto. En vista de eso, eché a correr tras el sheriff en dirección a mi oficina. Beecher estaba hecho un ovillo en el suelo, al pie de la ventana, muerto también.

El sheriff se acercó a la ventana y vió que en la calle se había reunido ya un numeroso grupo.

— ¡Frank! — gritó. — Pida prestado ese carro y llévase los dos cadáveres. Póngalos junto al del chino.

Mientras yo contemplaba el cuerpo de mi ex jefe, estuve pensando que su muerte había sido, al fin y al cabo, una fortuna para él. Más valía morir de aquel modo, rápidamente, que sufrir el lento progreso de una enfermedad que había de destruirle el cerebro y el sistema nervioso. Así, pues, su fin resultó menos trágico.

— Es espantoso — exclamé — que hayan muerto tres hombres a causa de ese collar de perlas.

— Y lo peor — replicó el *sheriff* — es que el misterio no se ha solucionado todavía. ¿Dónde estará ese maldito collar?

— ¿Debo entender que no recogió este trozo de goma con su cabello? — preguntó sonriendo el *sheriff*.

Entre tanto, yo había empezado a explorar con un cuchillo el pedazo de goma, confiando encontrar una perla en su interior. Pero fué en vano que multiplicase los cortes, porque no hallé cosa alguna.

— Es raro — murmuré mientras el *sheriff* me miraba muy extrañado.

— Creo, doctor, que valdría más que se fuese usted a dormir — me dijo con acento irónico.

Yo me sonrojé ante la suposición de que mi compañero pudiese sospechar que estaba perturbada mi razón. Pero al dar un paso atrás y tropezar con el cadáver de Beecher adquirí la plena



Entonces me fijé en la supuesta mordedura de insecto, que más bien parecía el pinchazo de una aguja de inyección hipodérmica.

— Es posible que pueda darle a usted algunas indicaciones acerca de él.

— ¡Demonio! — exclamó el *sheriff*. — Va resultando, doctor, que casi tenía usted el asunto aclarado por entero.

— No tengo ninguna culpa de ello — repliqué. — Haga el favor de tocar mi cabello. Aquí, junto a la nuca. ¿No lo encuentra usted algo pegajoso? Eso es goma de mascar.

— Bueno, ¿y qué tiene que ver eso con el collar?

— Pues que tropecé con la cabeza en la parte inferior del cajón de ese escritorio, cuando buscaba el capuchón de mi estilográfica.

Mientras decía esto volví a pasar la mano por aquel lugar y vi que en mi apresuramiento anterior había dejado de desprender un pedazo de goma.

— Mire, me había olvidado de éste — exclamé mostrándolo con expresión triunfante.

certeza de que nada de lo ocurrido era ilusión de mi mente.

— Creo, *sheriff*, que deberíamos hacer un registro completo en esta oficina — prorrumpí, decidido.

— Lo mismo opino — contestó, quitándose el sombrero. — Pero ¿qué hay acerca de esa goma de mascar?

— El caso es que yo me figuré..., ya sabe usted que Beecher no mascaba goma, sino...

— Tiene razón, doctor — me interrumpió, — mascaba tabaco.

— Pues bien, tuve que obrar con la mayor rapidez, mientras él cruzaba la calle para entrar, de modo que lo único que pude hacer fué meter en un pañuelo unos pedacitos de goma, que ahora tengo encerrados en mi caja del banco.

— Perfectamente — decidió el *sheriff*. — Ahora iremos a verlo.

CUANDO llegamos al banco estaban ya cerradas las oficinas, pero el guardián abrió a petición del *sheriff*.

Pocos minutos después, él y yo estábamos en su oficina, ante cierto número de pedacitos de goma de mascar. El primero que examinamos también nos defraudó, porque no contenía nada. Eso fué causa de que se me cayese el alma a los pies. Pero el *sheriff* continuó el examen y resultó que el segundo pedacito contenía una hermosa perla. ¡Qué alegría, al comprobar que había estado yo en lo cierto!

Pasamos un buen rato sacando las perlas de su escondrijo y limpiándolas con agua caliente. Sólo faltaba pasar un hilo por las perlas para reconstruir el collar. Eran hermosísimas, casi nos deslumbraron, pero notamos que en algunos puntos parecían estar descoloridas, quizás por el agua y la goma.

El *sheriff* hizo comparecer a Frisco Irish, que entró sonriendo.

Tenga usted en cuenta que pasó la noche solo con el cadáver.



— ¿Cómo?

— Que pagué diez dólares por ellas. Son una buena imitación. Quería regalárselas a Jessie, mi novia. Aquí, precisamente, creo tener todavía la factura.

Y, en efecto, empezó a buscar en sus bolsillos y exhibió una factura de Black & Company, joyeros, de San Francisco.

— Las imitan muy bien, *sheriff* — concluyó el supuesto Frisco.

Aquella vez fué el *sheriff* quien se sonrojó, mientras, muy pensativo, manoseaba las perlas y se ponía los lentes para examinarlas mejor.

— Y ahora, *sheriff*, le ruego que me diga por qué me retiene preso.

— Espere usted un momento — contestó el *sheriff* tomando el auricular telefónico.

Cinco minutos después entró en la estancia Wallace Fisher, ingeniero de minas y mineralogista de la compañía. A petición nuestra, rascó con un cuchillo algunas perlas y dijo que eran falsas.

— Se hacen moliendo escamas de pescado; luego con el polvo resultante y parafina se hace una pasta, que es la base de estas perlas.

Pueden venderse a un dólar el hilo, aunque, desde luego, es el precio de venta por mayor.

— ¡Dios mío! ¡Me han engañado! — exclamó el preso, indignado. — Me han estafado lo menos ocho dólares.

El *sheriff* estaba anonadado.

— Muchas gracias, Wallace

— dijo al fin.

Y el mineralogista se marchó.

— ¿Y dice usted que tres hombres han perdido la vida por diez dólares... mejor dicho, por un dólar que valen estas perlas?

— preguntó Frisco Irish.

El *sheriff* le dirigió una mirada fulminante.

— Bueno. ¿Y por qué me tiene usted preso?

— Lléveseme el diablo, si lo sé. Váyase inmediatamente de mi vista.

— Gracias, *sheriff*. Me voy en seguida.

Antes, sin embargo, recogió las perlas sueltas que estaban sobre la mesa y se las guardó en el bolsillo. Se cayeron dos o tres al suelo, pero ni siquiera se preocupó de recogerlas.

Apenas hubo salido, el *sheriff* ordenó que le presentaran a Sing Ling.

— Sospecho que usted será también inocente, Sing — dijo el *sheriff* al tenerle ante sí. — Ya hemos sufrido todos bastantes molestias a causa de este asunto. Puede volver cuando quiera a su restaurante.

— Nada de eso — replicó Sing Ling moviendo la cabeza. — Me vuelvo a San Francisco. Adiós.

— Vaya usted adonde quiera. Adiós.

En cuanto se hubo cerrado la puerta, el *sheriff* se volvió a mí, observando:

— Todo este asunto ha sido una comedia bufa.

— Pero no para Sam Wong, Shifty y Beecher — repliqué.

— Tiene usted razón — dijo castañeteando los dedos.

Luego tomó la pluma y escribió un telegrama dirigido a las autoridades de San Francisco dándoles cuenta de lo sucedido.

(Continúa en la página 59)

— Oiga usted, Frisco...

— Ya le dije a usted que mi nombre era Ingram, Frank Ingram.

— Bueno; como sea. Ya ve usted que hemos recobrado las perlas.

— Muchas gracias, *sheriff*. Pero ni sabía siquiera que hubiesen desaparecido.

— ¿Ignora usted, acaso, que por culpa de estas perlas han perdido la vida tres hombres?

— Efectivamente, he oído hace poco algunos disparos. Es lamentable. ¿No le parece, *sheriff*?

— Eso demuestra que las perlas tienen mucho valor — observé.

— Pues si he de hablar con franqueza — dijo aquel individuo, sonriendo de un modo raro, — a mí no me costaron más que diez dólares.

HARAKIRI

EL



PROPIO y característico del legendario Imperio del Sol naciente, es el harakiri la institución que más fielmente refleja el espíritu del pueblo japonés — intensamente patriótico y religioso, — pueblo que, a pesar de su evidente progreso, mantiene incólume el carácter heroico y romántico de sus antepasados, capaces de los mayores sacrificios por su dios, por su patria y por su emperador.

El harakiri es en sí la forma especial de suicidio que practican los japoneses, mas no como un recurso del suicida vulgar que se quita la vida porque está cansado de ella, sino como un gesto heroico del que sacrifica su vida en holocausto de sus ideales o en honrosa expiación de una falta cometida.

La muerte se produce sencillamente abriéndose el vientre por medio de un agudo puñal de doble filo, que se hincó primero en el extremo izquierdo del abdomen y se hace correr luego con ambas manos hasta el extremo derecho, produciéndose así el tajo mortal.

El pueblo japonés, que siempre ha tenido un concepto elevadísimo y extremadamente estricto del honor, considera que el único medio de salvarlo cuando ha sido empañado por una falta grave es recurriendo al harakiri.

Por ello, esta institución data de tiempo inmemorial. Se sabe, en efecto, que, hacia el año 310 de nuestra Era, Vaka-Irrako, un joven príncipe al que correspondió la corona de su país, se abrió el vientre para que el trono pasase a un hermano suyo, por quien sentía un gran afecto. También consta en documentos históricos que en 729 se suicidó un ministro por medio del harakiri reconociendo así su culpabilidad y censurable proceder al tomar parte en una conspiración contra el mikado.

Durante las luchas medievales, el harakiri se generalizó entre los guerreros nipones, practicándolo como un medio de escapar a la humillación que representaba el ser vencido o caer en manos del enemigo. A fines del siglo xv aparece ya convertido en procedimiento de muerte reservado a los señores feudales.

En tal época, el poder de imponer el harakiri residía exclusivamente en el emperador, quien, por medio de un sencillo mensaje, enviaba al noble cuya vida le estorbaba la orden de practicarse el harakiri, incluyéndole al propio tiempo el cuchillo de que había de servirse para ejecutar la orden, que generalmente se verificaba en el interior de un templo o en una plaza pública, ante un altar sintoísta preparado al efecto.

El noble que tenía el honor de hacerse el harakiri, vestido con su mejor quimono de seda, aparecía en el salón ante un

grupo de *samurai* o nobles, los cuales servían de testigos de la autoejecución. Esta se verificaba arrodillándose el suicida ante el altar y, después de una corta oración, se hundía en el costado izquierdo el puñal

— envuelto en papel de seda — y con fuerza se daba luego un tajo hacia la derecha hasta caer extenuado.

Seguidamente, el «kais-haku» — es decir, el *samurai* más antiguo y distinguido — daba a la víctima el golpe de gracia, seccionándole el cuello en el momento en que terminaba su espantoso y cruento gesto.

Este harakiri, ritual y obligatorio, ya no existe. Desapareció con el feudalismo. Actualmente, el harakiri ya no se ordena ni se permite oficialmente, pues desde 1868 está abolido, si bien continúa practicándose voluntariamente como un acto honroso, sobre todo entre los oficiales del ejército.

Fué famoso el harakiri del general Nogui, el vencedor de Port-Arthur, el cual, junto con su mujer, se mató en 1911 para expiar una falta de origen militar de la que el general se acusaba al cabo de treinta y cinco años de haberla cometido. Ultimamente, un agregado militar del Japón en Moscú se hizo el harakiri a raíz de un incidente de orden privado que reveló un periódico soviético.

También se practica hoy el harakiri como testimonio de lealtad a un superior fallecido. Así, cuando la muerte del emperador Yoshi-Hito, en 1926, muchos súbditos, en prueba de fidelidad, se abrieron el vientre para no sobrevivir a su soberano.

Un suicidio famoso de esta clase fué, en 1869, el del teniente de navío Takeyoski como protesta de ver que el gobierno japonés no tomaba las medidas necesarias para impedir las intromisiones de Rusia en el Japón. Otro harakiri semejante fué, no hace mucho tiempo, el del teniente Kusakara, que se abrió el vientre para hacer más patente ante la nación su disconformidad por la participación que tuvo el Japón en la Conferencia del desarme naval, recientemente celebrada.

Aunque muy poco a poco, el harakiri va desapareciendo al influjo de la civilización, siendo ya muy escasas estas demostraciones que podríamos llamar de fanatismo patriótico.

Pero en el fondo, estos actos de sacrificio y heroísmo de los japoneses hacen comprender hasta cierto punto por qué el pequeño imperio del Pacífico ocupa tan honroso lugar entre las grandes potencias internacionales, y son, a pesar de todo, una comprensible explicación de que aun guarde intangible el rico tesoro de su cultura y de sus inmemoriales tradiciones.



**ROD LA ROCQUE
BÁRBARA STANWICH
y WILLIAM BAYE**
en LA PUERTA CERRADA
de «Artistas Asociados»



Una escena de
LA TORRE MISTERIOSA
de la «Fox»

En el VAGÓN de

Angustiosa aventura de un periodista
contra al feroz revolucionario, se vió

CONTADA POR

*el general ordena
mismo a los ciento*

ERA periodista y mejicano, con más de quince años de vida activa en su profesión y en su patria. Quince años de periodismo en Méjico es un dato que, entre otras muchas cosas, quiere decir que la muerte ha sido vista muy de cerca no pocas veces.

— ¿Que cuando me he visto en un trance peor? Mire, amigo, yo he visto mucho tiro... Una bala huertista, al pasarme el «tururú» (1), por poco le deja a mi periódico sin corresponsal. Una vez, Orozco quería fusilarme si no ponía un telegrama diciendo tal y cual... Pero momento en que me viera perdido del todo, de verdad, no recuerdo más que uno. No hubiera dado nadie en el momento aquel un poncho viejo a cambio de mi pellejo...

— ¿Fué en un campo de batalla? — pregunté.

— ¡Qué va! Fué en un vagón de ferrocarril.

El mejicano hizo una pausa breve. Luego terminó:

— El vagón que servía de vivienda a Pancho Villa.

PANCHO Villa! Poder asombroso el de este hombre que hizo que en brevísimos instantes desfilasen por mi mente casi tres lustros de historia mejicana.

¡Y qué historia, Señor! Una especie de vendaval rojo. Rojo de sangre. Y negro. Negro de tanto luto. Catorce años de tiroteo ininterrumpido...

Mas todo eso era como un telón de fondo; un fondo de movimiento sin variación. En primer término, una figura recia y bien definida, arrogante y cruel: la de Villa. Una gran figura, pese al no se qué de tigre carnicero que hubo siempre en ella.

¿Un bandolero, decís? En según qué momentos de su vida, sí. No en todos, ni siempre. Por ejemplo, cuando por primera vez salió al campo — lo que en Méjico quiere decir «salir al campo», — hízolo por un motivo de honor. Mató en hombruna lid al seductor de su hermana...

Naturalmente, la justicia quiso prender a Doroteo Arango, el cual no dejó que le prendieran. Galope por aquí, descarga por allí, el delincuente por honor logró siempre conservar su libertad. Un día, las tropas que le perseguían no le encontraron solo: Doroteo Arango habíase esfumado; Pancho Villa acababa de nacer. Y como Madero había iniciado una revolución — sucedía ello en 1910 — a ella se sumó Villa.

(1) Nombre que se da en Méjico, vulgarmente, al sombrero.

Peleó por Madero; peleó contra Orozco, contra Huerta, contra Carranza, contra los mismos yanquis un momento. Laureles cosechó muchos; Torreón, San Andrés, Chihuahua, Ciudad Juárez, Saltillo y Zacatecas, son otras tantas victorias suyas.

Sangre, mucha sangre. Villa tenía, en efecto, ratos feroces. Sus hombres eran fieras. «¡Que viene un villista!», decíanles las madres a los niños revoltosos; y los pequeñuelos rompían a llorar...

Cansado de batirse; temido, si no respetado, por todos; rico, muy rico, gestionó, en 1920, el vivir en paz y obtuvo el indulto de Huerta, entonces presidente.

Mas la paz había de serle fatal. A los tres años de vivir en sosiego, un hombre movido por ideas políticas — o tal vez deseoso de vengar alguna crueldad del villismo — le asesinó.

Pancho Villa nació tarde y equivocó el continente. Cuatro siglos antes y en Europa hubiera sido, como guerrero bravo, tronco o raíz de linaje ilustre. En el siglo xx, la Historia le ha colgado una etiqueta que le clasifica definitivamente.

Esa etiqueta dice: «bandido».

MI amigo, el periodista mejicano, empezó el relato:

— El director me había ordenado dos días antes: «Vea usted a Villa y que le diga algo del momento actual.» No crea usted que yo ignoraba que la orden se las traía, no. Lo sabía perfectamente.

Maclovio Herrera, en Chihuahua, acababa de «lanzarse al campo», desobedeciendo las órdenes de Villa. Este, furioso, le había teleografiado diciendo que iba con gente para batirle y fusilarle. A lo cual, Herrera había contestado encogiéndose de hombros. La lucha había, pues, empezado; lucha terrible de verdad: de villistas contra villistas.

Como de costumbre cuando se combatía entre ciudades de importancia, Villa había instalado su Cuartel General en la vía férrea. Un magnífico vagón «pullman» de construcción americana servíale de vivienda. Todo parecía muy tranquilo por allí.

Mas apenas había yo puesto los pies en el vagón, que, de buena gana, hubiera dado media vuelta. Estaba el famoso guerrillero tan sombrío y había en sus ojos una luz tan siniestra, que, sin rubor, confieso que el pánico se apoderó de mí... ¿Se sonríe usted? Es que no conoció nunca a Pancho Villa...

PANCHO VILLA

*mejicano que, por atreverse a llevar la
un momento entre la vida y la muerte.*

JUAN ROSELL



*que le fusile ahorita
setenta prisioneros*

A mi saludo de «Buenos días, general», contestó con una voz más ronca que nunca:

— Buenos no, mi amigo.

Quise parecer jovial:

— ¿Y por qué, general?

— Pues, mire, porque están sobrando muchos sombreros...

El temor me hizo ser estúpido:

— ¿Sobrando qué, general?

— ¡Sombreros, señor licenciado! (1). ¡He dicho sombreros! ¿O es que no sabe usted hablar como las personas? Pues, sí, por culpa de Herrera mis muchachos se están «baleando». ¡Por culpa de Herrera! El muy hijo de tal... Donde yo lo coja...

Y presa de un coraje terrible, Villa empezó a pasear por el vagón-salón. Yo estaba anonadado; ni me atrevía a mirarle.

Por hacer algo, dirigí mis ojos hacia el punto del cual salía un ruido regular y acompasado: el tac-tac del telégrafo. En un ángulo del lujoso carro un telegrafista trabajaba.

De pronto el telegrafista se volvió:

— Ya llega, mi general.

En dos pasos estuvo Villa junto a los aparatos. Entre el telegrafista y yo y recibiendo de lleno el chorro de luz de la ventanilla, el guerrillero ofrecíase a mi examen perfectamente. De su silueta oscura, destacaban dos curvas: arriba, la voluntariosa de sus quijadas, abajo la siniestra de la culata de su enorme pistola... En la cabeza no llevaba el absurdo salacot blancuzco que era la delicia de los caricaturistas de la capital; llevaba un sombrero de alas a la mejicana, que le sentaba admirablemente, y con la mano izquierda acariciaba el espeso y lacio bigote, con gesto nervioso.

El telegrafista, que escribía, le tendió un papel. Villa lo tomó, pero se lo devolvió en el acto:

— Me lo va usted a leer, amiguito. Y léamelo bien, que la cosa lo merece.

Temblándole un poco la voz, el telegrafista empezó a leer: «Hónrome en comunicar al jefe de las fuerzas del Norte que...»

En su laconismo, el telegrama contaba la derrota que los villistas acababan de infligir a los ex villistas, es decir, a los hombres de Maclovio Herrera, los cuales se estaban desbandando.

Pancho Villa estaba como saboreando las palabras, que oía. Veíasele en los ojos, aunque el rostro permanecía impassible. Mas, de pronto, al escuchar las frases finales, la luz de alegría que había en sus ojos trocóse en llama de iracundia.

¿En qué consistían tales frases? Pues en una pregunta del general enviado contra Herrera. Pedía el hombre instrucciones acerca de los ciento setenta herreristas que se habían entregado rindiendo las armas.

La voz de Villa se elevó poderosa, terrible:

— ¡El muy animal! ¡Vaya una pregunta! ¿Pues qué debe hacer, sino fusilarlos en seguidita? ¡Se me figura que hasta los mejores flaquean! ¡Vaya unos generales que hasta dudan en poner frente al pelotón a los traidores!

Yo, sin saber por qué, miraba al telegrafista, el cual, a su vez, contemplaba sus aparatos, como si no hubiera en el mundo otra cosa que mirar.

— ¿No le parece a usted, señor licenciado, que tengo razón? Preguntarme a mí ¡a mí! lo que debe hacerse con los prisioneros.

Sourei, por hacer algo. Hubiera sido incapaz de pronunciar una palabra.

Villa me olvidó de nuevo:

— A ver, telegrafista, déle otra vez al aparatito. Dígale en seguida a ese tal que no me ande gastando de oquis los telégrafos; que me fusile ahorita mismo a los ciento setenta prisioneros y que, si dentro de una hora no me avisa que ha cumplido mi orden, voy allá yo mismo y lo baleo con mi pistola para que aprenda a manejarse... ¿Me entiende, amigo?

— Sí, mi general.

El telegrafista empezó sus llamadas: tac, tac, tacatac, tac, tac...

¿Que si le temblaban los dedos al transmitir la orden homicida? No, pero sólo Dios debe saber el esfuerzo que le costaba impedirlo. Y es que Villa tenía los ojos fijos en las manos de su subordinado.

De improviso, la voz del guerrillero resonó en el vagón, diciendo:

— Un momento, amigo. ¿Qué lleva usted dicho hasta ahora por medio del aparato?

— Esto: «Fusile usted inmediatamente...» — contestó el telegrafista.

— ¿Nada más?

— Nada, mi general.

Hubo una pausa.

(Continúa en la página 60)

(1) Villa tenía la costumbre de llamar así a todas las personas de cultura con quien trataba.

CASOS Y COSAS

Feminismo e intrepidez

MISS Dolores Bannon es una de esas muchachas modernas norteamericanas que tiene autos de propiedad y *flirts* a todas horas. Reside en Chicago, y hace unos días cogió su Packard y su *flirt* — el señor Sherman — y se llevó ambas cosas a una *soirée*.

Terminada la fiesta, volvió a «coger» al señor Sherman, lo metió en el auto y emprendió el regreso a la capital a ochenta por hora. Pero he aquí que inesperadamente se le vuela el sombrero, y el señor Sherman baja a buscarlo. El camino está obscuro, el sombrero lejos. El paciente *flirt* se hunde en la noche para buscarlo.

De pronto, la muchacha moderna se ve rodeada por cuatro caras feroces y por otros tantos revólveres terribles.

— Señorita — dice uno de los hombres, — necesitamos atravesar Chicago sin llamar la atención de la policía. Ye do acompañados de usted, nadie sospechará de nosotros. De modo que ¡adelante!

Y los cuatro se instalan cómodamente en el interior del Packard y se ponen a fumar y a charlar alegremente, sin dejar por ello de tocar de cuando en cuando con el cañón del revólver la fina espalda de la conductora.

Cuando han cruzado la capital y se hallan en sitio seguro, se despiden muy amablemente de la muchacha y le dicen en el mismo tono cordial que como pronuncie una sola palabra acerca de lo ocurrido, le harán un boquete en la preciosa cabecita.

La valerosa muchacha, atacada de súbito temblor con honores de terremoto y tragando la saliva a litros, logra llegar a casa del señor Sherman y cae inmediatamente desvanecida.

Pero lo que no se ha desvanecido aún ni probablemente se desvanecerá nunca, es su horror a los revólveres, a los caminos oscuros, a la soledad y demás elementos que van aparejados al feminismo.

Un timo a la americana

UN joven pintor londinense, muy práctico en la copia de cuadros antiguos, recibió hace poco tiempo la visita de un comerciante, el cual le encargó que le pintase un lienzo imitando el estilo de los grandes maestros flamencos.

En la creencia de que el encargo estaba destinado a adornar los salones de algún aristócrata arruinado que se hallaría sin dinero para adquirir un cuadro auténtico, el pintor, al terminar el cuadro, tuvo buen cuidado de firmarlo con este nombre: «Jan Steen, 1672.»

El cliente, al ver la obra, quedó sumamente satisfecho y dijo al autor:

— Está tan bien pintado, que no ha de desmerecer aunque se vea que es de un autor moderno. Le ruego a usted que lo firme con su propio nombre.

El artista, halagado, tapó con un poco

de pintura el nombre ilustre de Jan Steen y escribió el suyo encima.

Tres semanas después, el director de la Aduana de Nueva York recibía una carta anónima en la que le denunciaban que cierto comerciante de cuadros, muy conocido en Europa, se disponía a pasar de contrabando una obra maestra de la escuela flamenca, valorada en doscientos mil francos.

Inmediatamente se dieron las órdenes para que se extremara la vigilancia y, al cabo de pocos días, el comerciante en cuestión era detenido por habérsele encontrado, cuidadosamente oculto en un doble fondo de su maleta, un cuadro de la escuela flamenca.

El hecho produjo gran sensación y los periódicos lo comentaron extensamente, pues en Norteamérica — donde tanto abundan los automóviles, los ases del cine sonoro y los campeones de boxeo — eso de tener una obra de arte constituye un verdadero acontecimiento.

Como el comerciante se negó a facilitar detalles sobre el cuadro, fueron llamados unos peritos para que expusieran su opinión. Estos, que, como buenos norteamericanos, no conocían por lo visto más arte que el de los concursos de belleza, dictaminaron que el cuadro era antiguo y lo confirmaron posteriormente al descubrir debajo de la firma del pintor desconocido la del célebre

Steen, tasándolo en un valor aproximado de doscientos mil dólares.

En vista de ello, se condenó al poseedor del cuadro a pagar una multa de un cincuenta por ciento de aquella suma por haber intentado pasar la obra de matute y, además, a satisfacer cuarenta mil dólares por los derechos de aduana, todo lo cual fué inmediatamente abonado sin regatear ni un céntimo.

Como todos los incidentes de este asunto fueron amplia y exageradamente divulgados por la prensa, al ser devuelto el cuadro a su dueño, se vió éste materialmente asaltado por una legión de archimillonarios, para los cuales la posibilidad de llegar a tener un cuadro antiguo constituía su mayor ambición. El rey del bacalao, el de las cerillas, el de la goma de mascar y otros muchos monarcas de aquella República entablaron una formidable competencia para conseguir que el inglés les vendiera su famoso cuadro, hasta que, finalmente, se decidió a venderlo a uno de aquellos *soberanos*; por la exorbitante suma de trescientos setenta y cinco mil dólares.

Al día siguiente, un vapor que navegaba con rumbo a Europa llevaba a bordo al pícaro comerciante inglés, el cual con cara de pascuas echaba mentalmente así las cuentas de su negocio:

— He vendido por trescientos setenta y cinco mil dólares un cuadro que en total me costaba ciento cuarenta mil. De cero a cinco, van cinco; de cuatro a siete, van tres; de una a tres van dos; total, doscientos treinta y cinco mil dólares de beneficio por la venta de un cuadro que me costó dos mil francos. No está mal.

Lo que no sabemos es la cara que pondría el rey yanqui al darse cuenta de que había hecho el primo tan *soberanamente*.

La pena de muerte en Italia

ITALIA, después de haber dado un paso adelante en legislación penal suprimiendo del Código la pena de muerte, acaba de dar un paso atrás volviéndola a implantar para castigar los delitos contra la seguridad del Estado y los comunes que revistan mayor gravedad.

Lo que no se sabe todavía es qué procedimiento de ejecución se adoptará. Sin embargo, teniendo en cuenta que el Gobierno fascista prefiere en todo el espíritu de la Roma imperial y considerando que ni la guillotina, ni la horca, ni el garrote, ni la silla eléctrica tienen nada que ver con el tiempo de los romanos, es de suponer que se resucitarán también los múltiples procedimientos de ejecución de la vieja Roma.

Si, efectivamente, llega a realizarse, será gracioso ver, por ejemplo, como se despena a un descendiente de Garibaldi por la roca Tarpeya, o cómo injiere la cicuta por orden de Mussolini o cómo se le manda abrirse las venas en un lujoso cuarto de baño.



Se trata de un reciente caso de poligamia tolerado incomprensiblemente por la Ley, permitiendo que Francis Roche — ladrón internacional, recluso actualmente en la cárcel de París — contraiga matrimonio. Véase en la foto cómo sonríe el polígamo junto a su esposa, al mismo tiempo que, por prudencia, oculta bajo el sombrero sus otras esposas.

La EXTRAÑA PSICOSIS

de Don FEDERICO

por ANTONIO ORTS-RAMOS

Se trata de un caso ocurrido entre enfermos y delinquentes que se debaten tristemente en los límites que separan de la razón el mundo impreciso de la locura.



EL calor de la estufa encendida en medio del amplio salón reunió a su alrededor, conciliando punzantes y acerbos antipatías, a los hombres translúcidos que habitaban aquel recinto del pensamiento puro y que, agitados durante el día devanando la maraña de sus manías, no solían aquietarse hasta que llegaban las horas de la noche y con ellas el bienhechor cansancio.

Este era el momento en que sus espíritus, obturados por fantásticas y obsesionantes visiones, destaponábanse humanizando el ambiente con el uso expedito de sus lenguas, propiciando a la confesión y al secreteo.

Allí, ante el sordo crepitar del carbón, que se consumía en la rozagante estufa acolchando con el calor de sus llamas las paredes del recinto, cada uno llegaba a saber de los demás lo que motivara su respectiva reclusión, es decir, «la vaga y subconsciente idealidad que, apartándoles del activo del mundo, los arrastrara hasta aquel recinto agobiador del pensamiento puro, para que se nutrieran y pensarán», como decía un periodista paranoico.

Pero entre cuantos se reunían allí nadie, no solamente sabía, ni siquiera barruntaba por qué se encontraba entre ellos don Federico de las Espigas y Muñoz, ex gobernador, ex diputado, ex secretario de embajada y persona de una sensatez y cordura tan admirable, que en sus veinte años de reclusión no se le había escapado una sola palabra que revelase su locura.

Tenía que escribir sus versos en el espacio para que el Ser Infinito se los clasificara.

Esta perseverante y firme conducta había sufrido, y seguía sufriendo, el embate de la curiosidad de los reclusos, y, al ingresar los nuevos, se les solía advertir, si estaban en condiciones para ello, que únicamente lograrían una acogida amistosa en el «salón» tratando de desenmascarar a don Federico. El «nuevo» ofrecíalo así, y asegurábase con ello la amistad de los enfermos cabecillas.

Pero al ir a cumplir, muy decidido, su ofrecimiento, tropezaba el novato con la agudeza de don Federico, el cual, trazando elegantes curvas verbales, deslizaba subrepticamente la conversación por donde le convenía, dejando al curioso prendido en su clara y amena charla, tan interesante o más que el secreto que iba a pedirle. Y cuando, tras varios intentos infructuosos, dábale cuenta el «nuevo» de la imposibilidad de descubrir la manía de don Federico, convertíase en su admirador y quedaba, como todos lo estábamos, sujeto a su permanente buen humor y, sobre todo, a su constante normalidad, siempre dispuesta a oír las más desatinadas confesiones y a mostrarnos, entre donaires y gracejos, el ejemplo razonable donde podíamos contrastar nuestras deficiencias discursivas.

Esta admiración y respeto que los reclusos sentíamos por don Federico sentíamla asimismo los empleados y hasta los mismos médicos, pues jamás ni unos ni otros le trataron con esa fría amabilidad desprovista de simpatía con que nos dirigimos a las personas de las cuales no esperamos ni deseamos reciprocidad.

Yo comprobé que nunca médico o empleado alguno desasíase de sus observaciones o quejas con aquella despectiva exclamación de «¡Ah, vamos!» con que despedían a los demás enfermos. Al contrario, siempre le oían atentamente, procurando además contestarle con corrección y dándole explicaciones por qué tal cosa era así y no de otro modo.

Si inaudito era esto, éranlo más aún la espléndida pensión que pagaba y las encoquetadas visitas que recibía. No transcurría ningún día de visita sin que le viéramos paseando por el jardín con distinguidas familias, seguidas a poca distancia por el chofer de librea, por si acaso se desmandaba el enfermo, cosa que nunca había ocurrido.

En su fiesta onomástica, mostrábanos, estupefactos, las más diversas y extravagantes felicitaciones de toreros populares veinte años atrás; de políticos famosos a principios de siglo; de auténticos académicos cuyos nombres apenas recordaba alguna antología; de rancios diplomáticos condecorados; de bailarinas que nuestros padres aplaudieron, y hasta de saineteros de quienes habíamos conocido alguna obra. Todo lo que hubo de notable y popular a fines del siglo pasado y principios de este, llegaba todos los años al manicomio, en infinidad de trozos de cartulina, a recordarle a don Federico que él había tenido un lugar entre ellos.

Por si esto fuese poco, para que todo el manicomio viviese pendiente de don Federico, prestigiaba su figura con la más pulcra y atildada elegancia, vistiendo siempre el último figurín y desechando los trajes en cuanto la raya del pantalón dejaba de caer a plomo sobre sus zapatos. Dábale, además, un realce pronunciadísimo el haber conservado su personalidad íntegra, prueba irrefutable de su cordura, destacándose fuertemente entre abogados que hablaban como carreteros, médicos que comían como cerdos y sacerdotes que blasfemaban...

YO, que empezaba a desembarazarme de obsesiones y manías después del duro régimen de la desmorfización, tenía especial interés en conocer la causa de la reclusión de don Federico y no perdía conyuntura para mostrarme amable, y muchas veces obsequioso, haciéndole partícipe de los pequeños regalos que mi familia solía traerme al visitarme. Leíale también los periódicos y le anotaba en un cuaderno, que únicamente iba de sus manos a las mías, atinadas observaciones sugeridas a través de las lecturas.

Hombre ágil y gran paseador, gustábale madrugar, y yo mismo, aun en los días de invierno, en que tan a placer se está en la cama, abandonábala en cuanto el criado aparecía en la puerta de mi habitación diciéndome que don Federico me esperaba. Incapaz de comer la carne despedazándola con los dientes, me pidió un día un cuchillo — cuyo uso está completamente prohibido en el manicomio — y yo, que soy de una torpeza muy única para todo trabajo manual, le hice uno, inofensivo por cierto, con filo de hojadelata y mango de madera, con el cual substituyó la cuchara que le servía para trincar. Cuando llegaba un furioso y empezaba a dar golpes por el «salón», siempre procuraba esconder con mi cuerpo el de don Federico, ganándome no pocos puñetazos por evitarle a él unos cuantos. Mostrábale, en una palabra, una adhesión ferviente y respetuosa con el fin de captarme su confianza, pero nunca en nuestros paseos matutinos ni en las pesadas y monótonas horas de la tarde logré conducirlo a la confidencia deseada.

Atrevíase a lo sumo a narrar frívolos recuerdos de su vida y al decir, por ejemplo: «Un día en Viena...», jamás añadía por qué aquel día se encontraba en Viena ni qué hacía en la bella ciudad austriaca. A veces, al adentrarse en anécdotas y leves sucesos, que yo seguía atentamente, cautivado por la cromática matización de su parla, me sorprendía e intrigaba con un: «Entonces llegó el rey», dicho con tal naturalidad, que no parecía haber hecho otra cosa que tratar con príncipes y monarcas. Pero, rápido y perspicaz, al notar mi curiosidad avivada, apresurábase a lanzar el interés de la narración hacia otro personaje secundario, realzándolo intencionadamente con el fin de chafar el «Entonces llegó el rey» que tan sin querer se le había escapado de los labios.

Buen conocedor, por otra parte, del don mágico de la palabra, administrábala con esa intuición blífica de los santos y los héroes. Las cosas más triviales, dichas por él, se revestían con la púrpura ostentosa de los grandes aciertos. Casi podía decirse que siempre fluía por su boca la trivialidad con disfraz de parábola.

Y como la atención seguía anhelante tras el inesperado giro, era materialmente imposible interrumpirle cuando él no lo quería. Además, toda la gama de inflexiones y modalidades del idioma tenían en sus labios un valor desconocido. Pronunciaba eses en ciertas palabras que acariciaban, y en otras restallaban silbando como reptil herido, dejando en la imaginación el zigzaguo de las eses mayúsculas. En determinadas zedas posaba sus labios con una suavidad pecaminosa, próxima al deliquio. La hache de *hombre*, tan muda en boca de todo el mundo, tomaba en la suya una especial sonoridad, rasgando la palabra hasta la *erre* líquida, en que se esfumaba con la *e* suave final.

Este virtuosismo lo aplicaba don Federico en los momentos apurados para desasirse del curioso que le exigía de un modo apremiante la causa de su reclusión. Así que, en cuanto yo formalizaba el interrogatorio, él me tendía la red de su charla y en ella quedaba apresado como una mosca en una simple telaraña.

Y, convencido de que nunca averiguaría por qué se encontraba don Federico en el manicomio, dejé de tratarle con tanta asiduidad y orienté mis ocios hacia el grupo de los ajedrecistas.

NO me parece fuera de lugar poner en antecedentes al lector sobre esta selección y agrupamiento que se efectúa en los manicomios. Es un hecho, continuamente observado, que los enfermos mentales se agrupan por manías, siendo rarísimo que acepten entre sí a uno con delirio extraño al que padecen. Y más raro es aún que sus actividades no se encaminen casi nunca hacia un mismo fin, siendo casi un síntoma el conocer el trabajo o la distracción preferido por el enfermo. Nuestro grupo de ajedrecistas estaba, pues, íntegramente compuesto por toxicómanos; el del espionaje lo formaban los de manía persecutoria; el de quejosos lo integraban los atacados de manía de grandeza, y así sucesivamente.

Pues bien, estábamos un día los toxicómanos discutiendo una jugada, cuando se aproximó a nuestro grupo don Federico y, tras dilucidar ciertos movimientos, declaró el partido en tablas con su irrefutable autoridad. Un médico coconómico, que hasta entonces había llevado una conducta bastante correcta, se negó a aceptar la decisión, llamándole viejo cazurro y otras lindezas por el estilo. Trató don Federico de demostrarle la jugada sobre el tablero, pero al ir a colocar las figuras, le dio el galeno con él en la cabeza produciéndole una herida bastante extensa y la conmoción consiguiente. Entre varios sujetaron al agresor, que seguía esgrimiendo el tablero como una maza, y otros, entre los que me encontraba yo, llevamos al botiquín a don Federico.

Una vez curado y vuelto en sí, le condujeron al pabellón de tranquilos, donde tenía su habitación.

**... destacándose
fuertemente entre
abogados que ha-
blaban como ca-
rreteros, médicos
que comían como
cerdos y sacerdotes
que blasfemaban ...**

Cuando acabábamos de dejarle en la cama vimos pasar al médico agresor, amanillado, camino del pabellón de furiosos. La expedita justicia del manicomio había sido aplicada sin dilaciones ni titubeos.

Al otro día, durante el desayuno, empezó a murmurarse que el estado de don Federico era de cuidado y que, debido a su edad, sería fácil que no se levantara más de la cama. Decíase que los médicos opinaban que había fractura del temporal y que no se atrevían a practicar la trepanación por creer que el enfermo no la resistiría.

Comentábase todo esto entre nosotros con esa restricción que impone un poder discrecional y una disciplina férrea. Nadie se atrevía a acusar de un modo concreto, temeroso de ser espiado por el mismo enfermo que le escuchaba. Y hablábamos del suceso con la misma precisión que si hubiera acaecido a miles de kilómetros de distancia del manicomio.

PASARON varios días. Uno de ellos, en que me paseaba por delante de nuestro pabellón tomando el sol, oí pronunciar mi apellido tan

médico de sección — poco afortunado émulo de Pinel, Esquedo y Freud — mirándonos a la cara como si tras ella tuviésemos la ciencia que le faltaba, o como si quisiera poner en práctica el sanchopancesco proverbio de que la cara es el espejo del alma. ¡Buena estaría el alma con solo ese espejo para contemplarse!

Salí, pues, un paso de la fila y al encararse conmigo y dispararme el «¿Hay novedad?» de ritual, le rogué me permitiera visitar a don Federico.

— Bien — contestóme, — pero con la condición de que no fumen.

Tendió hacia mí los brazos tratando de cogerme con sus dedos engarfiados y temblones.



ténueamente, que, creyendo se trataba de una alucinación, no hice caso y seguí caminando. Pero de pronto cayó ante mí un papel, y, al levantar la cabeza, vi una mano que desde la ventana que correspondía a la habitación de don Federico me hacía señas de que subiera. Momento inoportuno era aquél para acudir al llamamiento del honorable señor De las Espigas y Muñoz, pues estaba pendiente de la visita del médico, que no tardaría en pasar, y era orden severísima no permitirnos visitarnos mutuamente en nuestras habitaciones sin un permiso especial del director. Mas como estaba angustiado e inquieto por averiguar cuanto antes qué le podría suceder a mi respetable amigo, me decidí y le pedí permiso, cuando alineados en posición de firmes y descubiertos, pasó aquel nuestro

— Gracias, doctor — contesté, efusivo.

Sonaron las palmadas del empleado dando la visita por terminada y, cubriéndonos, abandonamos el salón para salir al jardín a oxigenarnos hasta la hora de la comida.

Deseando estar solo para meditar el plan de ataque que, en la conversación de por la tarde, debería seguir con don Federico, me separé de mi grupo de toxicómanos, pero con tan mala suerte, que a los pocos pasos me encontré cogido amablemente de un brazo por don Santiago.

Este don Santiago era un demente con sistematización, que cuando le llegaba la hora de exteriorizar su delirio, no había manera de escapar a las incoherencias que acumulara en sus

(Continúa en la página 61)



Una escena de
LA TORRE MISTERIOSA
de la «Fox»



**BÁRBARA STANWICH
y ROD LA ROCQUE**
en LA PUERTA CERRADA
de «Artistas Asociados»

DELITOS Tragicómicos

LOS PELIGROS DE LA BUENA VIDA.

A las siete de la mañana, Isaac Mendiós Arquinté, que carece de domicilio, dormía en un banco del Salón de San Juan y se despertó sobresaltado al sentir junto a él a unos individuos a quienes no conoce, que le metían las manos en los bolsillos, con la intención de quitarle lo que llevara.

Intentó defenderse Isaac, pero antes de que le diera tiempo, recibió un botellazo en la cabeza y vio cómo salían huyendo sus despertadores.

A los gritos que profirió en demanda de auxilio, acudieron algunas personas que al verle sangrando por la cabeza le llevaron a la casa de socorro de la Ronda de San Pedro.

(El Noticiero, de Barcelona.)

Un periódico, al dar esta noticia, ha hecho resaltar dos puntos importantísimos para explicar lo inexplicable: primero, que Isaac, a pesar de no tener domicilio, estaba en un «salón», y, segundo, que dormía en un «banco». Ciertamente, el que quiere y puede permitirse estos lujos, ya sabe que está expuesto a tan ingratas contingencias, cosa que Isaac debía haber previsto poniéndose el revólver debajo de la almohada.

Pero sobre esto último no hubo mucha desigualdad, pues tampoco los salteadores demostraron ir bien pertrechados al tener que usar una arma del calibre «Anís del Mono».



AL PRIMER TAPON, ZURRAPA

Un muchacho, cuyo oficio es el de botones, pasaba esta tarde por la calle de Ponzano. Frente a la puerta de una casa oyó a un individuo contar a dos mujeres que él había encontrado una cartera repleta de billetes.

La madre de este muchacho tiene una casa de huéspedes, en la que se hospeda un pariente de la familia que es el cajero al que hace días le desaparecieron del bolsillo 100,000 pesetas. El muchacho se presentó en la Jefatura de Policía y dió parte. De dicho Centro fueron destacados dos agentes, que se personaron en el lugar en que el muchacho sorprendiera la conversación reveladora, y como primera providencia detuvieron al individuo y a las mujeres en cuestión.

Tomada declaración a los tres detenidos, resultó que el individuo, al ser oído por el muchacho, se encontraba leyendo a las dos mujeres el capítulo de una novela, que era escuchada con fruición.

(El Imparcial, de Madrid.)

Está visto que en España el detectivismo no tiene vida. Surge un Serlok Holmes precoz que revela condiciones naturales para el oficio, y ya ven ustedes. Si ahora, que es todavía un niño, se tira esos planchazos, ¿qué habría sido cuando estuviera en edad de fumar en pipa?



BRONCA Y BRONCAZO

Teruel. — En el pueblo de Orihuela del Tremedal se hallaban de juerga doce jóvenes, uno de los cuales tocaba un acordeón. Sin saberse cómo, fué roto este instrumento, y entre los reunidos surgió una disputa que pronto degeneró en batalla campal. Los doce jóvenes se acometieron con botellas y copas, y cuantos se hallaban en el establecimiento huyeron desfavoridos. La pronta llegada de la Guardia civil cortó la riña, y todos los que en ella intervinieron fueron detenidos.

(Heraldo de Madrid.)

Es muy natural lo que sucedió. Al romperse el acordeón, su voz se tornó bronca, pero el dueño del instrumento, en su indignación, consideró que bronca era poco y armó un broncazo.

ESTA TODO MUY MAL

Palencia. — La noche última asaltaron el Ayuntamiento de Calahorra de Boedo, penetrando por la escuela nacional, que está contigua. Los ladrones se apoderaron de la caja de caudales sacándola a las afueras del pueblo, donde la destruyeron a martillazos llevándose solamente una moneda de cinco pesetas falsa, que contenta.

(La Vanguardia, de Barcelona.)

¡Es el colmo! Llévese usted a cuestras una carga de varios cientos de quilos, esté usted dale que le das hasta hacer astillas una plancha de acero de cuatro dedos de espesor, perciba usted por ese enorme trabajo la miseria de un duro y que después resulte que el duro es falso. ¡Cómo no ha de haber huelgas!

UNA GLORIA DE LA QUE POCOS QUISIERAN GÓZAR

José Badia, vigilante de la calle de San Rafael, y José Castro Pascual fueron asistidos en el dispensario por presentar varias heridas, causadas, a mordiscos, por Gloria Fernández Oscar, de veintisiete años.

El vigilante intentó separar a Castro y a Gloria, que reñían, siendo entonces objeto de las furias de Gloria.

(Hoja Oficial, de Barcelona.)

Antes de castigar a esta mujer es preciso aclarar algunos puntos muy importantes. ¿Había sido Gloria mordida previamente por un perro? ¿Obró simplemente a impulsos de su indignación? ¿Tiene algo que ver con su proceder la carestía de las subsistencias? Y hacemos esta última pregunta porque la carne se está poniendo de tal modo, que los que no sean millonarios y quieran comerla, tendrán que dedicarse al canibalismo.

TODO ES BASURA

En un carro de los que descargan en el muelle de Poniente, fué encontrada una pierna humana, que por orden del juez de guardia señor Sánchez Cañete fué llevada al depósito judicial.

(La Vanguardia, de Barcelona.)

Según se nos informa, las investigaciones policíacas han dado hasta ahora dos resultados positivos: primero, que el hallazgo corresponde a los generalmente llamados macabros, y segundo, que, aunque no se descubre el autor, es indudable que alguien ha metido la pata.



INJUSTICIAS

Valencia. — Tres maleantes acompañaron al súbdito portugués Joaquín Esteves Pareiro, natural de Teixas (Berbejas), y llevándole al paseo del Vivero, jugaron con él a los prohibidos, timándole 300 pesetas que poseía. Luego, compadecidos de él, le devolvieron 25 pesetas para que pudiera marchar a Madrid, pero el timado denunció lo ocurrido a la policía, que capturó a los timadores.

(La Vanguardia, de Barcelona.)

¡Oh ingratitud humana! Está visto que no se puede ser bueno. Encima de que eran tres a repartirse las «ganancias», con lo que salían a una miseria de veinte duros cada uno; encima de que no hacen al portugués daño ninguno y le quitan el dinero por el entretenido sistema de las cartas, proporcionándole unas horas de esparcimiento; encima de que le dan el dinero del billete, cosa que en Montecarlo sólo se hace cuando uno ha perdido una fortuna, encima — decimos — los meten en la cárcel. Amigos míos, se impone la creación de una comisión mixta de ladrones y policías.

DON JUSTO



PÉLIGRO DE MUERTE

Jacques murió electrocutado en tan extraordinarias circunstancias, que fué preciso creer que sólo un rayo fulminado por el cielo pudo haberle causado la muerte.

Por Luis Leclercq Rigau

HABIA cesado de llover, y en el cielo, más brillantes que nunca, volvían a lucir, rutilantes, las estrellas. El suelo, impregnado de la reciente lluvia, dejaba exhalar un agradable olor de tierra húmeda que ensanchaba el pecho. Carlos Desnoyers y yo, cómodamente recostados en sillones de mimbre, tomábamos café gozando de la deliciosa frescura de la noche.

El eco de nuestra animada conversación era el único rumor que turbaba el plácido silencio del ambiente. Frente a nosotros, las siluetas de las altas cimas se recortaban, rotundas, sobre el fondo estrellado del cielo y, algunos momentos, quedaban tenuemente iluminadas por la luz de un relámpago, destello postrero de la tempestad que acababa de pasar.

Una alegre carcajada de mi amigo fué cortada, de pronto, por el ruido de dos fuertes aldabonazos. Oímos abrir la puerta

de la casa y, a continuación, la voz de un hombre que hablaba apresuradamente. Después de unas palabras, el recién llegado entró en la casa, y sus pasos se oyeron cada vez más cercanos hasta pararse junto a la puerta que daba acceso a la galería o mirador donde nos encontrábamos.

Tras unos golpes en la puerta, a la voz de «adelante» dada por mi compañero, penetró en la habitación un mozo que, sin saludar siquiera, avanzó unos pasos y prorrumpió con voz entrecortada, dirigiéndose a mi amigo:

— Señor Desnoyers, ¡el viejo Jacques ha muerto!

— ¿Qué dices? — exclamó Carlos, poniéndose en pie. — ¿Que Jacques ha muerto?

— Sí, señor. Acabo de verle rígido y tendido. Le ha matado una descarga eléctrica.

Profundamente impresionado, Desnoyers se dispuso a salir inmediatamente. Antes de hacerlo, vino hacia mí, diciéndome: — Perdon, Luis. Esta inesperada desgracia me obliga a dejarte. Ya te harás cargo...

— Al contrario — repliqué. — Si me necesitas para algo...

— Es verdad, hombre — rectificó, dándose una palmada en la frente. — ¡Si tú eres médico! Ya lo creo que voy a necesitarte, por lo menos hasta que acuda el médico de la compañía.

Asentí satisfecho, y a toda prisa nos dirigimos al lugar de la desgracia.

ANTIGUOS condiscípulos del bachillerato, Carlos Desnoyers y yo habíamos conservado a través de los años nuestra amistad sin que la diferencia de carreras ni la distancia de nuestras residencias la entibiáramos en lo más mínimo. Mientras él hizo en Estrasburgo sus estudios de ingeniero, yo me licencié de medicina en Montpellier. Durante el verano nos reuníamos siempre unos días, hasta que el término de nuestros estudios nos separó definitivamente. Yo me establecí en París, donde residía mi familia, y Carlos fué a ocupar la plaza de ingeniero jefe en una compañía de electricidad, cuyas centrales estaban en la cordillera alsaciana de los Vosgos.

Hacia ya dos o tres años que no nos habíamos visto. Por eso, aprovechando unos días de vacaciones, accedí a los reiterados ruegos de Carlos y fuí a pasar dos semanas en su compañía.

Al divisar al ingeniero, los obreros se hicieron respetuosamente a un lado. Carlos se acercó al cadáver y permaneció contemplándolo unos instantes. Luego, rompiendo el silencio, preguntó a uno de los que estaban allí y que, a juzgar por su aspecto y edad, debía de ser el encargado o capataz de los talleres:

— Roger, explíqueme cómo ha ocurrido esto. Porque me parece imposible, tratándose de Jacques.

— Así es, señor Desnoyers. Nadie hubiera creído que el viejo Jacques pudiera tener un descuido como el que ha sufrido.

— ¿Cree usted, pues, que el accidente ha sido debido a una distracción suya?

— ¿Qué duda cabe? El mismo fué quien apoyó sin querer la mano sobre los cables de alta tensión, cuya corriente le ocasionó la muerte.

— Sin embargo, me cuesta creerlo. Jacques había sido un obrero cuidadoso, siempre atento a su trabajo. ¿Cómo puede explicarse en él una falta tan elemental, sabiendo el constante peligro que encierra esta habitación?

El llamado Roger se limitó a encogerse de hombros y luego, a ruegos de Carlos, explicó el accidente de esta manera:

— A las ocho de la noche, Jacques acudió al trabajo, pues ahora hacía el turno de ocho de la noche a dos de la madrugada y, como siempre, al llegar nos saludó amablemente y entró en la caseta de distribución.

¿No sería posible que, mientras Jacques estuvo telefoneando, hubiese caído un rayo en la línea y se propagase la chispa por el hilo hasta el auricular, causando así la electrocución del pobre viejo?

Mi amigo residía en un elegante chalet que la compañía había puesto a su disposición, situado en la cima de una montaña, entre tupidos bosques de pinos, a unos diez minutos de la fábrica.

Yo había llegado aquella misma tarde.

El tiempo, que durante toda la tarde se había mostrado espléndido, cambió bruscamente al anochecer, y acabó por descargar a la hora de cenar una fuerte tormenta, magnífico espectáculo que pude presenciar en plena naturaleza, mientras cenábamos. Al terminar, salimos a la terraza a tomar café y aquí nos sorprendió la llegada del mensajero con la triste nueva de la desgracia ocurrida en la fábrica.

MIENTRAS nos dirigíamos a la central eléctrica, me acerqué a Desnoyers, que parecía muy preocupado.

— Esta desgracia — explicó — me disgusta enormemente, por dos motivos. Primero, porque es el único accidente que ocurre en la fábrica desde que yo me hallo al frente, y segundo, porque la víctima, el pobre Jacques, es el mejor obrero que tenía la Compañía.

Precisamente por su celo y actividad se le había confiado el cargo que entonces ocupaba. Hasta poco antes había sido jefe de una de las brigadas de obreros, pero como empezaba ya a tener bastantes años, se le quitó este penoso trabajo, dándole en cambio el de operario de la caseta de distribución, cargo de más responsabilidad, pero mucho más descansado.

Llegamos a la puerta de unos grandes pabellones, en los cuales se veían infinidad de postes y aisladores, lo cual me dio a entender que estábamos ya en la central. El portero nos franqueó en seguida la entrada y, acompañando siempre a Desnoyers, penetramos hasta llegar a una gran sala, en la que funcionaban unas máquinas de enorme tamaño.

Las miradas de todos los obreros se dirigieron a nosotros. Parecía como si se hallasen bajo el efecto de una impresión penosa.

Desnoyers, sin despegar los labios, se encaminó hacia uno de los lados de la sala y penetró en una habitación de exiguas dimensiones, que me hizo el efecto de la caseta de un guarda-agujas.

Numerosos cables y conmutadores eléctricos cubrían las paredes. En el centro de la habitación, rodeado de varios obreros, yacía el cadáver de la infortunada víctima del accidente.

— ¿Notaron ustedes en él alguna preocupación o señal de que estuviese enfermo o mareado? — interrumpió Desnoyers.

— Nada en absoluto. Estaba afable y sonriente como todos los días.

— Después que empezó su trabajo, ¿le volvieron ustedes a ver?

— Sí, señor. Como generalmente no ocurre novedad, ni se varía la intensidad de corriente que se envía por cada línea, resulta que el trabajo es siempre el mismo. Hoy, debido sin duda al bochorno que sentía, Jacques salía a menudo de la caseta para tomar el fresco, claro está que sin alejarse mucho para poder acudir a tiempo a cualquier llamada del teléfono. Así estuvo hasta las nueve y media aproximadamente, en que estalló la tormenta. Se encerró en la caseta por si la tempestad causaba alguna avería y era preciso cortar la corriente, y, desde entonces, no le volvimos a ver.

— ¿Dice usted — preguntó mi amigo — que a las nueve y media aproximadamente, es decir, cuando comenzó la tormenta, Jacques se metió dentro de la caseta y cerró la puerta?

— Exactamente.

— ¿No extrañaron ustedes que cerrara la puerta?

— No, señor, pues era probable que durante la tormenta tuviera que hablar por teléfono, y así no le molestaría el ruido de los truenos.

— ¿Están seguros de que no había nadie más con él?

— Seguros, sí, señor. De haber entrado alguien, nosotros le hubiéramos visto.

— ¿Se dieron cuenta de cuándo ocurrió la desgracia?

— Aproximadamente, una hora después de haberse encerrado aquí.

— Al cabo de una hora... — repitió mecánicamente Desnoyers, como si quisiera recordar. — Me parece que entonces la tormenta ya había pasado.

— No del todo, pues recuerdo que aun se vieron varios relámpagos, aunque su intensidad había disminuído bastante.

— ¿Cómo advirtieron ustedes la desgracia?

— Por el chispazo que produjo la descarga. Había descargado un fuerte trueno e inmediatamente me pareció ver un relámpago, pero como si se hubiese producido en la caseta de distribución. Temiendo que hubiera ocurrido algo anormal,

vine hasta la puerta y llamé repetidamente. Al no obtener contestación, aumentaron mis temores y me decidí a abrir la puerta, encontrando a Jacques ya cadáver, en la misma postura que ustedes ven.

— ¿No han tocado nada de la habitación?

— Nada, señor Desnoyers. Todo se halla tal como yo lo encontré.

— Perfectamente. No toquen tampoco nada hasta que lo ordenen la autoridad o los gendarmes, que ya están avisados. Ahora — añadió dirigiéndose a los obreros que habían estado presentes durante todo este interrogatorio — hagan el favor de salir todos, excepto Roger, para que mi amigo pueda hacer el reconocimiento del cadáver.

No necesité mucho para descubrir en la palma de la mano derecha del muerto una mancha negruzca como producida por una barra de hierro candente.

— Aquí es donde recibí la descarga que le produjo la muerte — dije a mi amigo, señalando el sitio indicado. — La corriente era de alta tensión, y la muerte debió de ser instantánea.

— ¿Puedes decirme si Jacques estaba de pie o sentado cuando cayó herido?

— De pie, seguramente, pues así lo indica la rigidez del cuerpo.

Desnoyers, que, a la par que escuchaba, iba examinando la habitación, recogió del suelo una pequeña arandela de metal.

— Es una pieza del teléfono — se apresuró a explicar Roger — que... como cayó al suelo...

— ¡Ah! ¿Estaba el teléfono en el suelo? — exclamamos a la vez Desnoyers y yo.

— Es verdad que nada les había dicho a ustedes. Cuando entramos, el auricular del teléfono estaba en el suelo, junto al cadáver, pero yo lo recogí suponiendo que, al caer, Jacques lo habría arrastrado.

— ¿Qué opinas de la muerte de Jacques?

— Sencillamente — respondí, — que no es ningún misterio. El accidente se debió a una imprudencia o a un descuido de la víctima.

— Luego ¿rechazas la posibilidad de un crimen?

— La rechazo. No creo que se trate de un crimen, porque, además de que la hipótesis de un accidente parece la más natural, ya oíste lo que dijo Roger: que nadie entró para nada en la caseta de Jacques.



Martinelli estuvo en casa para hablar con mi padre.

— ¿Te fijaste en que dijo que el teléfono estaba en el suelo?

— Sí. ¿Crees que eso demuestra algo? Es posible que Jacques se hallara de pie telefoneando, y, distraído por la conversación que sostenía, apoyase la mano sobre

algún cable de la pared y cayese herido junto con el auricular.

— Perdona que te diga que estás equivocado — objetó Desnoyers. — Creo que la muerte de Jacques no fue así y espero que las investigaciones que me propongo hacer me permitirán demostrarte que no voy del todo descaminado. Mañana comenzaremos. Buenas noches.

Y después de encender otro cigarrillo, mi amigo salió del cuarto cerrando tras sí la puerta.

A pesar de que al día siguiente me levanté muy temprano, cuando bajé al comedor ya estaba Desnoyers levantado. Durante el desayuno hablamos de cosas sin importancia y, después, emprendimos el camino de la fábrica gozando de la diaphanidad del día.

Al llegar a la central eléctrica nos encontramos con una pareja de gendarmes, los cuales ya estaban redactando el atestado del suceso de la noche anterior.

(Continúa en la página 62)

Noté que este detalle no dejaba de extrañarle a mi amigo, pero no pregunté nada. Después de echar una última mirada a la habitación dió a Roger instrucciones por si venía la policía, y, cogiéndome del brazo, me hizo salir con él.

NOS encaminamos en silencio al chalet. Carlos continuaba preocupado y como yo conocía su carácter, sabía que hubiera sido inútil preguntarle nada; en consecuencia, decidí esperar a que fuera él quien me interrogara, cosa que, por otra parte, estaba seguro de que no tardaría en hacer.

Llegamos a casa. Desnoyers me acompañó hasta mi habitación y, ya una vez en ella, se sentó tranquilamente en una butaca, encendió un cigarrillo y se abstrajo contemplando las espirales de humo que se desprendían del mismo. Yo cogí un libro y me puse a leer, o a hacer ver que leía.

Al poco rato, como si continuase una conversación, me preguntó a boca de jarro:

Los DRAMAS del

Más fuerte que el Estado

EN Norteamérica, el ejercicio del contrabando no es, como en otros países, una profesión individual que puede ejercerse con todas las seguridades de éxito. Los que en América vulneran no sólo la ley seca, sino todas las leyes prohibitivas, se han visto obligados a organizarse en verdaderos ejércitos frente a la poderosa policía federal. Pero no en asociaciones de contrabandistas, como pudiera creerse. Lo que ha surgido son más fuertes organizaciones de cientos y miles de hombres que trabajan todos a las órdenes y en beneficio exclusivo de un solo hombre, a menudo desconocido en absoluto para la mayor parte de estos agentes.

Estas organizaciones de contrabandistas son varias. Todas ellas con el mismo régimen y usando procedimientos semejantes para el desarrollo de su negocio. Y situadas entre sí, con mucha frecuencia, en abierta lucha. Sus trucos, su régimen, la vida de los directores — que viven como los más poderosos magnates... — todo ello tiene el más alto interés. Porque demuestra que, en la organizada América, el poderoso Estado ha tenido que ceder, frecuentemente, ante las exigencias de estos hombres que vulneran cada día la Ley...

En Hollywood, por ejemplo...

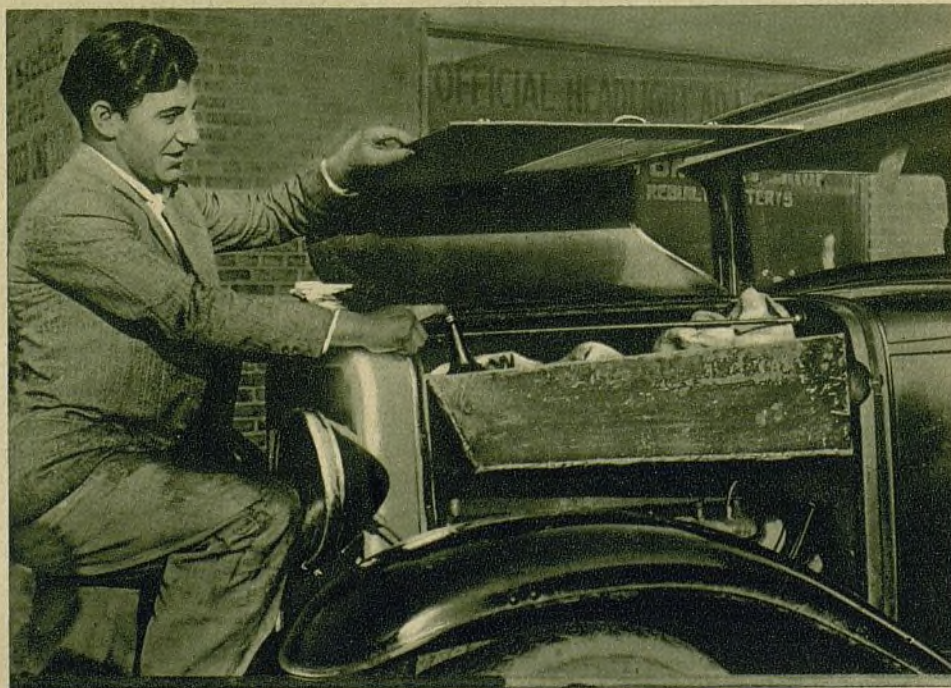
El cacique político

ES sin duda una de las curiosidades más notables de Hollywood. Sólo que los cicrones de las compañías de turismo no pueden enseñarlo al visitante. Permanece oculto; por lo menos en su aspecto de notabilidad. Como ciudadano gris de Hollywood, como buen burgués, hace la vida apacible, reposada y monótona — insignificante — de cualquiera otro de los incontables millonarios, cuyos palacios suntuosos se alinean en las largas avenidas del Beverly Hills.

¡El rey de los contrabandistas! Un hombre misterioso, omnipotente en todo el Estado de California, cuyo furor teme la misma policía federal. Un magnate de las finanzas yanquis, a cuyas órdenes se agita una organización de varios miles de agentes, dedicados a las más tenebrosas actividades. Tan turbias — terribles siempre, — que, sólo estas últimas semanas, sus hombres han tumbado en las calles de San Francisco, a veintidós agentes de la banda de Sam Corone, su más poderoso rival; y en el mismo corazón de Hollywood — cuando repelían un asalto audaz a la brillante y soberbia



Arriba: Un cocainómano negro de San Francisco administrando a un cliente una inyección de la peligrosa droga. En el centro: Un agente prohibicionista ostentando como trofeos los clásicos envases — tan corrientes en las películas norteamericanas — que contienen los licores prohibidos. Abajo: Los medios más ingeniosos e insospechados han sido puestos en práctica por los contrabandistas para burlar la ley seca. He aquí un agente de Los Angeles que descubrió unas botellas de alcohol, ingeniosamente escondidas bajo la capota de un automóvil.



La formidable organización del contrabando yanqui, por KATE VIVIEN

CONTRABANDO

plaza fuerte que es el palacio de su amo — regaron también, con sangre contrabandista, la acera reluciente de aquella solitaria avenida de Beverley Hills.

Estas colisiones sangrientas en las calles de Hollywood se producen de tarde en tarde. Afortunadamente para la blanca ciudad del oeste dorado, que por su prestigio de urbe luminosa, dulce, tranquila y riente atrae a sus Palaces a una multitud cosmopolita, cuya única misión en la vida consiste en esforzarse inútilmente para dejar exhausta la bolsa de su dinero. Sin embargo, estos incidentes, estos «sucesos» de sangre que surgen, a largos intervalos, en la vida aparentemente apacible de Hollywood, tienen el valor de un índice; son la exteriorización, rara, de unas actividades sombrías, tenebrosas, que — cuando en los «estudios» resplandecientes se apagan las luces — agitan a Hollywood de uno a otro extremo. Es la denuncia de estas zarpas poderosas que los siete pecados capitales han tendido ya en el cielo sereno de esa alegre ciudad californiana, creada por la audacia de dos aventureros. La pasión del alcohol, del opio, de la cocaína, del juego; el placer sádico de ver brotar la sangre de alguna víctima indefensa... Parece como si la Ley hubiera decidido castigar estas manifestaciones morbosas, para que los hombres del temple de John Morris y sus compinches hallaran mayor placer en el audaz delito.

¿John Morris? Sí. El célebre rey de los contrabandistas — «the bootlegger's king» — que desde su palacio de Beverley Hills, en Hollywood, domina el lucrativo negocio de la introducción de alcoholes en el territorio de los Estados Unidos. De alcoholes y, además, de drogas heroicas; un contrabando éste que, en los últimos tiempos, ha proporcionado a John Morris una fortuna fabulosa.

El rey de los contrabandistas

RECIENTEMENTE, un reporter francés — René Guetta — ha tenido ocasión de entrevistarse con el poderoso contrabandista, en su palacio de Hollywood. Una hora de tertulia — presidida por la autoridad del detective yanqui James Cole — que ha dejado en el espíritu de René Guetta, vivísimo recuerdo.

«Habla — dice — John Morris con voz extraordinariamente dulce. Su sonrisa está como prendida de los labios. Ilumina siempre su rostro redondo. Los cabellos son claros, grises, ensortijados. Una biblioteca llena de libros cubre las paredes de la estancia. Pero, sobre un velador, como un desafío, destellan, en

(Continúa en la página 65)



Arriba: Este magnífico y rápido canot automóvil fué apresado por la flota prohibicionista cuando se dirigía a la costa de California cargado con tres mil botellas de sabroso whisky. En el centro: ¡Una buena caza! Tal puede decirse de la que la policía ha hecho con estas ochocientas cuarenta y nueve toneladas de cerveza, además de cincuenta mil botellas de ginebra, descubierto todo en un almacén clandestino cerca de Hollywood. Abajo: Unos agentes de policía examinando el abundante contrabando de alcohol encontrado en la bodega del vapor «Litchwood».

Cómo trabaja John Morris, el famoso rey del contrabando, por KATE VIVIEN

El AMOR HOMICIDA *de*

Un proceso de 1840



... no cesaron de acudir una multitud de curiosos...

DE las numerosas historias que ha conservado la tradición de la Morgue, en París, es ésta que vamos a referir una de las más conmovedoras.

Una multitud enorme se estrechaba en las cercanías de la Morgue, a eso del mediodía del 17 de marzo de 1840.

Acababa de ser conducido a aquel depósito de cadáveres, en unas angarillas, un niño que, según se decía, había sido asesinado en las circunstancias más misteriosas y horribles que pueda uno imaginar.

Cuando varios hortelanos se dirigían por el camino vecinal hacia la calle de Flandes, al extremo del pueblo de La Villette, vieron, en una especie de surco hecho por las aguas, el cuerpo de un niño que aparentaba tener de diez a once años de edad.

La cabeza del cadáver estaba casi separada del tronco, y el occipucio y las sienes horrorosamente hundidas.

Inmediatamente se dió parte al comisario de policía, el cual hizo levantar el cuerpo y comenzó las oportunas indagaciones.

La infeliz criatura tenía un rostro tan bello como atrayente, y el cuerpo no podía estar mejor formado.

Estaba vestido con un traje en muy buen uso, lo que hacía

presumir que era hijo de personas bien acomodadas. Las prendas que vestía eran una blusa de algodón azul con listas negras, chaleco de lana y pantalón obscuro.

De entre el lodo del surco donde se le encontró sacaron un casquete gris con el fondo encarnado.

Colgada al cuello llevaba una pequeña medalla de plata de la Virgen, y en una cartera que pendía de su espalda se le hallaron dos libros y una peonza.

Una vez trasladado el cadáver del pobre niño a la casa del portazgo, fué visitado por casi todos los vecinos del pueblo sin que nadie pudiera reconocerle. No admitía duda: el niño asesinado no era de allí.

Después se llevó el cadáver al depósito de la Morgue, y se buscaron los medios para averiguar la verdad de aquel crimen, transmitiéndose órdenes a todas las brigadas de gendarmería por los alrededores de París.

Pero ni así se pudo encontrar una pista que guiara a la justicia.

El informe que después de la autopsia dieron los médicos fué el siguiente:

PEDRO Vincent ELIZABIDE

por G. P. M.



... y quedé como envuelto en un silencio de muerte...

El niño debió de haber sido herido sin que se diera cuenta, encontrándose de espaldas al profundo surco, y después de haber satisfecho una apremiante necesidad; el primer golpe que se le asestó con un instrumento contundente había sido terrible, penetrando hasta la masa encefálica; el desgraciado niño tuvo aún fuerzas para ponerse en pie, mas otro golpe, tan tremendo como el primero, le derribó de nuevo; finalmente le degollaron con una navaja de afeitar o con un cuchillo muy afilado.

Durante el resto del día 17 y todo el 18 no cesaron de acudir multitud de curiosos a la sala donde se hallaba el cuerpo del pobre niño.

Tan atroz crimen lleno de misterio, unido con los delicados rasgos de la víctima, herían vivamente las imaginaciones y conmovían todos los pechos.

En la capital y fuera de ella no se hablaba más que del niño de La Villette, que éste era el único nombre por que se le conocía; pero no se presentaba indicio alguno que levantara el pasado velo que cubría el espantoso crimen. Aquí se recurrió a una medida inaudita en los fastos de la Morgue.

Sin reparar en los gastos que esto significaba, se llamó a un sabio doctor que había estudiado en la India el modo más a propósito para embalsamar los cadáveres, conservándose éstos por espacio de mucho tiempo con la misma frescura que cuando tenían vida.

En efecto, el doctor consiguió dejar el cuerpo del niño como si estuviera dormido; y después de aplicarle algo de carmín en la cara, para acabar de darle aspecto de vida, se le trasladó a una camita blanca.

Nadie, no estando enterado, habría dicho que aquello era un cadáver mutilado horriblemente.

Esto excitó más y más la curiosidad popular, que era precisamente lo que buscaba la justicia.

LEGO el 28 de marzo y entonces se creyó haber penetrado en el misterio.

Un muchacho, al parecer colegial, exclamó al contemplar el cadáver:

— ¡Oh! ¡Pero si es mi compañero Eduardo!...

Inmediatamente se llamó al maestro del colegio y entonces

se deshizo el error, pues dicho señor negó en absoluto que fuera Eduardo, al cual acababa de dejar en su casa.

Al día siguiente, una mujer modestamente vestida perdió el color al ver el cadáver y exclamó:

— ¡Dios mío, si es mi pobre hijo!

Los empleados que custodiaban el cadáver hicieron entrar a la mujer, la cual, al fijarse más en el niño, cayó desmayada a los pies de la camita.

Vuelta en sí, manifestó que, en efecto, era su hijo, con la pequeña cicatriz que tenía en la frente. Y añadió:

— Es mi hijo natural, que lo tuve en Sainte-Reine, en el departamento de la Costa de Oro. Desde el pasado mes de julio no le he vuelto a ver; pero lo que más me sorprende es que, habiendo partido con vestidos en mal uso, le halle ahora con otros casi nuevos.

Después, un cuñado de esta mujer y varios vecinos se presentaron a reconocer al niño de La Villette, y comprobaron que tampoco era el pequeño Filiberto.

De este modo transcurrieron más de seis semanas, sin que nuevos incidentes vinieran a aclarar el misterio. La información carecía así de punto de apoyo.

DE pronto una siniestra noticia de un crimen cometido en Burdeos en circunstancias idénticas al asesinato del niño de La Villette, vino a dar nuevo rumbo al misterioso asunto.

El 10 de mayo, el alcalde de Artigues, pueblo situado a algunos kilómetros de Burdeos, fué avisado por varios aldeanos de que se había encontrado en el camino de Lantogne el cuerpo mutilado de una mujer que no era del país.

El alcalde fué acto seguido y comprobó que el cadáver de la mujer tenía una profunda herida en el cuello, con la nariz y las mejillas cortadas, rota la quijada superior y fracturado y hendido el cráneo.

Las ropas estaban hechas trizas.

Mientras el alcalde redactaba la información, vinieron a decirle que se acababa de encontrar otro cadáver a unos cien pasos de allí, en el arroyo próximo al molino.

El nuevo cadáver era el de una niña de nueve años próximamente, a la cual se halló con la cabeza casi separada del tronco.

Un molinero recordó que había encontrado al amanecer a un hombre que conducía un pesado fardo, en dirección al molino de Lantogne. Este individuo cubría su cabeza con un sombrero, y éstas fueron las únicas señas que pudo dar.

Las armas de que se valió el asesino no se encontraron por parte alguna de aquellos alrededores.

La noticia del doble asesinato se esparció inmediatamente por Burdeos, y un tal Chaban, que tenía una fonda en la calle de la Aduana, sospechó en el acto de un viajero que se había hospedado en su casa aquella misma mañana.

Este hombre llegó en la diligencia Bergerac, conduciendo un saco de viaje y una espuerta grande, de palma.

Una vez en la fonda pidió el desayuno y comió con bastante apetito; después pidió fuego para secarse las ropas y, ya en mejores condiciones, le indicaron el cuarto que le habían preparado, y entró en él para descansar. Se pasó todo el día 10, que era domingo, encerrado en el cuarto.

Los dependientes de la casa, suponiendo que necesitaba descanso, no quisieron despertarle.

Al otro día, acosado por las sospechas, fué Chaban a la puerta del cuarto del viajero y, oyéndole andar, miró por el ojo de la cerradura y le vió como cepillaba y lavaba unas prendas de vestir que le parecían de mujer y estaban, por cierto, manchadas de sangre.

No teniendo ya duda alguna, el fondista, se fué inmediatamente a dar parte al comisario de policía, refiriéndole lo que había visto.

El comisario, seguido de dos agentes, se presentó en la fonda y se hizo abrir el cuarto del viajero sospechoso.

Era un individuo alto, flaco y cubría su cabeza con una boina.

Entre los efectos que estaba arreglando se hallaron ropas ensangrentadas y joyas de mujer. Estas ropas, confrontadas con las que se encontraron en el camino de Artigues, acabaron de aclarar las sospechas.

De momento, pareció que el viajero no comprendía las preguntas que le hacía el comisario; mas cuando se cotejaron en su presencia las ropas que se le encontraron en la esportilla, con los fragmentos acusadores, se tapó la cara con las manos y exclamó:

—Es inútil, no puedo..., pero escribiré.

Por espacio de dos horas escribió de un modo febril. Hizo una confesión más completa de lo que se esperaba y más terrible aún de lo que se podía temer.

Era el asesino de Artigues y al mismo tiempo el de La Villette.

DE la vaga narración del asesino, entresacamos lo principal para no desorientar a nuestros lectores.

El asesino se llamaba Pedro Vincent Elizabide, de treinta años de edad.

Nació en Mauleon (Bajos Pirineos) y en su infancia sintió inclinación por el estado eclesiástico. Estudió en varios seminarios, y sus superiores no sabemos qué observarían en él, que no le animaron a que siguiera la carrera.

Tenía muy buena inteligencia, la cual había perfilado con sus estudios, y quizá por ello dejaba traslucir un orgullo excesivo.

Una vez fuera del seminario de Bayona, pasó al colegio de Passage.

Aquí se dió a conocer por su vanidad, y consi-

derándole impropio para el estado eclesiástico, tuvo que conformarse con el profesorado.

Encontró una plaza de preceptor, pero a los dos años, a causa de su mal carácter, perdió la colocación. Lo mismo le ocurrió con otros dos discípulos.

Se dió a conocer por sus condiciones arrebatadas, por su ridícula altanería y por una hipocresía muy acentuada.

Entonces pensó dedicarse a maestro de primeras letras. Obtuvo el título en Burdeos, y empezó a hacer gestiones.

Terminaba el año 1837, cuando obtuvo la dirección de una escuela en un pueblecillo próximo a París.

Uno de los niños llamó la atención de Elizabide por su rara distinción y belleza. Su madre le visitaba con frecuencia.

Esta mujer denunciaba claramente por su modesta manera de vestir que se sacrificaba por la educación de su hijo. Sin embargo, se la veía siempre alegre y su fruto no podía ser más agradable. Su reputación era excelente.

El nombre de la madre del niño era María Tressarioux, la cual se había casado a los veinte años con Pedro Anizat y ambos se trasladaron a España, donde vivieron unos cuantos años.

Más tarde se embarcaron para Africa, al principio de la conquista de Argel, y pusieron una posada en Orán.

El día 4 de agosto de 1833 fué muerto Anizat en una salida que hizo con la guarnición y algunos colonos.

Viuda con dos hijos y sin apoyo alguno, dejó María la posada para volver a su pueblo natal.

(Continúa en la página 66)



Pedro Vincent Elizabide, según un grabado de la época.

ROBO sin LADRÓN

Si la lógica afirma que es absurdo admitir un efecto sin causa, ¿es posible que exista un robo sin que haya persona que robe? Para comprobarlo basta leer esta curiosísima historia del joyero catalán Simons.



POR

FÉLIX ROMEU

**De la Agencia de Investigaciones
DORIA Y ROMEU**

*Hallé que de la caja de caudales
habían desaparecido las joyas.*

AQUELLA mañana, al llegar a mi despacho, el ordenanza me comunicó que en la antesala aguardaba un caballero desde hacía mucho rato, y al que, al parecer, por la impaciencia que demostraba, le traía algún asunto urgente.

Me dispuse a recibirle en el acto. Tratábase de un caballero de regular estatura, vestido con elegancia. Aunque sus cabellos eran grises, me pareció que no tendría más allá de los cuarenta años, pues la piel de su cara, completamente afeitada — cosa no muy corriente en la época que sucedió esta historia, — era

finá y transparente. A pesar de que daba muestras de gran nervosismo, su cuerpo y maneras eran desenvueltas, y sus ojos, de mucha vivacidad, movíanse, inquietos, escudriñándolo todo y penetrando las cosas.

— ¿El señor Doria? ¿Tengo el honor de hablar con el señor Doria? — dijo tan presto hubo tomado asiento frente a mí.

Su voz era bien tímbrada, aunque velada por la emoción y zozobra.

Me excusé. Mi consocio Pedro Doria disfrutaba de unos días de asueto y era muy probable que aun tardara en regresar de Ribas, donde a la sazón veraneaba.

Mi visitante no pudo disimular un gesto de contrariedad.

— Sin embargo — añadió, — si mis servicios pueden serle útiles, estoy a su disposición. Soy el consocio del señor Doria, Félix Romeu, y puede usted confiar en mí con igual confianza.

El caballero asintió con la cabeza y luego, ya más sosegado, dijo:

— En realidad, no existe motivo que lo impida, puesto que para el caso es lo mismo. — Y después de una breve pausa, bajando la voz, prosiguió: — Se trata de un asunto, a mi parecer bastante complicado. He sido robado en mis establecimientos en la calle Fernando (y al decir esto me entregó una cartulina en la que se leía «Simons y Compañía, joyeros, Barcelona») por procedimientos asaz anormales. Sin que la caja de hierro donde guardamos las joyas haya sido violentada lo más mínimo, nos han sido sustraídas buen número de ellas, las de más valor. Y como en principio desearía evitar el escándalo, he creído mejor acudir a los consejos de ustedes antes que entregar el asunto a la policía.

Asentí con la cabeza.

— ¿Y cuándo supone que se ha efectuado el robo — pregunté.

— No lo sé a punto fijo. Lo cierto es que esta mañana, cuando a la hora de costumbre me he dispuesto a hacer mis requisitorias, he hallado que de la caja de caudales habían desaparecido las joyas.

— ¿En la puerta del establecimiento ha notado usted algo anormal?

— Tampoco, no, señor.

— ¿Quién guardó las joyas en la caja últimamente?

— Yo mismo, cuando los empleados se habían marchado ya. Es ésa una antigua costumbre en mí.

— Bien. Dice usted que es en una caja de caudales donde guarda las joyas; por lo tanto, se sirve también de la combinación para el cierre, ¿no es eso?

— Sí, señor.

— ¿Es siempre la misma o bien sufre alguna variación?

— La misma, casi siempre.

— ¿La conocía alguien más que usted?

Noté que el rostro del joyero se contraía visiblemente. Dudó unos segundos y luego balbució:

— Sí, también la conocía mi cuñado Enrique Labielle.

— ¿Qué cargo ocupa ese señor en su establecimiento?

— Es mi socio industrial.

— ¿El señor Labielle tiene llaves del establecimiento y de la caja?

— Sí, las tiene.

— ¿Dónde vive su cuñado?

— Hasta hace poco, ha vivido en mi casa.

— ¿Hasta hace poco?...

— Sí, por querellas familiares se marchó hará algunas semanas.

— ¿Cuántas?

— Tres.

— ¿Sospecha usted de su cuñado? — me atreví a preguntar.

El joyero bajó la cabeza como avergonzado. Luego con voz apenas perceptible silabeó:

— Sí... quizás sí.

— ¿En qué funda sus sospechas? — inquirí.

Comprendí que el señor Simons mantenía una lucha interna que le torturaba el espíritu. Por lo visto, sentía cierta repugnancia en expresarse en determinada forma. Sólo cuando yo le insté a que no me ocultara nada que pudiese relacionarse con el asunto que allí le traía, se expresó sin ambages. Sí, sospechaba de su cuñado y consocio Enrique Labielle. Era una pequeña historia familiar de la que le repugnaba hablar, pero comprendía que era impropio ocultarla, aunque confiaba en nuestra reserva profesional para que no trascendiese al público. De ahí se explicaba que, en vez de poner en antecedentes a la policía, hubiese acudido a nosotros con el fin de evitar el escándalo y rescatar a ser posible lo robado. El honor del nombre le obligaba a ello.

La historia era una historia vulgarísima, trivial. La hermana

del señor Simons, María Enriqueta, había contraído matrimonio con el joven Enrique Labielle hacía cosa de dos años. Este era un buen muchacho, trabajador y muy inteligente en el negocio. Debido a su esfuerzo — era preciso reconocerlo así — la prosperidad de la joyería iba cada día en aumento: tal era el buen nombre de la casa Simons. Pero un día quiso la fatalidad en forma de mujer que la armonía reinante en la familia se eclipsara de improviso. Una vedette del Edén Concert, famosa a la sazón en Barcelona, supo envolver en tales seducciones el señor Labielle, que éste, en un momento de incomprensible debilidad, acabó por sucumbir a sus tentaciones como el más inexperto de los colegiales, haciendo dejación de sus deberes casi en absoluto.

A partir de este tiempo, el esposo de María Enriqueta había sufrido un cambio bastante extraño en su conducta. Pasaba largas horas alejado del establecimiento y, no obstante, sabía de ella en continua e íntima amistad con la cancionista. Su carácter, antes expansivo y cordial, habíase tornado, a lo menos para con sus familiares, hosco y retraído, como hondamente preocupado. Vanas e inútiles habían sido las súplicas y cen-

suras que ante su comportamiento se entablaron en el seno de la familia. El señor Labielle eludía toda conversación que se relacionara con su desvío o bien se resolvía furioso contra lo que él consideraba exceso de suspicacia o celos ridículos.

Lo cierto era que hacía ya largos meses que duraba esa lucha, cada vez con mayor encono, hasta que hacía de ello tres semanas, después de una horrosa pelotera que sostuvieron ambos cuñados, el señor Labielle abandonó la casa y sin aviso alguno partió de Barcelona. Días después al de su marcha tuvieron conocimiento que se había recluso en un hotelito de Sitges, en compañía de su amiga, según suponían.

Claro está que todo esto no probaba ni mucho menos que el señor Labielle fuese el autor de la sustracción, pero, dadas las circunstancias en que se había realizado el hurto, no era de extrañar fuese él, confiando, sin duda, que sus familiares, a fin de evitar el escándalo, ocultarían el hecho manteniéndolo en el mayor de los secretos.

En este juicio acabamos por coincidir el señor Simons y yo, por lo que, después de encarecerle la mayor reserva, convinimos en que yo me dirigiría a la cercana villa de Sitges con el propósito de realizar las primeras investigaciones.

AQUELLA misma tarde emprendí el viaje hacia la bella Subur. No se me ocultaba que mis trabajos habían de ser en extremo laboriosos y delicados, pero yo estaba seguro de que a poco que la suerte me favoreciese acabaría por encontrar la pista para reintegrar las joyas al señor Simons.

Así, al llegar, lo primero que hice fué encaminarme hacia Terramar, lugar donde radicaba el hotelito alquilado por el señor Labielle. Era un edificio de moderna estructura, coquetón y no muy grande, situado cerca de la playa.

Sitges es lugar de atracción de muchos forasteros, que lo escudriñan todo con la mayor curiosidad y aun apuran a preguntas a los pacienzudos y amables suburenses. De ahí que no pudiese extrañar a nadie mi inquisitiva observación de aquellos lugares. Efectivamente, no lejos de la casita donde se instalara el joyero vi a un hombre sentado en la arena ocupado en componer unos arreos de pesca. No me fué difícil entablar conversación con él, y como resultó ser amigo de la cháchara y del buen tabaco, un excelente cigarro que le ofrecí bastó para que me satisficiera en lo que yo, de un modo indirecto, le fuí sonsacando.

Díjome en concreto que en aquel hotelito que yo tanto admiraba vivía desde hacía algunos días un señor de Barcelona joyero, que había venido a restablecerse de una enfermedad según tenía entendido. Por lo visto, era soltero, ya que no le acompañaba dama alguna, y aunque se le veía salir muy poco sabía de él que era hombre simpatiquísimo y muy amable.

Con estos informes y los que momentos después pude recoger

LAS palabras del inspector de policía eran una manifiesta censura a mi gestión; no obstante, yo me limité a sonreír benévola-mente por toda réplica.

de labios de un cliente mío que la casualidad me deparó en el hotel Miramar, comprendí que el modo de vida del señor Labielle no había originado la menor sospecha, pues todos suponían que estaba allí en período convaleciente. Así, pues, resolví visitarle personalmente y a tal efecto emprendí el camino hacia el hotel.

Llamé, y salió una mujer a recibirme dando muestras de extrañeza. Enterada de mis deseos, desapareció para volver a los pocos instantes y acompañarme hasta un pequeño saloncito de la planta baja, cuyos ventanales se abrían a la inmensidad del mar azul.

Al entrar vi a un hombre sentado en un sillón de mimbres, que al oír nuestros pasos se levantó súbitamente, mientras en su mano derecha, fina y delicada, conservaba aún mi tarjeta. Era éste un caballero alto, vestido con un traje gris claro, de aspecto simpático y atrayente, aunque en sus labios, ligeramente contraídos, dibujábase una mueca de amargura o de dolor.

Al verme entrar fijó en mí sus ojos azules y atrayentes y con una ligera inclinación de cabeza me invitó a sentarme en otro silloncito de mimbre.

Con no pocos circunloquios le expuse el objeto de mi visita. El señor Simons me había conferido el encargo de descubrir el robo que se había cometido en su casa y deseaba conocer del señor Labielle cuantas noticias pudiesen aclarar lo que parecía un enigma.

Mi interlocutor, conforme se iba enterando del objeto que allí me traía, vi que iba inmutándose gradualmente, hasta el extremo de que su rostro tomó el aspecto del de un cadáver: tal era su palidez desencajada. Sin embargo, ni sus labios se desplegaron para la menor exclamación ni su gesto, mesurado y prudente, alteró la actitud que desde un principio había adoptado. Sólo cuando hube terminado para rogarle que emitiese su opinión, sus manos, largas y bien cuidadas, se posaron en su rostro en una actitud de pena y quejumbre.

— ¡Dios mío!... ¡Dios mío! ¿Qué puedo yo decirle? ¡Hace tantos días que estoy alejado de aquello!

— Sin embargo, señor Labielle, ¿no podría indicarme siquiera una pequeña pista?

— ¡Oh, no!... ¡Es tan singular el hecho!

— Según tengo entendido, usted tiene en su poder llaves del establecimiento y de la caja. ¿Recuerda usted haberlas dejado olvidadas alguna vez o haber comunicado a alguien la combinación de la cerradura?

— No..., no. Las llaves nunca se han separado de mí, y en cuanto a la clave de la combinación, no había para qué descubrirla a nadie.

— Entonces ¿cómo se explica que el robo haya podido efectuarse sin fractura ni violencia alguna? — objeté.

— Tampoco yo logro explicármelo. ¡Suceso más raro!

La seguridad en sus contestaciones y el aplomo con que lo hacía me tenían perplejo. Indudablemente, aquel hombre no sabía nada del robo y, por lo tanto, su inocencia parecía manifiesta. Sin embargo, insistí:

— ¿Es cierto, señor Labielle, que ha hecho usted algunos viajes a Barcelona ocultando su presencia de todos, incluso de su propia familia? ¿Con qué intención lo ocultaba?

El joyero clavó en mí sus ojos azules. Luego, tras una larga pausa, contestó con forzada calma:

— No es cierto, señor, que yo haya vuelto a Barcelona ni una sola vez desde que me instalé aquí.

— Sin embargo — mentí descaradamente,

— los informes que yo tengo aseguran que anteaayer estuvo usted en la ciudad. Por la noche se le vió en el Edén Concert.

El señor Labielle saltó de su asiento de un modo rápido, y con voz alterada exclamó:

— ¿Qué doble intención encierran las palabras de usted, caballero? No acierto a comprender la infamia de quien así le informo, aunque quizás lo comprendo demasiado. Por lo visto, recaen o pretenden hacer recaer sospechas sobre mí. ¡Eso es sencillamente repugnante! Ante esa solapada intriga yo nada tengo que decir ni pretendo defenderme siquiera. ¡Es doloroso, muy doloroso, que las cosas hayan llegado a tal extremo!... ¡Ahora comprendo el alcance de su interrogatorio!

Y después de un corto silencio, en un gesto de energía añadió:

— Respecto a este asunto, yo nada sé ni tengo que decir, no me pregunte usted nada más, porque, repito, nada sé, y crea que lo siento muy de veras!

Sin decir más, saludó con una ligera inclinación de cabeza y se dirigió hacia la puerta.

Comprendí. Daba por terminada nuestra entrevista.

Era indudable que yo había llevado el asunto con poco tacto, quizás demasiado precipitadamente, pero era verdad también

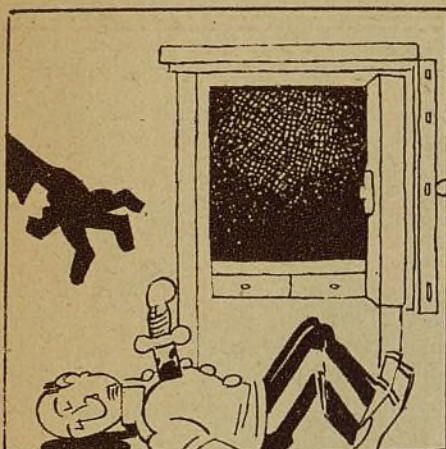
(Continúa en la página 70)



Empujé un poco la puerta y a través de la abertura pude ver al señor Simons.

HAZAÑAS DEL DETECTIVE?

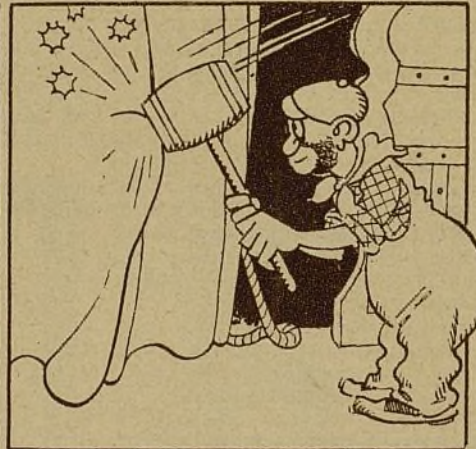
TIM YESYÉS



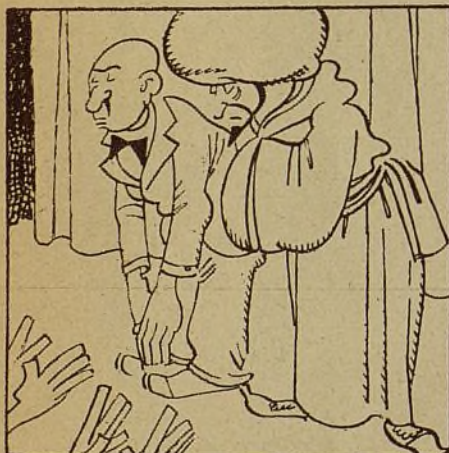
En una casa cerrada encontraron cierto día un hombre que aparecía muerto de una puñalada.



El autor, en vez de huir, para despistar mejor se mete a hipnotizador disfrazado de fakir.



El jamás ha hipnotizado, pero tiene un ayudante que al que coge por delante le deja más que atontado.



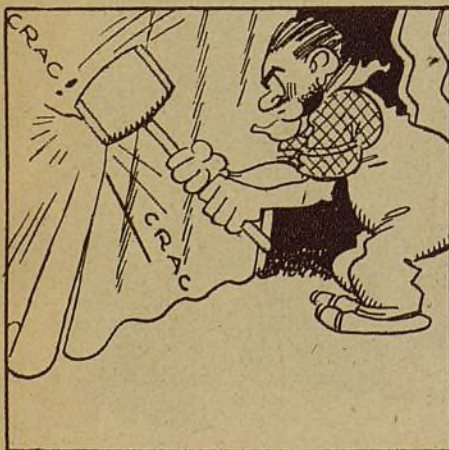
Y el público en general le aplaude diariamente, ignorando ¡pobre gente! que ovaciona a un criminal.



Dándose la mar de pisto, Yesyés le ve ir y venir y sospecha del fakir, porque Yesyés es muy listo.



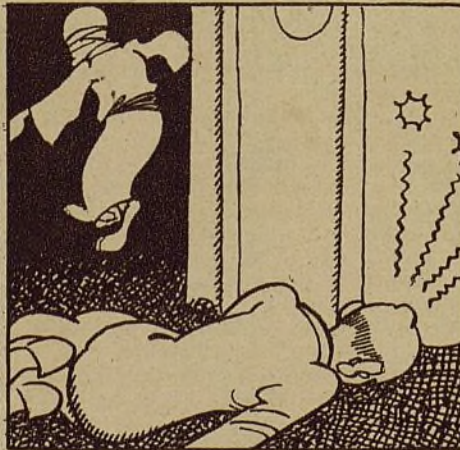
Y al escenario Yesyés sube una noche y le dice: «Hipnotizame, infelice, y ya veremos después.»



Pero su tono chulon escama al que da el mazazo y le propina un porrazo que resuena en el Japón.



«¡Cogedle, que es un bandido!», intenta Yesyés gritar, mas sólo puede lanzar un espantoso alarido.



La cabeza le echa lumbre mientras huye el enemigo. Y Yesyés queda hecho un higo... por no perder la costumbre.

ATRACADORES Y RATAS DE HOTEL

Aspectos de la Gente del Hampa

por SEGUNDO HOLMES



UNO de los tipos más temibles de la gente del hampa es el *atracadador*, flor dañina del mal, sin aroma ni colores, que punza y envenena al que por desgracia toca sus hojas. El *atracadador* tiene instintos perversos, sanguinarios, corazón de piedra, sentimientos innobles; es insensible a la piedad y al dolor ajenos. Busca siempre el lugar solitario, la impunidad más completa para cometer sus hechos, porque carece del valor necesario para afrontar el peligro sin miedo alguno a la muerte.

Cuando el *atracadador* da sus golpes de mano, se impone por lo súbito de su ataque, o por el número excesivo de compañeros que van con él, o se ampara entre las sombras de la noche, o en la soledad del punto elegido, o busca el disfraz de los guardadores del orden, o el engaño y la mentira para inspirar confianza y atacar inesperadamente, siempre eludiendo el peligro...

El *atracadador* es ruin, es cobarde, cruel y violento; nada le conmueve: ni el espanto de la indefensa víctima al verse atacada, ni el llanto del niño, ni el grito de la madre que cae herida a su puñal, ni la palabra angustiosa que demanda piedad...

El tipo del *atracadador* presenta distintas variedades, ya que son infinitos los medios de que se vale para operar.

Hay delincuentes de este delito que operan sólo en despojado, en la soledad de los campos, asaltando al viandante que va por los caminos rústicos, y en las viviendas solitarias; otros, en cambio, atracan dentro de las poblaciones, ya en los paseos y calles apartadas, durante la noche, ya en domicilios particulares, que invaden cautos, felinos y asoladores, dispuestos al asesinato.

Atracadores en despojado

LOS *atracadadores* en despojado, generalmente suelen ser conocidos con el nombre de *salteadores*, aunque se distinguen más particularmente con este dictado los que salen a los caminos a robar a los pasajeros, y que en el lenguaje jergal se llaman *dronistas*, de *dron*, camino.

El Código penal considera agravante en el robo llevarlo a cabo en despojado y en cuadrilla, que suele ser la forma de trabajar de los *salteadores*.

Los profesionales del atraco que operan al aire libre, en poblado, se estacionan en las calles oscuras, ocultos en los quicios de las puertas, o en los paseos tras los corpulentos árboles, aguardando el paso de algún indefenso transeúnte trasnochador, para darle el alto, pistola en mano, y vaciarle de cuanto de valor lleva sobre sí, llegando a los malos tratos en caso de resistencia y hasta al asesinato, desapareciendo rápidos entre las sombras, después de consuma-

do el atraco. Para evitar en parte un asalto imprevisto de esta naturaleza, lo mejor es caminar por el centro de las calles y paseos, con lo que se puede dar tiempo a pedir auxilio o emprender la huida.

También esta clase de *atracadadores* suelen reunirse en cuadrillas y espiar a los cobradores de los bancos o a los conductores de dinero para el pago de jornales, a los que asaltan súbitamente en mitad de cualquier vía pública, amenazándoles con sus revólveres o pistolas y apoderándose del metálico o billetes que llevan encima, desapareciendo del lugar del hecho, aprovechando el pánico de los transeúntes y la desbandada general, o bien huyendo rápidamente en algún automóvil, previamente preparado.

Atracadores en domicilio

EL *atraco en domicilio* se efectúa valiéndose de las sombras de la noche para entrar en las casas, bien fracturando una ventana o haciendo saltar la cerradura de una puerta, o aprovechando el descuido de los moradores que dejan abierto el balcón o cualquier otro hueco de acceso. Estos delincuentes son más terribles que los *topistas* y *palquistas*, de que ya os hablé en un otro artículo, que usan los mismos procedimientos

para entrar en las casas. Hay una forma que reviste ya importancia, pues consiste en hacer éstos un taladro en las puertas, con un berbiquí especial de varias cuchillas o una sierra circular, que saca el bocado de madera en forma cónica, para poder meter por este hueco la mano o el brazo y recorrer el cerrojo, levantar los pestillos con un alambre de gancho y soltar las cadenas de seguridad.

También los *atracadadores* suelen llevar a cabo sus hechos delictivos en las casas de banca particulares y dependencias oficiales, donde entran en cuadrilla, revólver en mano, inmovilizando por el terror a los empleados; se apoderan de los fondos que encuentran a su alcance y huyen después en un automóvil que tienen preparado en la puerta, no sin disparar sus armas si alguna persona se opone a su paso o se ven perseguidos.

Los *atracadadores en domicilio* más temibles suelen ser los que para entrar se valen de engaños. Apenas si este delito se lleva a efecto, porque son pocos los ladrones que reúnen la sangre fría, serenidad y valor rayano en la temeridad que hace falta para ello, así como la inventiva y la ductilidad en el rostro para fingir su papel de persona decente.

Los *atracadadores* por engaños se valen de mil medios para que



El *atracadador* sorprende al *trasnochador* y, pistola en mano, le despoja de cuanto lleva.

les franqueen la entrada de las viviendas, vistiendo trajes de una institución o cuerpos oficiales, por ejemplo, de la Guardia civil.

Cuando el traje es de seglar, se presentan dos o tres individuos conduciendo una caja de frutas o cualquier otro encargo, pretextando ser un regalo de parte de una persona conocida de los interesados. Si se les franquea la entrada, en un momento sujetan y amordazan a las personas que encuentran, dirigiéndoles terribles amenazas de muerte; después se dedican a descerrajar y fracturar todos los muebles llevándose lo que encuentran de valor.

También los *atraca*dores, para lograr sus propósitos, suelen ser portadores de cartas de recomendación falsas, suscritas por un pariente o un amigo de la futura víctima.

La inventiva de los *atraca*dores no descansa para captarse la confianza del que intentan atracar por engaños. Sus trabajos de expoliación confúndense a veces con los de los *topistas*.

Uno de los modelos que la fauna del crimen presenta en esta clase de delitos lo dió el celeberrimo Luis Candelas, en su robo a la modista de Isabel II, en que, vestido de correo de gabinete y diciéndose portador de una carta escrita desde Francia por la hija de aquella, logró que se le abriera la puerta, para poder, al frente de su cuadrilla, dar el golpe de mano.

Salteadores de caminos

LOS *atracos en despo*blado tienen distintas fases: desde el que se lleva a efecto en las afueras de las poblaciones, hasta el que se practica en cuadrilla en una carretera al paso de una diligencia, de un auto o de trajinantes adinerados.

Es uno de los delitos más graves, porque sus autores, cuando hallan resistencia, descienden hasta el atropello y el asesinato, validos de la soledad del sitio que toman para escenario.

Los que ejecutan el atraco en las afueras de los pueblos o en los caminos de herradura suelen ser los desheredados de la fortuna o rateros de baja estofa, que descienden a desvalijar a paseantes y arrieros, sabiendo de antemano la insignificancia del botín.

No así los que lo practican en una carretera o camino a mano armada y en cuadrilla, que suelen ser foragidos perfectamente organizados y reciben el nombre de *dronistas*.

En España surgió este tipo de la delincuencia, hijo de la sangre indómita y el valor de sus naturales. Los José María y Diego Corrientes son la genuina representación del ladrón de caminos, bravo, respetuoso con los bajos y altivo con los altos; bueno con las mujeres; desprendido, fuerte y disciplinado; siempre dispuesto a verter su sangre frente a frente; azote

de miserables y usureros; caballista airoso, aventurero y amigo de las empresas más peligrosas.

La imitación y los instintos perversos mixtificaron el tipo y salieron los *dronistas* sanguinarios, los bandoleros criminales, que a mano armada detenían en la soledad de los campos las caravanas de los trajinantes, a los que robaban y algunas veces mataban a la menor resistencia; a los infelices pasajeros, que salían vapuleados y despojados de sus míseros ahorros.

Su tipo paupérrimo, sus barbas descuidadas, sus cabelleras hirsutas, el aspecto, en fin, miserable, les valió también el nombre de *greñudos*, con que la fama popular los conoce.

Ya afortunadamente los *dronistas*, esos ladrones de caminos bien armados y disciplinados, casi no existen.

Hoy el hambre y las miserias que se enseñorean de los pueblos hacen a los parias miserables y a aquellos otros viciosos y granujas, salir a los puntos más alejados y ocultos de los caminos a dar el alto a las cuadrillas de errabundos trabajadores que van periódicamente de una provincia a otra, o a algún rico hacendado que pasa a caballo.

Las roturaciones de los campos y la Guardia civil, ese benéfico instituto armado, español, acabaron con el tipo genuino de *dronista*. Hoy aquella tiene en jaque a esos cuantos miserables seres que los vicios y las miserias echan a los caminos, a robar, generalmente a otros seres aún más pobres que ellos.

Los salteadores de caminos sanguinarios antiguos y los actuales son tipos terribles, porque la soledad de los campos servía y sirve de acicate para verter sin compasión la sangre de sus semejantes.

Hoy los salteadores de caminos suelen atracar también a los pasajeros de los automóviles, para lo cual uno de ellos, cuando el vehículo se aproxima, se tiende en posición supina en el centro de la carretera, quedándose inmóvil, como si estuviera muerto, mientras los compañeros se emboscan a ambos lados del camino.

Cuando los ocupantes del auto ven al individuo obstruyendo el camino, para evitar atropellarle y suponiéndole víctima de algún accidente, ya que no se mueve a pesar de los repetidos toques de bocina, se bajan del vehículo para socorrerle, momento que aprovechan para incorporarse el supuesto muerto y salir los emboscados, empuñando todos sus pistolas, procediendo acto seguido a desvalijar a los pasajeros de cuanto llevan encima y montándose, muchas veces, en el propio auto de las víctimas, en el que desaparecen rápidamente, dejándolo después abandonado en una calle de las ciudades.



Los atracadores de trenes sorprenden al viajero solitario.

Cuando los ladrones en despoblado asaltan fincas rústicas o rurales, obran con el impulso arrollador y terrible que les da la impunidad en que han de quedar sus exacciones por el lugar apartado en que están aquéllas.

Ejercen la sorpresa y la fuerza, paralizando por el terror a los habitantes de las casas de campo.

Se presentan casi siempre con el rostro tiznado o encubierto, para no ser reconocidos, empleando con preferencia una tela con dos agujeros a la altura de los ojos, con lo que ya su aspecto es imponente y terrible.

Si no logran entrar por sorpresa, fracturan las puertas, balcones y ventanas, y en muchas ocasiones, para conturbar aún más los espíritus de los sitiados, hacen saltar las cerraduras a tiros.

Si ya dentro de las viviendas rústicas reciben negativas a sus demandas imperiosas de dinero, maltratan a los dueños o colonos sin piedad, usando hasta el martirio del fuego, o llegan al asesinato, crimen que realizan también a la menor sospecha de que les ha reconocido alguno de los moradores.

El medio de que se valen algunas veces los *atrachadores* de fincas rústicas para poder entrar en ellas sin sospechas es fingirse agentes de la autoridad, presentándose con el honroso uniforme del noble y benemérito cuerpo de la Guardia civil.

Cuando los colonos se encuentran más descuidados por la confianza que les infunden los supuestos guardias, éstos se descubren como son y exigen con amenazas de muerte los fondos y cuantas alhajas poseen aquéllos, a los que después de desvalijar, los atan de pies y manos, encerrándolos en las cuevas o en alguna de las más apartadas habitaciones de la casa, cuyas puertas cierran con llave, para tener tiempo de escapar antes de que sea conocida su fechoría.

Atracadores de trenes

VOY a ocuparme ahora de los ladrones de trenes, o sea los del *rengue* o *trullo*, palabras con que se designa el tren en el argot del hampa. El tipo genuino de estos malhechores, aquel hampon que dando frente al peligro, cara a cara, dispuesto a jugarse la vida, hacía, arrogante, pararse al monstruo de hierro para desvalijarlo y atracar a los viajeros, ha desaparecido en el transcurso del tiempo. En España se ha mixtificado, perdiendo, afortunadamente, relieve.

Hoy los *atrachadores* de trenes buscan las sombras de la noche, el silencio y la soledad de un departamento de primera o segunda clase, para llevar a cabo el robo.

Inopinadamente los delincuentes, que son siempre dos, abren al mismo tiempo ambas portezuelas de un coche de primera clase, que han vigilado ya atentos, y entran revólver en mano amenazadores, amedrentando a los viajeros, siempre en el intervalo de una a otra estación. Con la mayor

sangre fría y exponiéndose a ser sorprendidos por el interventor o cualquier otro compañero de viaje, uno de ellos, mientras el otro sigue amenazando, alto el revólver, registra los bolsillos y las maletas, apoderándose del dinero y las alhajas que encuentra; ata de pies y manos a los viajeros, si lo creen oportuno, y por las distintas portezuelas se lanzan los atracadores a los estribos y desde allí al suelo, sin temor al peligro de la caída.

También suelen los ladrones aposentarse en un departamento de clase especial, como simples viajeros, donde sólo vaya alguna señora o caballero, a los que desvalijan estando el tren en marcha bien aprovechando el sueño de éstos, usando o no después el cloroformo para reducirlos a la impotencia, o amenazándoles de súbito con el revólver, lo que sobrecoge y paraliza de terror a las víctimas.

Los *atrachadores* de trenes han llegado distintas veces a asaltar los coches correos, aprovechando un descuido o el sueño de los ambulantes, violando la correspondencia y apoderándose de los certificados y valores.

Estos ladrones de trenes son peligrosos, pues si se ven en un apuro o temen ser descubiertos por los gritos de las víctimas o por haber sido reconocidos, no titubean en cometer un asesinato, como ocurrió en el asalto y robo del coche de los ambulantes del tren correo de Andalucía, de triste memoria, en el

que perdieron la vida los empleados, muertos vilmente por los asaltantes.

También en esta modalidad de los del *rengue* o *trullo* están los que montan subrepticamente en un tren de mercancías y, en plena marcha, rompen el precinto de un vagón, asaltándolo y arrojando a la vía los fardos, paquetes y cajas, que bien ellos, apeándose del tren, recogen, o los compañeros apostados previamente, al paso del monstruo de hierro.

Igualmente estos hampones se aposentan en los techos de los vagones, en las altas horas de la noche, introduciendo el brazo por las ventanillas abiertas o un alambre en gancho, apoderándose rápidamente de la maleta más próxima colocada en las redejillas de los departamentos, o ambulean por los vestíbulos y andenes de las estaciones, a la caza de alguna maleta falta de vigilancia en dichos lugares o en el interior de los coches antes de partir los trenes.

Reventadores de escaparates

CONTINUANDO nuestra descripción de los tipos de *atrachadores*, existen en esta fauna criminal unos, que bien pudiéramos calificar de aprendices, y que se de-



Un rata de hotel acechando a su víctima.

Seis Bandidos, Seis Minutos



A las nueve de la noche del 8 de octubre de 1925, en la oficina de detectives del Departamento de Policía de Los Angeles.

Walter B. Barr, teniente detective de la Sección de robos, se hallaba inquieto e impaciente, ávido de acción, y se desahogaba dando vueltas sobre su silla giratoria, y pensando en que desde que había ingresado en el Departamento no le había sido confiado más que un asunto de ínfima importancia: el robo de una gramola en una finca de las afueras, propiedad de un buen padre de familia.

A las nueve y treinta y un minuto, llamaron al teléfono. El teniente detuvo la rotación de su asiento y cogió el auricular.

— ¡Sección de robos! ¡Barr al aparato! — dijo.

E instantáneamente, su rostro se cubrió de una viva expresión de orgullo.

Colgó luego el aparato y se precipitó en la Sala de Juntas, donde el Escuadrón ligero se hallaba siempre esperando las llamadas urgentes.

— ¡De prisa! — gritó el teniente. — ¡A la casa de Correos!

A los tres segundos, un coche partía hacia la escena del crimen, sin lograr, a pesar de toda su rapidez, evitar que los seis hombres que acababan de perpetrar uno de los más audaces robos registrados en los anales de la policía local, escaparan con un botín valorado en seiscientos mil dólares.

EL suceso se había desarrollado en la siguiente forma:

A las 9'15 de la noche, tres camiones cargados con el correo de salida habían dejado el Arcade Post Office por el Depósito de Santa Fe. El primero de estos camiones, que conducía el correo corriente, cruzó la Third Street y la Traction Avenue sin ninguna contrariedad. Pero cuando el tercer camión, llevando el correo certificado, valores y giros, embocaba la misma Avenida, un potente coche de turismo salió dispa-



por

D. L. MICHEL

Secretario de la Sección de Robos del Departamento de Policía de Los Ángeles.

He aquí los seis bandidos del asalto al correo de Los Ángeles, un caso de bandidaje llevado a cabo con una audacia increíble.



y 600,000'00 Dólares

do de una esquina, yendo a chocar contra el camión de Correos.

Y antes de que hubieran podido darse cuenta de lo que había ocurrido, los empleados que ocupaban el coche postal se encontraban frente a la amenaza de los hombres que conducían el automóvil interruptor.

Entretanto, dos hombres más, igualmente armados de pistolas, saltaron dentro del camión, mientras el primero de ellos, les gritaba:

— ¡Manos arriba!

Pero los valientes muchachos permanecieron inmóviles. Esperaban aún un momento de suerte que les permitiera apoderarse de sus esportetas.

— ¡De prisa, condenados! — insistió el bandido segundo, mientras apretaba amenazadoramente el dedo sobre el gatillo de su revólver.

Los empleados de Correos vieron inútil la rebeldía, y obedecieron.

Entretanto, dos nuevos bandidos aparecían, quedándose en la calle apostados a la vigilancia.

El cuarto, entretanto, ayudaba a los trabajos del primero y del segundo alumbrándoles con una poderosa linterna.

Una vez recogido todo su botín, los bandidos condujeron el camión dos travesías más abajo, donde se hallaban esperando otros dos grandes automóviles, a los que fueron trasladados veinte sacos de correo.

Después de esto, los empleados postales fueron encerrados en el interior del camión, convenientemente amarrados, y el ladrón segundo se encargó de guiar el coche hasta la valla de un solar cercano, contra la cual lo empotró, abandonándolo seguidamente y reuniéndose al momento con sus otros cinco compañeros que estaban esperándole en sus tres automóviles, a punto para la fuga.

Y mientras huían hacia sus guaridas, los seis bandidos pudieron constatar que habían empleado seis minutos en el robo de los seiscientos mil dólares.



Al poco rato, un automóvil moderaba la marcha hasta pararse frente al destrozado camión postal, creyendo que se trataba de un accidente. Mas, comprobado que era efecto de un acto de bandidaje, partió nuevamente a toda velocidad para dar el parte consiguiente a la justicia.

INMEDIATAMENTE, el capitán Cato, jefe de la Sección de robos, designó a H. J. Wallis, uno de sus más hábiles oficiales y a E. M. Hamren, su ayudante, para las investigaciones del caso; acompañándoles el teniente Barr y los tenientes Lloyd y Roberds, del Post Office Detail, que se pusieron a trabajar con un ahínco y un entusiasmo extraordinarios, decididos a que su trabajo no desdijera, en perfección y rapidez, del de los audaces asaltantes del camión correo.

No obstante, las pistas eran difíciles, imposibles. Los ladrones lo habían hecho todo demasiado bien para que hubieran olvidado esos pequeños detalles de torpeza que son siempre los que favorecen el descubrimiento y la detención de los culpables.

Pero la tarde del 9 de octubre, o sea al día siguiente del suceso, compareció en la Jefatura de Policía un ciudadano denunciando a un joven mecánico de un garage, llamado Robert Cargo, que al devolverle un préstamo que le había hecho, en un billete de veinte dólares, le advirtió:

— No crea usted que es falso, pero le ruego que si puede ser, no lo cambie en ningún Banco.

El buen hombre no había oído hablar todavía del robo del

ENCICLOPEDIA "COLUMBUS"

Cinco Grandes Tomos
completamente terminados
Encuadernado en tela, en relieve
y rótulos en oro



10 Ptas
al mes

Todo el
SABER humano

todo el contenido de cien obras
diversas condensado en

5 magníficos volúmenes

con profusión de grabados, mapas y láminas en color

Redactado por reputados especialistas bajo la dirección de
D. ALBERTO DEL CASTILLO Profesor de la Universidad de Barcelona

**Edición
definitiva**

Desde un principio recibe usted la obra completa, sin estar expuesto a
dificultades de publicación ni a que se le haga anticuada.

Cada uno de los cinco tomos consta de cerca de mil páginas impresas a tres columnas. En conjunto
varios millones de palabras, cuidadosamente ilustradas con millares de dibujos intercalados en el
texto, y con láminas en colores y en negro, y hermosísimos Mapas Generales y de todas las naciones,
confeccionados expreso para esta obra por la Casa Columbus, de Berlín, especializada en ediciones
cartográficas.

Edición cuidadosamente compilada y revisada, que contiene: Todas las voces de la última edición del Diccionario de la R. Academia Española. — Homónimos y sinónimos: galicismos y barbarismos. — Los americanismos generalmente usados en la América de habla española. — Locuciones latinas, francesas, italianas e inglesas, usualmente empleadas en España y América. — Los términos técnicos de los últimos inventos aceptados por el uso.

20
meses de
crédito

NADA DE PAGO ADELANTADO

Es imposible saberlo todo:

Pero en la vida moderna es indispensable que en cualquier momento podamos adquirir o mostrar nuestros conocimientos sobre determinados asuntos o materias.

Este es el objeto de la ENCICLOPEDIA COLUMBUS

Todas las ramas del saber, todos los conocimientos modernos están incluidos en ella. Y está todo tratado de modo que haya siempre

CONCISION y CLARIDAD en todas las materias

Hemos puesto especial cuidado en que la ENCICLOPEDIA COLUMBUS sea

La más moderna. Por eso damos, puestos al día, mapas generales y de todas las naciones a todo color, mapas de todas las provincias de España.

La ENCICLOPEDIA COLUMBUS contiene una verdadera Historia del mundo, Biografías, Historia Natural, todas las Ciencias y Artes. Es el Diccionario Enciclopédico más moderno, más práctico, más completo y más económico.

Como obra de estudio, como obra de consulta
la ENCICLOPEDIA COLUMBUS puede ser llamada, sin exageración EL LIBRO DE LOS CONOCIMIENTOS HUMANOS

No vacile en aprovechar las ventajas que para su adquisición le ofrecemos.

Compuesta en tipo cinco de imprenta, a pesar de ser el más pequeño, resulta muy claro para su lectura, esta obra contiene tal cantidad de texto que en otra forma ocuparía diez gruesos volúmenes. Es un alarde de condensación, compatible con la extensión de los artículos y la claridad del texto.

BOLETIN DE COMPRA

Yo, el abajo firmado, declaro comprar a los Establecimientos QUILLET, S. A., un ejemplar del diccionario ENCICLOPEDIA "COLUMBUS" por el precio de ptas 200, que me comprometo a pagar a plazos mensuales de 10 ptas., el primero a la recepción y los otros cada mes, hasta completa liquidación. Mientras no se haya satisfecho el importe total de la obra, la consideraré en calidad de depósito en mi poder. AL CONTADO 180 PTAS.

FIRMA

Nombre y dos apellidos

Edad

Profesión

Dirección del empleo

Calle

Población

Provincia

¿Qué administración de correos más próxima tiene giro postal?

Móvil de
10 céntimos

ENVIO INMEDIATO FRANCO DE PORTE Y ENBALAJE

Córtese el boletín y mándese a los ESTABLECIMIENTOS QUILLET, S. A., Apartado de Correos 476. - Barcelona

Establecimientos QUILLET, S. A. - Mallorca, 237 bis - BARCELONA

DELEGACIÓN EN MADRID: CHURRUCA, 15, BAJOS

Ayuntamiento de Madrid

camión correo, pero sospechaba en su joven deudor a un posible monedero falso.

— Mire — le dijo el teniente Barr. — Por lo que pueda ser, ahí tiene usted dos billetes de diez dólares, a cambio de este de veinte, que vamos a examinar en seguida.

Y, en efecto, al otro día el billete de veinte dólares del joven Robert Cargo fué confrontado con los que figuraban en la lista de los robados en el asalto del correo. Exacto. Allí estaba su número. Aquel billete, pues, había sido robado del camión.

— ¡Pronto! — gritó el capitán Cato. — ¡Hay que atrapar a ese Robert Cargo!

Sin perder momento, los detectives y los inspectores postales se distribuyeron por los alrededores del garage donde Cargo estaba empleado, montando así una vigilancia con toda clase de precauciones.

Era muy posible que toda la banda se hallara al acecho, presta a defenderse; por lo que el teniente Lloyd entró en el garage acompañado únicamente de una de las señoritas afectas al Servicio, y adoptando el aire indiferente de un cliente cualquiera que iba a hacer revisar el motor de su coche.

En el establecimiento no estaban más que Cargo y su principal.

El joven mecánico repasó el coche, reajustó unas piezas (intencionadamente desajustadas por el detective), y el nuevo cliente pagó y se fué con su bella compañera.

Pocos minutos más tarde, el oficial Roberts entraba a su vez en el garage con un aspecto más imponente que el del primer policía.

— ¡Se me ha atascado el coche en la esquina! — gritó. — ¡Maldita sea! ¡A ver, usted, muchacho! — pidió, dirigiéndose al mecánico. — ¿Quiere usted venir conmigo ahí fuera, para ver qué le pasa al auto?

Robert Cargo cogió sus herramientas y siguió al exasperado cliente, hasta el coche en que los oficiales Wallis y Hamren estaban instalados.

Tendióse el muchacho debajo del vehículo, y ¡cuál no sería su sorpresa al sentirse las muñecas aprisionadas por unas esposas, y al ver, cuando se incorporó, dos cañones de revólver apuntados a su pecho, en manos de los policías!

— ¿Qué es esto? — preguntó todavía el astuto muchacho, a sus fingidos clientes.

— ¿Qué tiene usted que darse preso, por su complicidad en el robo del camión correo.

— ¡No sé de qué me hablan! ¡No tengo nada que ver con ningún robo! — protestó Robert vivamente.

Sin embargo, se le condujo a la Jefatura.

Precisamente aquella misma mañana se había descubierto que Cargo había entregado a una amiga suya 600 dólares en metálico, diciéndole que procedían de la venta de unas propiedades suyas en el Este; habiéndose comprobado que también aquellos billetes pertenecían al botín del robo del coche correo.

— Muy bien — respondió el oficial Barr, a las repetidas e insolentes negaciones del muchacho. — Entonces, si usted no tiene nada que ver en el robo del correo, tendremos que detener a su novia, en cuyo poder hemos encontrado 600 de los dólares robados del camión correo. Si no se los ha dado usted, es que es ella la ladrona... De manera que usted niega haber entregado estos 600 dólares a su novia, ¿eh?

— ¡No! — prorrumpió entonces Robert, angustiosamente. — ¡Ella no tiene la culpa de nada!

— Si es así, ¿es verdad lo que ella ha dicho, o sea, que era usted el que le había entregado aquel dinero?

Robert bajó furiosamente la cabeza.

— ¿Es verdad? — insistió el detective.

Y Robert Cargo confesó, al fin:

— ¡Sí!

Los detectives del capitán Cato podían cantar victoria. Los autores del crimen estaban en sus manos, dos días después de haberse cometido.

REGISTRADA la habitación de Robert, se halló escondida debajo de la cama una suma en metálico, y 3,000 dólares en valores que estaban guardados en una arquita.

Cargo, naturalmente, había confesado plenamente, complicando en el asunto a un tal Carlos Wagner, alias «el Chuck», que Robert decía haber visto por primera vez la víspera del robo.

— Le conocí en su armería, y allí mismo fué donde me invitó a una partida de automóvil para la noche siguiente. Yo acepté, naturalmente. Y no pensé nunca en que iba a participar en un robo hasta que nuestro automóvil chocó voluntariamente en la Traction Avenue, con el camión correo.

Los detectives Hamren y Lloyd fueron los encargados de practicar el registro en casa de Carlos Wagner; encontrando en su habitación una escopeta cargada del 45, de un sistema inusitado.

Hamred, cuyo tío, un artillero retirado, había poseído una extensa colección de armas de fuego, examinó la escopeta y su considerable longitud, volviéndola a colocar en la vitrina de donde la había sacado y cubriéndola otra vez con el pañuelo con que la había encontrado tapada.

— ¿Qué hacemos ahora? — se dijeron los dos policías.

Unos pasos que se acercaban por el corredor les dieron la respuesta. Hamren y Lloyd tuvieron apenas tiempo de agazaparse detrás de la puerta. Esta se abrió y entró en la estancia Carlos Wagner, que se encaminó directamente a la vitrina donde se hallaba la escopeta.

— ¡Dése usted preso, en nombre de la Ley! — le gritó entonces Hamren, plantándose delante de la puerta.

Pero ya era tarde. El armero se había apoderado con un gesto rápido, inevitable, de su extraña escopeta y al tiempo que, con la velocidad del relámpago, apuntaba contra el joven policía, decía sarcásticamente:

— ¡Toma, en nombre de lo que no es la Ley!

Pero el disparo no salió. Los ojos del bandido clisporrotearon y soltó una blasfemia, mientras Hamren se reía, sorprendido y gozoso, recordando que su reciente manipulación de la escopeta de Wagner le había salvado la vida, que ya se dio cuenta de que entonces, e involuntariamente, había desviado la clavija de fuego.

Carlos arrojó rabiosamente la escopeta al suelo, maldiciendo a los policías.

UNA vez en la Jefatura, Wagner negó también su participación en el robo del correo.

No obstante, en la trastienda de su armería se encontró un baúl lleno de objetos varios, entre los que había retratos y correspondencia pertenecientes a un hombre llamado Tesciona, alias Dago Frank.

(Continúa en la página 80)



De izquierda a derecha: los detectives Grant Roberts, Chester A. Lloyd, E. Raymond, Walter B. Barr, E. M. Hamren y H. J. Wallis, que dieron hábilmente caza a los seis asaltantes del correo de Los Angeles.

CASCARRABIAS



¿Ya tienes el diamante? — preguntó Berci con interés.

LOS amigos íntimos llaman a mister Bullivant *Cascarrabias*, y crean nuestros lectores que no les falta razón para ello.

¿Cuál es la causa del continuo mal humor del viejo? La que siempre figura en primera línea, en casi todos los acontecimientos de la vida: *El amor*.

Aclaremos. La avanzada edad de mister Bullivant le descarta por completo de las asechanzas del pequeño dios alado. Más claro: no está herido por sus flechas; pero sí padece las consecuencias de un amor indirecto, como es el que inspira su nieta Virginia a mister Jarvis.

Ginny, como siempre la llama cariñosamente *Cascarrabias*, es su ojito derecho; y ya hace tiempo que tiene el proyecto de casarla con Enrique Lóder, un sobrino que en la actualidad se encuentra en el Transvaal.

Pero viene a trastornar los planes del viejo la llegada a su quinta de mister Jarvis.

El solo nombre de Jarvis crispa los nervios de *Cascarrabias*, y más aún cuando se ve obligado a invitarle a pasar unos días en su casa de campo, donde se ve que el intruso está dispuesto a aprovecharse de todo para hacer el amor a Virginia.

Y lo más grave es que la joven no echa en saco roto las atenciones del galán, y hasta sale con él a pasear a un riachuelo de las cercanías.

Como es natural, el bueno de *Cascarrabias* está fuera de sí

pensando en que de una de estas excursiones pueda resultar un noviazgo.

De aquí que desahogue su mal humor con Rudock, su antiguo y fiel criado, al cual trata con la mayor dureza.

SIN previo anuncio, sin que nadie lo espere, se presenta en casa del viejo Bullivant el querido sobrino Enrique Lóder. De momento se olvida el anciano de mister Jarvis, preocupado con lo que pueda haber hecho su sobrino para que le hayan despedido de la importante casa del Transvaal en que trabajaba; mas mister Bullivant se queda perplejo al oír las explicaciones de Enrique.

No solamente continúa en la casa, sino que viene a Inglaterra con una comisión de la más alta importancia, o sea la de entregar en las oficinas de Londres el célebre diamante Lawson.

— ¿Pero dónde está esa magnífica piedra? — pregunta el anciano sin salir de su asombro.

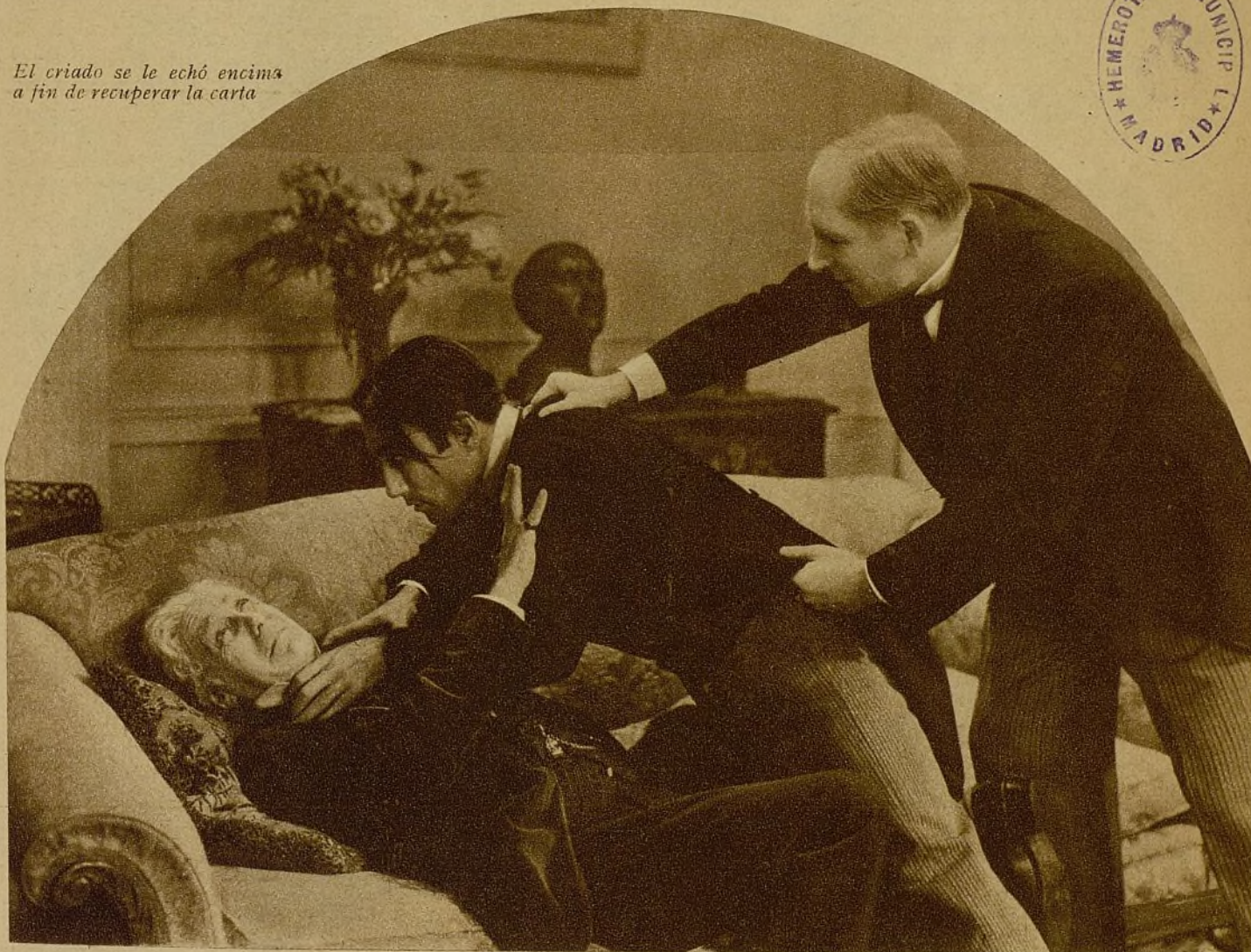
— Aquí, en mi bolsillo — contesta el joven llevándose la mano al chaleco.

— Parece mentira que hayan depositado en ti tanta confianza, con esa cara de papanatas que tienes.

— Pues ya ve usted que con esta cara he sabido engañar a uno de los más famosos criminalistas de Inglaterra, que es usted, mi querido tío.

Argumento de la película del mismo título de la «Paramount», interpretada por Ernesto Vilches y Carmen Guerrero

El criado se le echó encima
a fin de recuperar la carta



— Mas ¿por qué no has ido directamente a Londres para hacer la entrega?

— Porque como iba a llegar tarde, me telegrafió el jefe, citándome para mañana. Por eso he venido aquí, porque no me he fiado de pasar la noche en un hotel.

— Muy bien.

Después llevan la conversación hacia lo que a ambos les interesa: Virginia.

DIGAMOS algo de dos nuevos personajes — él y ella — aunque éstos sean de escalera abajo, porque ambos ocupan un lugar importante en este relato.

El es Kebble, ayuda de cámara y hombre de confianza de mister Jarvis, y ella Susan, la doncella de Virginia. Kebble se ha enamorado de Susan, y ella le corresponde, pero le da celos siempre que se presenta una ocasión; y se ha presentado ahora con la llegada del sobrino del dueño de la casa.

El novio de Susan ha sorprendido a ésta en animadísima charla con el señorito Enrique; y — lo más grave aún — la ha visto cortar una gardenia y sujetar sus hojas con uno de sus cabellos, antes de colocarla con mucho mimo en el ojal del elegante joven.

De aquí que unos por celos y otros por distintas causas se hallaran agitados en la quinta de *Cascarrabias*.

El único satisfecho es mister Bullivant, porque nota que su plan casamentero va por muy buen camino.

Además, el insoportable Jarvis se ha despedido diciendo que, a primera hora de la mañana siguiente, tiene que salir para Londres.

Esto hace sospechar a *Cascarrabias* que el rival de Enrique ha sido desairado por Virginia.

Enrique piensa en la joven y supone, no sin fundamento, que ella estará pensando en él, y Kebble, el ayuda de cámara de Jarvis, se propone tener con Susan una entrevista antes de partir, para saber a qué atenerse.

Respecto a mister Jarvis, no podemos decir más, sin que cuando estuvo pescando en el río con Virginia, llevó su atrevimiento hasta darle un beso, acción que la joven acabó por perdonar regalándole una gardenia.

Así las cosas, se encuentran a la mañana siguiente a Enrique Lóder con la cabeza rota, y con la desaparición del precioso diamante que la víctima guardaba en uno de los bolsillos del chaleco.

AHORA nos encontramos en Londres, a donde se han trasladado mister Jarvis, Virginia y el propio mister Bullivant, con peor humor y más preocupado que nunca.

Jarvis se encuentra en su casa y allí va a visitarle un nuevo personaje. Este es Kul Berci.

Jarvis demuestra alegría al verle llegar y le invita a sentarse.

— Acabo de llegar del campo, amigo Berci — le dice satisfecho.

— ¿Te has divertido?

— Así, así.

Y diciendo esto le enseña un guijarro negro.

— ¿Ya lo tienes? — pregunta Berci con interés.

— No lo estás viendo?

— ¡Es magnífico!... Pero cuéntame...

— Ya me conoces y sabes que no me paro en barras. Me hice presentar por unos amigos de mis Bullivant y trabé amistad con ella. Después no me fué difícil el hacerme invitar a su casa. Cuando llegó Lóder a Southampton, ya encontró un telegrama de su jefe, puesto por mí, citándole para esta mañana.

— ¿Y Lóder marcharía a casa de su tío?

— Justo; y con el diamante en el bolsillo.

— Maravilloso. ¿Y después?

— Esperé a que

— Veremos.

— A las cinco en punto estará aquí.

En este momento suena el timbre de la puerta.

— Ahí está.

— Me voy.

— Espera. ¿Tantas veces como has estado a punto de ir a la cárcel y aun no sabes la importancia que tiene un testigo? En este momento se abre la puerta y se presenta Kebble diciendo a su amo con precipitación:

— Mister Bullivant, señor!

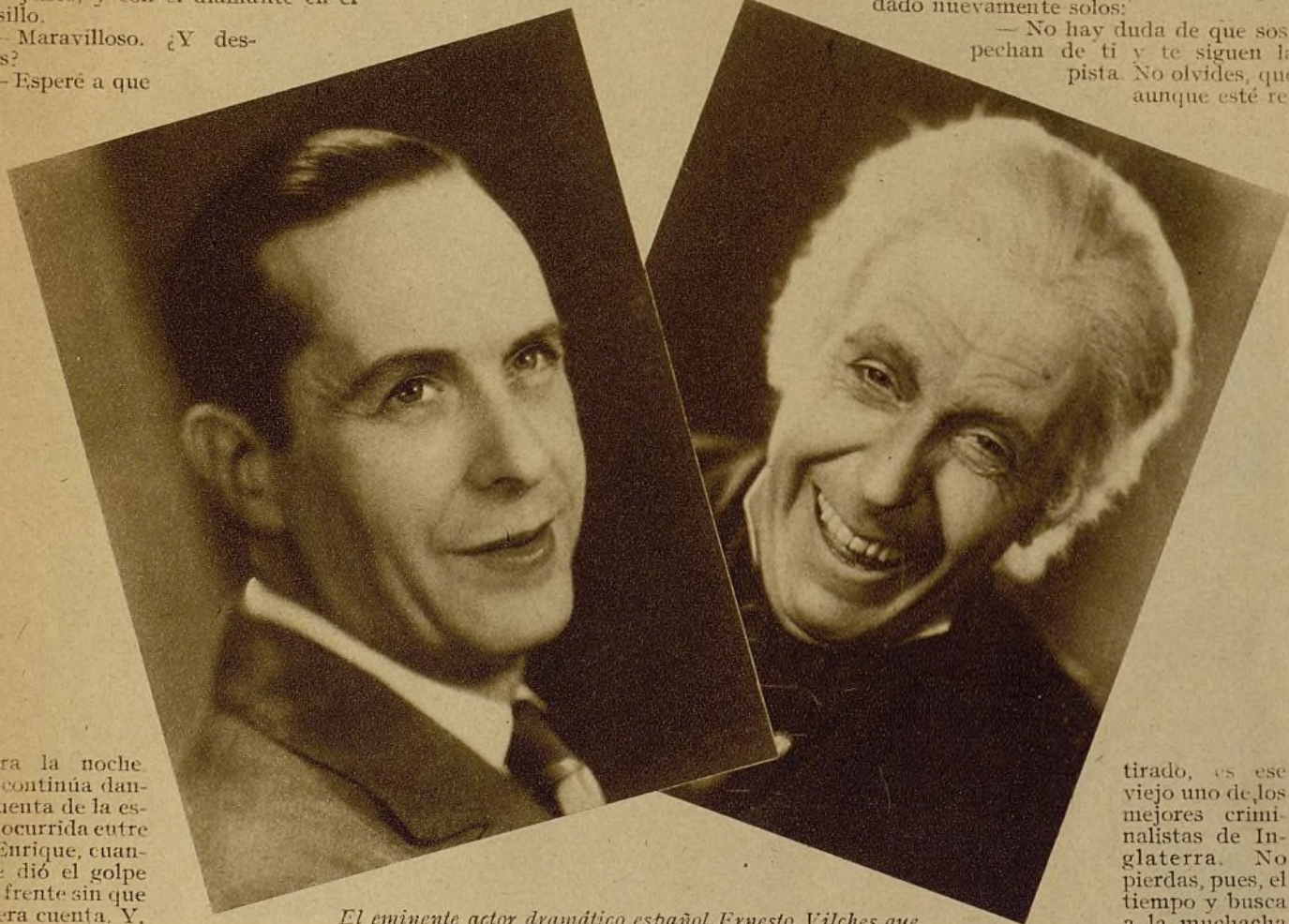
— No estoy... dile que no estoy!

— Se lo he dicho..., pero se empeña en pasar.

— Dile cualquier cosa, con tal que se vaya.

El criado sale de mala gana, y Berci le dice a su amigo cuando se han quedado nuevamente solos:

— No hay duda de que sospechan de ti y te siguen la pista. No olvides, que aunque esté re-



El eminente actor dramático español Ernesto Vilches que, al dedicarse a la pantalla, ha conseguido tan admirable caracterización en su papel de Cascarrabias, que se ha hecho digno sucesor del llorado Lon Chaney.

llegara la noche.

Y continúa dando cuenta de la escena ocurrida entre él y Enrique, cuando le dió el golpe en la frente sin que se diera cuenta. Y, ya perdido el conocimiento, le pudo robar la famosa piedra sin obstáculo.

— No ha pasado más — terminó diciendo, — pero con la prisa, he recogido del suelo la gardenia con el cabello de la doncella de Virginia.

— ¿Es ésa la gardenia? — pregunta Berci.

— No. Al despedirme esta mañana de mis Bullivant se la di a cambio de ésta.

Berci le devuelve el diamante, y Jarvis pregunta, sorprendido:

— ¿Pero no me dijiste que lo liquidarías al entregártelo?

— Así lo haré, cuando recuperes la gardenia que le has dado a mis Bullivant, y no quede nada que te pueda comprometer.

— No creo que por un pequeño detalle de esta índole...

— Es inútil. A mí, ni tú ni nadie me compromete a sabiendas. ¡Ea, buenas tardes!

— Espera, hombre, espera — dice Jarvis al ver que su ayuda de cámara dispone lo necesario para servir el té. — Ahora recuerdo que mis Bullivant me ha prometido venir a tomar el té. No debe de tardar.

— ¿Y si trae la gardenia, conseguirás que te la devuelva? — pregunta Berci.

— Tiene muy poca experiencia y hará cuanto yo le diga. Además, está algo enamorada de mí.

tirado, es ese viejo uno de los mejores criminalistas de Inglaterra. No pierdas, pues, el tiempo y busca a la muchacha lo antes posible para que te devuelva la gardenia.

MISTER Bullivant, sin hacer caso del criado, se presenta en la sala dando apenas tiempo a Jarvis para esconderse.

Primero, el taimado viejo saluda a Berci y después se deja caer sobre una poltrona quedándose profundamente dormido o haciendo ver que duerme, buscando la ocasión para enterarse de algo que le conviene saber.

No pensó mal el viejo, puesto que, después de una larga espera, logró apoderarse por sorpresa de una carta que el criado llevaba a su amo.

Indignado el sirviente por la jugarreta del viejo, se le echó encima a fin de recuperar la carta por la violencia, y seguramente lo hubiera pasado mal mister Bullivant, de no haber sido por la providencial llegada de su ayuda de cámara, que le libró de las manos del irritado Kebble.

Una vez el anciano Bullivant se hubo repuesto del susto que acababa de recibir, se entretuvo en leer la misiva arrebatada al criado, la cual decía así:

Querido Mr. Jarvis:

Estaba ya en el taxi, pero me arrepentí. Francamente, me debo a Enrique. Ha vuelto de Africa del Sud sólo por mí. Por lo tanto, no me espere para el té. Creo que a usted le sale también.

(Continúa en la página 83)

MARÍA ESTUARDO

El crimen en la Historia: cómo se trama y cómo se realiza.



NACIO María Estuardo el 7 de diciembre del año 1542; fué decapitada el 8 de febrero de 1587.

Entre estas dos fechas se desarrolló uno de los dramas reales que más han conmovido y preocupado. Los historiadores han juzgado de muy diferentes modos la vida de esta reina infortunada, a la que unos acusaron de los más horribles crímenes, al mismo tiempo que sus adictos no vacilaban en considerarla santa y mártir.

Fanatismos encontrados han exagerado ciertamente sus virtudes y sus vicios, y hoy, ya serenada la razón, aplacadas las pasiones y apaciguados los odios, se aprecia bien que es acertado este juicio del más moderno de los biógrafos de la reina atormentada: «No era ni la maga fatal y la hechicera merecedora de la hoguera que han querido ver en ella sus irreductibles enemigos, ni la santa sin mancilla y la mártir pura que nos presentan sus admiradores fervorosos. Fué una mujer del siglo XVI, una contemporánea de Shakespeare, violenta, ambiciosa y apasionada. Vivió en una época que no estaba muy alejada de la de Maquiavelo.»

FUERON los padres de María Estuardo el rey de Escocia Jacobo V y María de Lorena, hija del primer duque de Guisa.

Siete días después del nacimiento de la heredera del trono, moría Jacobo V, del dolor que le produjo la vergonzosa de-

rota de Fala, en la que un puñado de ingleses habían puesto en precipitada fuga a los nobles escoceses.

No había cumplido un año de edad la reina de Escocia, cuando el Regente Arrán la prometió en matrimonio al príncipe de Gales Eduar-

do. El Parlamento anuló esta promesa, lo que originó luego una declaración de guerra entre Inglaterra y Escocia.

Vencidos los escoceses en los primeros encuentros, iban a sufrir la ley del más fuerte, cuando el Regente solicitó la protección de Francia. La escuadra francesa puso freno a los desmanes del vencedor.

Para asegurar la unión de Francia y Escocia, se concertó el enlace de la reina María, que acababa de cumplir diez años, con el Delfín Francisco, que era aún más joven.

La escuadra francesa llevó a la reina niña a Francia, donde se encargó de su educación y de su cuidado su abuela, la Duquesa de Guisa.

Nada se escaseó para dar a la que Enrique II llamaba cariñosamente la *Reineta*, una educación adecuada a su jerarquía y a su estado.

A los quince años de edad era María una joven instruída e inteligente, de la que su tío el cardenal de Lorena, hacía el elogio justo escribiendo a la madre de su graciosa sobrina: «Vuestra hija crece diariamente en estatura, en bondad, en belleza, en sabiduría y en virtud. Me complazco en comunicaros que el Rey pasa muy satisfecho las horas conversando con ella: vuestra hija gobierna al Rey y al Reino.»

Ronsard, que fué su maestro de lengua francesa, celebró en verso la belleza de la seductora princesa, a la que el poeta llamaba «la más hermosa de las criaturas hechas por la madre Naturaleza.»

El matrimonio de María Estuardo con el Delfín de Francia se celebró el 24 de abril de 1558.

Un año después moría el rey Enrique II, a consecuencia de una herida que recibió en un torneo.

Francisco II y su esposa María Estuardo ocuparon el trono de Francia. María, que tuvo siempre gran ascendiente sobre el rey, tomaba consejo de sus tíos, el cardenal de Lorena y el Duque de Guisa, los que por mediación de su sobrina dirigían la política del Reino.

El período de felicidad fué breve. Francisco II moría el 5 de diciembre del año 1560, de un mal misterioso, contra el que nada pudieron los cuidados de su esposa.

Durante cuarenta días estuvo la reina viuda encerrada en sus habitaciones, en los cuales no quiso recibir a nadie.

EN este tiempo había pasado el poder a manos de Catalina de Médicis, que iba a reinar en nombre de Carlos IX, el más joven de sus hijos.

La Regente no amaba a María Estuardo, por lo que ésta determinó volver a Escocia, donde acababa de morir su madre, dejando el Reino revuelto con la violencia de las luchas religiosas entre católicos y protestantes. Estos últimos estaban alentados y sostenidos por la reina Isabel de Inglaterra.

La primera impresión de la Reina, al llegar a su país fué penosa. Habiéndola a los esplendores de la corte de Francia, encontró como equipaje y cortejo un caballo de silla para ella y dos o tres caballeros que debían darle escolta.

Por la noche, los presbiterianos de Edimburgo se reunieron bajo los balcones de la estancia en que dormía la Reina, para cantar salmos protestantes.

El primer domingo que María pasó en su reino, una multitud fanática hizo invasión en la capilla en que la Reina estaba oyendo misa, e interrumpió la sagrada ceremonia.

Renunció María Estuardo a oír misa en su palacio, resuelta a ser tolerante para desarmar a sus enemigos. Pero su tolerancia se juzgó debilidad, y no tar-

daron los protestantes en negarle la libertad de conciencia que ella había decretado. En los templos, en las calles, en todas partes se atacaba a la Reina. Fué necesario formar una guardia para su defensa. Se confió el mando al conde de Bothwell, hombre ambicioso, que juega, como luego se verá, un importantísimo papel en la accidentada vida de la reina sin ventura.

A CABO María Estuardo por comprender que para gobernar su reino turbulento necesitaba la ayuda de un hombre, y determinó casarse.

No faltaban candidatos, pero la Reina, obedeciendo más a los dictados del corazón que a las razones políticas, eligió a su primo Enrique Stewart, lord Darnley, hijo del Conde de Lennox.

Aunque Darnley era a la vez de las estirpes de los Estuardos y de los Tudor, la noticia del matrimonio fué mal acogida en Escocia y en Inglaterra.

No tardó María en darse cuenta del error que había cometido al casarse con su primo, hombre sin ningún talento, depravado y ambicioso.

A los pocos meses de celebrada la boda, descubrió Darnley sus propósitos pidiendo a la Reina que le declarase rey en propiedad y heredero del trono, aun en el caso de que ella muriese sin descendencia.

María se negó resueltamente.

El desairado se unió a los enemigos de su esposa, para arrojarla del trono. Dispuso una emboscada ruin para dar muerte al secretario particular de la Reina, un italiano llamado David Rizzio, contra el que Darnley se mostraba enojado y celoso.

En las primeras horas de la noche del 9 de mayo de 1566, se puso a cenar la Reina, en compañía de la Condesa de Argyll, Rizzio, el médico francés Bougoing y Roberto Estuardo, hijo natural de Jacobo V.

Subitamente se abrió una puerta secreta que conducía a una escalera privada, y entró Darnley, a quien la Reina creía ausente de la ciudad. Se sentó al lado de su esposa y le preguntó con aparente interés por el estado de su salud. Un instante después se alzó de nuevo el tapiz que cubría la puerta y apareció la imponente silueta de Ruthven, cuya coraza de acero relucía fantásticamente en la penumbra.

— ¿Qué desea? — le preguntó la Reina, poniéndose en pie, indignada y sorprendida de la inesperada aparición.

Ruthven respondió, siniestro, señalando con un dedo a Rizzio:

— Es preciso que salga al punto ese joven. Ha permanecido demasiado tiempo aquí y ha ultrajado vuestro honor.

— Está aquí por mi mandato — respondió la Reina.

Ruthven avanzó hacia Rizzio, al mismo tiempo que entraba en la regia estancia Murray, hermano y enemigo de la soberana, seguido de otros conjurados. En la escalera se oía el vocerío colérico de algunos hombres armados.

— ¡Judas! — gritó la Reina a su esposo.

Le rechazó con horror, pero Darnley la sujetó violentamente por las muñecas y la mantuvo inmóvil, al propio tiempo que Ker de Falconside se atrevía a apoyar la punta de una daga en el pecho de la Reina.

Rizzio se juzgó perdido, y arrastrán-

dose fué a refugiarse a los pies de María Estuardo.

El brutal Ruthven le separó echándole un cordel al cuello, del que tiró con fiera. Cayeron luego los conjurados contra el infeliz secretario y le acribillaron a puñaladas. Herido de más de cincuenta golpes, desangrado y con las ropas hechas jirones, le arrojaron con violencia a la escalera por la que rodó pesadamente, ya cadáver.

María Estuardo fué para unos:

Una maga y hechicera fatal,
merecedora de la hoguera...

En esta ocasión se mostró bien el verdadero carácter de la Reina. Mientras se cometía el asesinato, ultrajó con ira a los conjurados y trató con valentía de amparar a su secretario; pero cuando ya era inútil su coraje, comprendió que nada lograría con la violencia, y determinó recurrir al fingimiento y a la astucia.

A la mañana siguiente sorprendió a su esposo con su fingida resignación. Cuando Darnley esperaba encontrar una furia, se halló con las lágrimas de una mujer compungida, llena de ternura y sumisión.

Merced a esta comedia, que representó admirablemente, reconquistó en pocas horas el corazón de su esposo.

Para otros, en cambio, fué:

Una santa sin man-
lla, una mártir pura...

Dos días después Darnley desautorizaba solemnemente a sus cómplices y ordenaba que fueran detenidos y encausados.

Ker de Falconside, que había osado amenazar a la Reina, fué ejecutado. Murray, el orgulloso y fiero Murray, tuvo que humillarse y suplicar perdón. Morton y Ruthven no encontraron su salvación sino en la huida.

Dos meses después, María Estuardo daba a luz un hijo: el futuro Jacobo VI.

Seis meses más tarde, Darnley, despreciado de todos y abandonado por sus amigos, enfermo en una casita aislada, volaba destrozado, con su refugio y con sus criados, mientras su esposa bailaba en una alegre fiesta de disfraces.

Un barril de pólvora, puesto secretamente en la cueva, había provocado la mortífera explosión.

¿Quién fué el autor de tal atentado?

Toda la ciudad de Edimburgo declaró sin vacilar culpable al conde de Bothwell, y cómplice e inspiradora del crimen a María Estuardo.

La reina Isabel de Inglaterra se hizo eco de este rumor en una carta que dirigió a su prima la reina María, instigándola a defender debidamente su honor.

Mas, lejos de hacerlo, siguió María Estuardo colmando a Bothwell de mercedes, y menospreciando el escándalo de todos, iba con él de cacería y le invitaba a partidas de recreo.

Por cubrir las apariencias, se hizo un simulacro de proceso, del que Bothwell salió horro de culpa y más poderoso que antes de comparecer ante el tribunal, presidido por uno de sus amigos y ante el cual nadie se atrevió a presentarse como acusador.

A los doce días de declararse la inocencia del lord asesino, éste raptaba a la Reina en una cacería dispuesta para preparar el consentido rapto.

Cuando acudieron los soldados de la guardia real a libertar a la Reina, la complacida raptada les ordenó envainar las espadas, declarando muy tranquila que se sometía a la violencia. Y tres meses después del atentado en que Darnley había hallado la muerte, casaba María Estuardo con el que la opinión pública seguía considerando como el asesino del rey consorte.

Un desafío tan escandaloso a todo el pueblo no podía quedar sin castigo. Todos los nobles de Escocia se coaligaron en un impulso de indignación contra el lord aventurero.

En la primera batalla fueron vencidos los parciales de los reyes. Bothwell huyó a Dinamarca, y la Reina cayó en poder de los confederados.

Se la condujo cautiva a Edimburgo, donde fué recibida con gritos, insultos villanos y amenazas de muerte.

A continuación fué encerrada en el castillo de Loch-Leven, donde Murray, nombrado Regente del Reino, fué a persuadirla de la conveniencia de abdicar, amenazándola con procesarla para hacerla responder del asesinato de Darnley.

PERO María no había perdido la esperanza.

En su encierro, edificado sobre una roca, lejos del mundo, abandonada por todos, aquella mujer de veinticinco años supo encontrar en su extraordinario poder de seducción el modo de establecer por un instante su fortuna infiel.

Insinuante, coqueta y páfida, supo inspirar al joven Jorge Douglas, hijo del lord Loch-Leven, una pasión fervorosa y tierna que le aseguraba una resuelta ayuda para sus proyectos de evasión.

Con la complicidad de un paje que quitó al lord guardián la llave del castillo, pudo salir la cautiva de su encierro.

Esperó la noche, y disfrazada de sirvienta salió del castillo y tomó asiento en una barca que se utilizaba para llevar las provisiones.

A la mañana siguiente estaba en seguridad, luego de haber hecho un largo viaje a caballo, sin otra compañía que la del joven Douglas.

Desde el castillo de lord Hamilton hizo un llamamiento a sus partidarios, y tres días después estaba a la cabeza de un ejército de seis mil hombres. Ocho condes, nueve obispos, diez y ocho lores,

(Continúa en la página 83)

¿CÓMO SUCEDIÓ? ASÍ:



Solución del segundo concurso de "Gran Proyector"

Como fácilmente se deduce de la colocación de los cuadros de esta historieta, el argumento, hecho escuetamente, es como sigue:

I. El hombre avaro guarda el dinero. — II. El criado le espía, revólver en mano. — III. El criado mata a su dueño. — IV. Un vendedor de diarios oye la detonación. — V. El vendedor — un muchacho — mira por la ventana. — VI. Y ve lo sucedido. — VII. El criado advierte que ha sido descubierto. — VIII. Sale en persecución del muchacho. IX. El muchacho es alcanzado por el criado criminal. — X. El criado ata al muchacho y llama a un compañero. — XI. Llega el compañero del criado. — XII. Entre los dos se llevan al muchacho atado. — XIII. Le esconden en su guarida, en las afueras. — XIV. Le encierran en una habitación. — XV. El muchacho logra desatarse. — XVI. Se escapa por el tejado. — Echa a correr por el campo. — XVIII. Lleg a la ciudad. — XIX. Da parte a la policía. — XX. Con dos policías vuelve a la guarida de los criminales. — XXI. La policía sorprende al asesino. — XXII. Se lo llevan preso. — XXIII. La policía felicita el muchacho. — XXIV. Y los criminales llevan su merecido.

Abierto el sobre que en su día depositó el dibujante en la Gerencia de la «Sociedad General de Publicaciones, S. A.», y cotejadas las 1.501 soluciones recibidas con el original del dibujante, no ha resultado absolutamente ninguna exacta.

Este resultado es en extremo lamentable no sólo para nuestros lectores, sino también para nosotros, que, precisamente para facilitar la solución, habíamos huído de combinaciones artificiosas en la colocación de las viñetas para que la ilación entre todas ellas resultase perfectamente lógica y la solución fuese, en consecuencia, asequible a la mayoría de concursantes.

Alguien nos ha propuesto hacer un sorteo de los tres premios entre los concursantes que más se aproximen a la solución verdadera, pero esto, sobre no estar previsto en las bases del concurso, no nos ha parecido factible, por cuanto en la elección de soluciones más o menos aproximadas habría de jugar bastante el criterio con todo el peligro de su elasticidad.

Preferimos, pues, declarar el concurso desierto y guardar los premios — o su coste metálico — para engrosar la cuantía de los premios del próximo concurso.

¡OBRA DE CULTURA!

A L G O

SEMANARIO ENCICLOPÉDICO ILUSTRADO

aumentado y con colores

con una

**Historia Natural
de la Creación**

con láminas en negro y en colores

con un

**Tesoro de Arte
Universal**

Portfolio reproducción de las mejores obras de Arte

y con la interesante novela de Jesús de Aragón

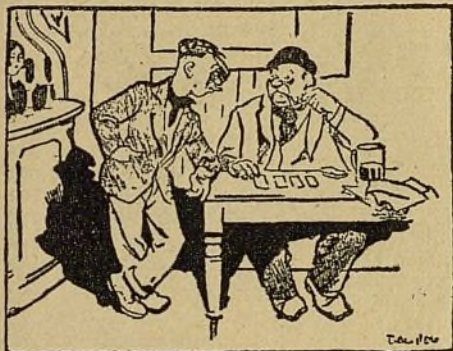
**La ciudad
sepultada**

Todo junto por **50 céntimos**

Por el Collar de un Chino

(Continuación de la página 12)

MEDIA hora después, Frank Ingram, mejor conocido con el nombre de Frisco Irish, salió del pueblo, a caballo. Sing Ling le siguió veinte minutos después, tomando el mismo camino, también a caballo, después de haber vendido su establecimiento a Charley See.



— ¿Dices que tu padre sabe el momento exacto en que va a morir; el año, el mes y el día?

— Sí; se lo ha dicho el juez.

Como Beecher ya había muerto, pasé el resto del día arreglando mis cosas y disponiendo la oficina para mi único uso.

Estaba ocupado en esto cuando a las nueve de la noche vino a verme el sheriff, trayendo en la mano un telegrama que acababa de recibir de San Francisco. Con dedos temblorosos desdobló el papel, lo dejó en mi mesa, y se dejó caer en una silla.

— Merecería que también me hubiesen pegado a mí un tiro — exclamó quitándose el sombrero.

Yo tomé, algo recelosamente, el telegrama y leí:

«No suelte a Frisco Irish. Ignoramos existencia perlas falsas. Astucia muy vieja para engañar autoridades. Propietario perlas aumenta recompensa a cincuenta mil para quien las recobre y, además, cinco mil por prisión de Irish. Felicitaciones.»

— ¡Buena la hemos hecho! — prorrumpí, sentándome a mi vez con desaliento.

— Y pensar — añadió el sheriff — que yo mismo he presenciado la salida de cincuenta y cinco mil dólares que estaban ya en mi oficina. ¡Si se cuenta, no se cree!

EL doctor Bailey, que había estado refiriéndome esta historia, hizo una pausa, consultó el reloj y miró a través de la ventanilla del vehículo para observar que se hallaba ya en Central Park, o sea muy cerca de su casa.

— Bueno, ¿y cómo acabó? — pregunté con la natural curiosidad. — Desde luego, Frisco Irish salió llevándose las perlas falsas. ¿Dónde estaban las verdaderas?

— Las tenía Sing Ling, de acuerdo con Frisco. También él poseía la habilidad de ocultar cosas en el esófago y sacarlas cuando quería. Por esta razón, Sing Ling y Frisco Irish salieron juntos de la población.

— ¿Y no habría podido ocultar las perlas él solo?

— Lo más probable era que se propusiera abandonar el país llevándolas consigo. Para ello Sing Ling sería un precioso auxiliar. Indudablemente, no era mala idea dar una participación al chino, por alta que fuese, a cambio de sus servicios. El plan era muy acertado. En cuanto se encontrasen con la policía o con un agente cualquiera de la autoridad, Sing Ling podría esconder las perlas durante diez minutos, tragándoselas, y luego las sacaría una vez desaparecido el peligro.

— En este caso, diga usted que fué pura comedia la explicación que dió Sing Ling para excusarse de la desaparición de las perlas de Frisco.

— Sí, señor, fué comedia. Pero una comedia ingeniosa por demás, planeada seguramente entre ambos: el uno presentándose provisto de un collar de quincallería para despistar, y el otro imaginando el episodio de la mano furtiva que pasa a través del cristal roto del fumadero y se lleva las perlas.

— De modo que al fin acabaron dejando chasqueado al sheriff — observé. — No cabe duda de que ese Sing Ling era un pájaro de cuenta.



El rey. — La única gracia que puedo concederte es que tú mismo escojas la muerte que más te guste. ¿Cuál prefieres?

El reo. — Yo la muerte de... vejez.

— ¡Oh, sí! Sabía muy bien lo que hacía.

— Pero dígame usted, doctor. Se me ocurre una duda. Si Frisco Irish y Sing Ling estaban de acuerdo para ocultar las perlas, ¿qué necesidad tenían de mezclar en el asunto al lavadero Sam Wong?

— Ese es precisamente un punto que jamás llegamos a saber a ciencia cierta ni el sheriff ni yo. Sin embargo, teniendo en cuenta la astucia de todos los orientales, dedujimos que Sing Ling, ante las sospechas que inmediatamente se levantaron contra él, comprometió en el asunto a Sam Wong y le hizo huir con el collar, aunque sin decirle, claro está, que era falso. De este modo alejaba de sí las sospechas, y, para el caso de que llegasen a prender al lavadero — cosa que hasta cierto punto le interesaba a Sing Ling, para escabullirse mejor — tenían ya preparado el truco que demostraba que las perlas eran de

imitación, como ya lo hizo después Frisco. En realidad, el pobre Sam Wong sólo fué una víctima inocente de su compatriota.

— Sí, pero una víctima — repliqué yo — que arrastró consigo a dos más.

— Querrá usted decir no dos víctimas más, sino dos ambiciosos, pues no cabe duda de que el doctor Beecher, con la complicidad de Shifty Joe, mató y operó al chino creyendo apoderarse del collar. Y lo mejor del caso es que las perlas verdaderas, las de los doscientos cincuenta mil dólares, aun no habían aparecido.

— Así, ¿consiguieron llevárselas?

— No del todo — replicó el doctor. — Ahora viene precisamente la parte más curiosa de esta historia. Después de las escenas ocurridas en Stony Creek, Frisco Irish y Sing Ling pelearon entre sí por no estar conformes con el reparto del botín. La lucha se desarrolló en pleno camino, y aquella misma noche encontramos sus cadáveres. Seguramente Sing Ling no quiso... bueno, no quiso devolver las perlas...

— ¿De modo que se destrozaron mutuamente?

— Sing Ling debió de creer que no desprendiéndose de las perlas adquiriría grandes títulos de propiedad. Cortó el cuello a Frisco, pero éste antes de morir le mató a balazos.

A todo esto, habíamos ya llegado frente a su casa, y el doctor Bailey se disponía a despedirse de mí.

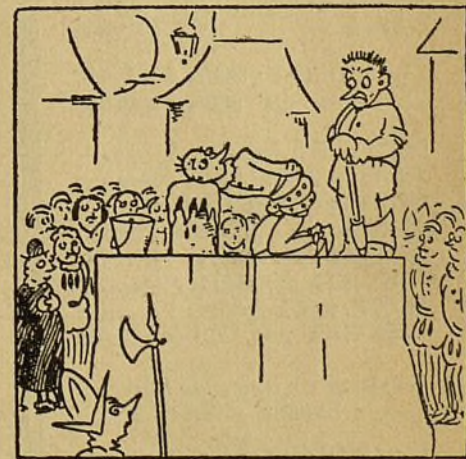
— ¿Y las perlas? — pregunté antes de dar por terminada tan interesante historia.

— Las perlas..., las perlas las recobré yo.

— ¡Ah!

— Sí, señor. Las recobré yo operando en el estómago del chino — concluyó el doctor en tono profesional. — Y luego entre el sheriff y yo nos repartimos el premio ofrecido. Esta es la única vez en que he podido intervenir en un negocio de piedras preciosas.

— Y todo — concluí yo — por haber dormido con un chino muerto.



El verdugo. — Perdóneme usted si le hago daño; es la primera vez que hago de verdugo.

El reo. — ¡Hombre, qué casualidad! A mí también es la primera vez que me cortan la cabeza.

(De La Ríe)

NAPOLEÓN

por H. A. LAURENS FISHER



Interesante Biografía

PUBLICADA EN LA COLECCIÓN

Los Grandes Hombres

La gigantesca figura del caudillo, que llenó con su grandeza todo un siglo de la historia de Francia y aun de Europa entera, y cuya sombra sigue proyectándose todavía en nuestros tiempos, aparece magníficamente descrita por la pluma de Laurens Fisher. Este escritor inglés, en una versión notablemente documentada, nos cuenta la vida del ambicioso emperador, su juventud, sus amores, sus heroicidades, su ambición misma que, como imparcial y acertadamente señala en esta excelente obra Laurens Fisher, tuvo que detenerse ante dos enemigos peligrosos que le salieron al paso: la Iglesia católica por una parte, y el espíritu de nacionalidad por otra, sintetizado en el alzamiento español.

Un tomo ilustrado con
32 artísticas fotografías

En tela y oro 5 ptas.
En rústica 3'50 ptas.

Otros títulos publicados en la
colección **LOS GRANDES HOMBRES**

DANTE, por I. Vázquez Yepes.
CERVANTES, por M.^a Luz Morales.
MOLIERE, por José Escofet.
BISMARCK, por A. Herrero Miguel.
GOYA, por T. Gutiérrez Larraya.
VICTOR HUGO, por A. H. Miguel.
BÉCQUER, por J. Andrés Vázquez.
RUBÉN DARÍO, por G. Díaz Plaja.

De venta en todas las librerías
de España y América

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
EDITORES
Diputación, 211. — BARCELONA

LIBRERÍA El Hogar y la Moda
Valverde, 30 y 32. — MADRID

En el Vagón de Pancho Villa

(Continuación de la página 17)

— Bueno, continúe.

Y el tac-tac prosiguió, transmitiendo a doscientas leguas al Norte la orden monstruosamente homicida.

CUANDO la transmisión hubo terminado, Pancho Villa sacó un largo cigarro del bolsillo y lo encendió. Luego, dejóse caer en un sillón, fumando en silencio.

Fué ese silencio el que devolvió algo de serenidad a mi espíritu. Era preciso que le preguntara algo al guerrillero. ¿No me lo había ordenado mi director?

Iba, pues, a cumplir mi misión cuando la voz, calmosa cual nunca, de Villa se dirigió a mí:

— ¿Y qué le parece a usted todo eso, amigo?

— ¿A mí, general?

— Sí, hombre, a usted.

— Pues, la verdad, que van a sobrar sombreros, general.

El guerrillero sonrió y me miró. Pero había en su sonrisa y en su mirada un desprecio tan grande, tan absoluto, que debí de sonrojarme hasta las orejas.

Entonces, mi amor propio, mi dignidad de hombre, mi propia vergüenza, en fin, me abofetearon, me espolearon, insultáronme crudamente. Y mi cobardía desapareció.

— Si he de serle a usted franco, general — exclamé, — no me parece bien la orden que acaba de dar.

Yo estaba seguro de una cosa: de que iba a cerrar los ojos, apenas pronunciada la última palabra. Mas no los cerré y de este modo pude ver lo que hacía Villa, que no hizo nada...

¿Por qué se estuvo quedo? Lo ignoro. Mas conste que yo sabía perfectamente cómo obraba en circunstancias parecidas el guerrillero. Una opinión contraria le había valido, dos meses antes, un balazo mortal en el vientre a un coronel; y no hacía aún un año que un rico hacendado de Santillo usaba una pierna de palo por haberle discutido a Pancho Villa una decisión...

Pero el guerrillero, con gran asombro mío, no llevó la mano a la culata de la pistola. Siguió fumando y con cierta indolencia me preguntó:

— ¿Y por qué no le parece bien, amigo?

— Porque el parte, general, dice muy claro que los ciento setenta hombres se rindieron. Y si se rindieron, no se les debe matar.

— ¡Ay, qué gracia el amigo éste! Dígame: ¿dónde le enseñaron a usted esas cosas?

— Pues en ninguna parte, general, porque hay cosas que no se aprenden; que basta ser hombre y pensar para saberlas — dije, resuelto sin saber por qué a volver por los fueros de mi hombría.

Lentamente, Villa hundió los dedos en su rojizo pelo. Era el gesto, de sobra conocido, que precedía al estallido terrible de la cólera villista.

Se me olvidaba decir que la mano con que se rascaba el guerrillero la cabeza era la zurda. La diestra había resbalado del brazo del sillón y se hallaba, como inerte, a escasos centímetros de la funda de la pistola.

Reinó un silencio en el vagón. Se me ocurrió mirar al telegrafista y le vi, pálido como un muerto, mirándome con unos ojos de lástima infinita.

Entonces (¡oh, lo absurdo en lo trágico!) di en pensar que lo mejor era contar en voz baja hasta veinte y que si, una vez la cuenta terminada, estaba aún vivo, es que Villa no me mataría ya. Empecé, pues, a contar: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

Entre el once y el doce, Villa se dignó hablar:

— Mire, señor licenciado, usted me va a explicar ahora mismo lo que quiere decir con lo que ha dicho. Y dese usted prisa, porque no es que yo le quiera precisamente perjudicar, pero...

Comprendí que en lo que dijera jugábase la vida. De no acertar en mi respuesta, de no ser ésta clara, precisa y convincente, Villa iba a tirar sobre mí, desde donde estaba, sin moverse del sillón. Ya la uña de su dedo índice entreteníase en rascar distraídamente la culata del arma automática que llevaba al cinto.

Hablé, por fin:

— El que se rinde, general, perdona, en el momento en que lo hace, la vida a otro o a otros, ya que renuncia a matar, es decir a morir matando. Por lo tanto, el que acepta la rendición queda obligado, a su vez, a no dar la muerte... No quise decir otra cosa y por ello no me pareció bien su orden, general.

Los ojos del guerrillero claváronse en los míos. E iba yo a descifrar la mirada, pero me faltó tiempo.

De un salto habíase puesto Villa junto al telegrafista, diciéndole:

— ¡Deprisa, llame, que no se ejecute mi orden!

La palanca del aparato entró en acción: tac, tac...

Pasaron unos segundos, tras los cuales Villa pidió:

— ¿Contestan?

— Aun no, mi general.

— Pues llame más fuerte.

No podía el telegrafista llamar más fuerte ni más flojo. Villa, por su parte, hubiera accionado la palanca a puñetazos.

— ¿Contestan?

— Todavía no, mi general.

Entonces el guerrillero terrible, el hombre más cruel de Méjico, el tigre carnívero me miró con una expresión de indecible angustia en los ojos.

— Tac, tac, tacatac, tac...

El telégrafo seguía llamando. Por la frente del telegrafista corrían gruesas gotas de sudor...

— ¡Ahora!

Pancho Villa se inclinó hacia el aparato como si fuera a hablarle:

— ¿Contestan?

— Sí, sí, mi general.

— Pues dígame que suspendan la fusilada de prisioneros que ordené.

Yo seguía inmóvil en un ángulo del vagón. Villa se acercó a mí, jadeante, emocionado.

— ¡Qué diста, señor licenciado!

No contesté. Había salvado ciento setenta y una vidas. ¡La mía entre ellas! Pancho Villa, con las manos en la espalda y sin sombrero, paseábase arriba y abajo del vagón.

Y mi amigo el periodista mejicano se calló.

La Extraña Psicosis de Don Federico

(Continuación de la página 21)

veintitrés horas de vida aparentemente normal, soltándolas todas en turbión en la hora precisa, que su manía se lo exigía. Era poeta, político y teólogo y, debido a esta extraña y tripartita condición, su inspiración se desbordaba tan confusamente, que tenía que escribir sus versos en el espacio para que el Ser Infinito se los clasificara. Pero, humano al fin, aunque loco, gustábase escribirlos dictándoselos a sí mismo en presencia de otro que se los oyese y del cual, no muy seguro de su comercio con el Ser Infinito, recababa luego la opinión. Los versos de don Santiago eran una cosa seria, dignos de llenar uno de esos «mapas» que publica *La Gaceta Literaria*, pero que a mí, la verdad, me aburrían. No recuerdo más que una «Sinfonía en verde» cuya maravillosa técnica consistía en repetir la palabra verde hasta que uno se cansara.

Tuve, pues, que oír dictarse versos a don Santiago, que iba al mismo tiempo trazándolos palabra por palabra en el aire, hasta que la campana, llamando para la comida, me libertó de aquel singularísimo poeta que tan estúpidamente me había hecho perder la mañana.

Huí decidido dejando a don Santiago y sus malhadados versos y en cuatro zancadas llegué al pabellón. Acto seguido sonaron las palmadas en señal de que podíamos sentarnos a la mesa y, engullendo rápidamente lo que tenía delante, salí del comedor, previa autorización del empleado, cuando los demás estaban aún en la sopa, y me dirigí a la habitación de mi amigo.

Encontré a don Federico algo abatido, con la mirada torpe y desvaída sin duda por el enorme vendaje que envolvía su cabeza a manera de turbante. Terminaba de comerse una ligera media ración y al notar mi presencia me rogó que esperase un momento mientras el enfermero acababa de recoger platos y

tazas. Una vez solos, indicóme una silla, mandándome sentarme junto a la cabecera.

Todo esto hacíame pensar en la posibilidad de que don Federico trataba de enterarme de algo trascendental de su vida que, no sé por qué, me parecía que empezaba a extinguirse. Pero al mirarle de cerca y ver su cara estriada de venillas rosáceas, en las que se observaba el riego sanguíneo normal, y oír su respiración acompasada y tranquila deseché la idea de que al señor De las Espigas y Muñoz se le aproximara su fin. Verdad es que estaba débil, pero no lo es menos que a cualquiera que se pase una semana en la cama a dieta le sucede lo mismo.

No cabía duda que había hombre para rato. Y, convencido de que nada malo le podría suceder con ello, saqué la petaca y contraviniendo las órdenes del médico le ofrecí un cigarrillo que don Federico aceptó agradecido.

Fumador empedernido, succionaba el cigarrillo con verdadero deleitesiguiendo con mirada voraz las espirales que formaba el humo al salir de sus labios, mortificados por una semana de impuesta abstinencia.

Cuando ya había consumido medio cigarrillo, incorporóse un poco hasta quedar sentado en la cama. De pronto tomaron sus ojos un extraño brillo, llenándose las pupilas de una luminosidad jocunda y exultante y aparecieron en su cara ciertas manchas amoratadas como tumefactas, circundadas por un halo rojo. Creí que era el principio de una congestión y, alarmado, le interrogué. Siguió fumando con avidez, sin contestarme, y cuando ya se quemaba los dedos dejó la colilla sobre la mesa de noche para cogerla con la otra mano y consumirla hasta que el fuego le abrasó los labios. Ante este insaciable deseo de fumar le ofrecí otro cigarrillo, que no aceptó. Y empezó a hablar atropelladamente:

— Mire usted — me dijo, — desde la última vez que estuve representando a mi patria en Robinsonia que no me encuentro muy bien. Yo no tenía que haber abandonado nunca la embajada de Londres. Mandarme a una nación en cuya corte triunfaba la marquesa de Giacobini era querer mi ruina. El gobierno de S. M. I. no ignoraba que esa mujer había sido fatal en mi vida. Y como usted no debe de estar en antecedentes, le referiré brevemente mi desgracia. La marquesa de Giacobini era una belleza conocida por toda la Europa galante de aquellos tiempos y, debido a su nobleza y al ascendiente de su hermosura, se filtraba en todos los negocios de Estado. No se daba un paso en ninguna embajada sin que ella tuviera noticia. Arteramente se inmiscuía en los reservadísimos asuntos internacionales y cuando su astucia tropezaba con la perspicacia ajena ponía a contribución el precioso cuerpo que le había dado Dios, un cuerpo contra el cual era inútil luchar. Sí, una aventurera, terca, valiente y hermosísima. Esa era la marquesa de Giacobini.

Tras un breve silencio, en que pareció tener presente a la marquesa, prosiguió:

— Un día se dispuso a intervenir en ciertas negociaciones que yo, en representación de mi patria, había emprendido.



LOS AMORES DE CHOPIN

por Carmela Eulate

Esta bellísima obra es la novela de la vida sentimental del artista polaco, y su lectura es imprescindible para cuantos deseen gozar y penetrar más íntimamente en el sentido de las obras del gran compositor.

Un tomo de 254 páginas 5 ptas.

Publicado en la colección
EL ARTE DE LA MÚSICA

en la que también figuran los siguientes títulos:

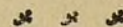
La religión de la música, por Camilo Maclair. 4 ptas.

Historia de la música moderna, por Camilo Maclair 5 »

Para entender y saborear la música, por Arturo W. Pollitt . . 4 »

Perfiles y recuerdos, por Camilo Saint-Saëns 4 »

Dicen los músicos..., por José M.^a Borrás . . 5 »

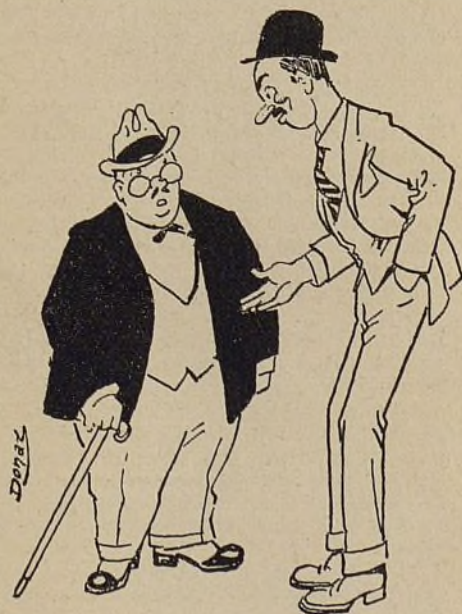


De venta en todas las librerías
:- de España y América :-

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
EDITORES

Diputación, 211. — BARCELONA

LIBRERÍA El Hogar y la Moda
Valverde, 30 y 32. — MADRID



— ¿En qué se diferencian un Juzgado y un manicomio de mujeres?

— ¿...?

— Pues, hombre, en que en el Juzgado hay juicios de faltas y en el manicomio faltas de juicio.

dido con el ministro de Estado de Robinsonia. No pudo vencerme, pero me ofreció su cuerpo. Gocé de él y como era un cuerpo que poseía una alma perversa lo dejé sin vida así...

Y pálido, desencajado, agrandadas las manchas amoratadas que habían aparecido en su cara al comenzar a fumar, tendió hacia mí los brazos tratando de cogerme con sus dedos engarfiados y temblones. De un salto me puse en pie y mandándole un directo al pecho le tumbé sobre la cama.

Salí al pasillo y llamé al enfermero, que acudió seguido de dos o tres loqueros.

— ¿Qué sucede? — preguntó extrañado el empleado, conocedor de nuestra amistad y de la conducta pacífica de ambos.

— Pues nada, que ha querido agredirme don Federico — contesté.

— Y te he de matar — dijo el señor De las Espigas y Muñoz mientras se debatía entre los que trataban de sujetarle.

— Márchese — ordenóme el enfermero.

Y salí — aunque algo desconcertado — contento de haber logrado, al fin, conocer la manía de don Federico.

Tratábase de un precavido degenerado que disimulaba su manía exagerando una corrección completamente estudiada, tras la cual había un repugnante sadista que, de no andar listo, me hubiera estrangulado como estranguló a la marquesa de Giacobini.

Satisfecha la angustiosa curiosidad que me corroía desde tanto tiempo, fuíme, como todas las tardes, a jugar al ajedrez con un grupo de toxicómanos, que me recibieron con interrogaciones y preguntas. No dije nada de lo que acababa de sucederme y me senté dispuesto a pasar las horas que faltaban para la cena, haciendo evolucionar las figuras en la cuadrícula liza.

Empezamos un partido. Y cuando todo el «grupo» estaba pendiente de un movimiento de peón de reina, vimos cruzar por delante del salón, en dirección al primer piso, al médico de guardia seguido del enfermero de don Federico.

— ¿Qué pasa? — preguntó uno de nuestro «grupo» en voz alta.

— Nada — contestaron los del «grupo de espionaje», — que se ha muerto el señor De las Espigas y Muñoz y se ha ido al otro mundo con su secreto.

Ante tan desconcertante noticia abandonamos el juego, dispersándonos en busca de detalles. Al separarnos observé en los de mi «grupo» cierta temblorosa duda en sus ojos, que me miraban de través. Entonces pensé, atemorizado, en la absurda coincidencia de mi visita y la muerte de don Federico.

Un vago temor fué invadiéndome y, al tratar de desecharlo, crecía acusándome. Se aferró a mí la idea de culpabilidad. ¿No sería manía de autoacusación? Empecé a dudar. Y, como todos los toxicómanos en trances parecidos, salí al jardín y recurrí al veneno.

Sí, al veneno: lo tenía en la petaca. Era un cigarro de cáñamo indio, del hachis famoso, de la típica mariguana, que un coronel mejicano de nuestro «cuerpo» solía darme de vez en vez, cuando recibía el que le proporcionaba un compatriota suyo que acostumbraba visitarle. Con este único cigarro tenía yo para unas seis semanas no succionando de él más que tres veces cada sesión, que es lo suficiente para proporcionar al hombre más fuerte un par de horas de ensoñadora estupidez. Fumar uno entero es ir derecho a la muerte.

Inquieto y desasosegado abrí la petaca y busqué el puntito negro con que lo marcaba para distinguirlo de los demás, y no lo encontré. Palidecí. Lleno de incertidumbre, los deshice uno a uno. No estaba el de mariguana. Recordé, ahogado por la angustia, las manchas amoratadas que aparecieron en el rostro de don Federico a medida que iba fumando; la voracidad con que succionaba

la punta del pitillo sin sentir la quemadura de sus labios; la brusca exaltación; y, en fin, la inesperada agresividad, de la que tuve que defenderme a puñetazos. No cabía duda, el cigarro que le había dado a don Federico era el de cáñamo indio.

Y, al darme cuenta del enorme crimen que acababa de cometer, salté la tapia que circundaba el jardín del manicomio y huí.

Peligro de Muerte

(Continuación de la página 27)

Cuando hubieron terminado procuramos saber el resultado de las declaraciones que habían tomado y entonces nos enteramos de un detalle que no conocíamos.

Se trataba de la declaración de un testigo que aseguró que la tarde anterior había visto que rondaba la casa de Jacques un italiano de malos antecedentes llamado Florentino Martinelli. Este sujeto había trabajado en la fábrica de electricidad a las órdenes del propio Jacques, el cual, mientras le tuvo empleado, se esforzó inútilmente en darle buenos consejos y hacerle perder el vicio de la bebida que le dominaba. Hacía unos quince días que fué despedido por haberse insolentado con el jefe de personal.

Sin embargo, los gendarmes, a quienes preguntamos su opinión sobre el asunto, nos dijeron que Jacques, según se deducía de los hechos, había muerto sin duda de accidente del trabajo. A este propósito, Carlos hizo alusión a la declaración del testigo que vió a Martinelli por las cercanías de la casa de Jacques.

— No creo que pueda darse a este detalle mucha importancia — contestó uno de los guardias, — pues está claramente comprobado que Jacques murió electrocutado y cuando le ocurrió la desgracia no había nadie más que él en la habitación.



— Salí gritando furiosa: «¡Ahora me tiro por el hueco de la escalera!» Bajé corriendo los cinco pisos y la encontré en el portal.

— ¿Muerta?

— Ni herida siquiera. Había tomado el ascensor.

(De Ric et Rac)

— Ya ves — dije a mi amigo, cuando los gendarmes se hubieron alejado. — Todo el mundo abunda en la opinión más razonable.

— Pues yo persisto en creer lo contrario. Hay en todo esto algunos puntos que no los veo claros. Si admitimos que Jacques al sufrir la descarga se hallaba telefoneando, es de suponer que tendría el auricular cogido con la mano derecha. ¿Cómo se explica entonces que con la misma mano se apoyara en la pared y tocara un cable inadvertidamente?

— ¿Y quién te dice a ti — le pregunté — que no pudo tener cogido el auricular con la mano izquierda?

— Jacques no era zurdo, y es de suponer que su tendencia natural sería coger el teléfono con la mano derecha, mucho más cuando, según ha declarado Roger, el aparato telefónico se hallaba a su derecha.

Acompañé a Carlos a su despacho donde continuamos discutiendo sobre la posibilidad de un crimen o un accidente.

En esto llamó un obrero de la fábrica que venía a comunicarnos que el aparato telefónico del cuarto de distribución no funcionaba, a causa, sin duda, del golpe que sufrió al caer al suelo arrastrado por Jacques.

Acudimos a comprobarlo y, efectivamente, nos fué imposible obtener comunicación. Carlos lo desmontó cuidadosamente y examinó una por una todas sus piezas.

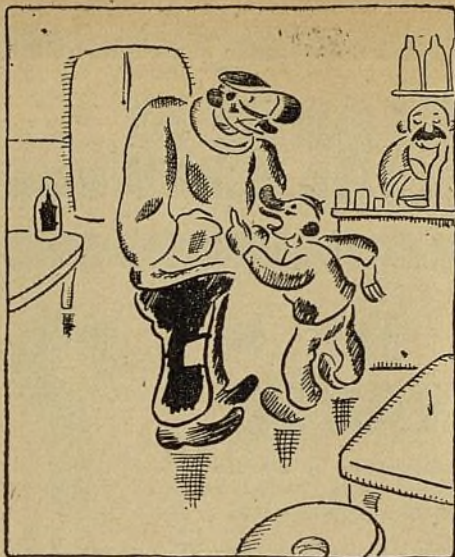
— Aunque parezca extraño — dijo después que le hubo montado de nuevo — no tiene rota ni le falta ninguna pieza. Será preciso recorrer la línea.

Inmediatamente llamó a dos obreros de confianza y les ordenó que salieran a revisar la línea y que si encontraban alguna anomalía, fuese la que fuese, volvieran en seguida a comunicárselo.

Me explicó luego que el teléfono del cuarto de distribución pertenecía a una línea telefónica muy antigua, tendida por la misma compañía muchos años atrás. Esta línea, que comunicaba con varios pueblos de los alrededores en una extensión aproximada de cincuenta kilómetros, continuó funcionando como teléfono privado entre las subcentrales de la compañía cuando, años después, fué creada una compañía telefónica en la región.

— Esperemos el resultado de esta diligencia y luego procederemos en consecuencia — dijo mi amigo.

POR la tarde, nos sorprendió la visita del juez que instruía la causa, el cual vino para hacer una inspección en la habitación donde murió Jacques y tomar nuevas declaraciones.



El hombre pequeño. — *Eso no me lo dice usted en la calle, porque soy capaz... hasta de llamar a un guardia.*

Practicadas todas estas diligencias — ninguna de las cuales aportó dato alguno de interés que no fuera conocido, — ordenó el juez que, en vista de lo manifestado por el testigo que vió a Florentino Martinelli por las cercanías de la casa de Jacques, se procediese a buscar al italiano y se practicara la autopsia de la víctima, pues cabía la posibilidad de que, a consecuencia de algún veneno, hubiese sufrido un colapso o desmayo y, al caer, tocara inconscientemente algún cable o conmutador eléctrico.

Iba ya a retirarse el juez dando por terminada su misión, cuando se presentó el capataz de la brigada aérea, expresando su deseo de hablar con el juez para decirle una cosa de suma importancia relacionada con la muerte de Jacques.

El individuo en cuestión se llamaba o le llamaban Juan el Bretón. Su aspecto resultaba poco agradable y, según luego supe, tenía carácter díscolo y rencoroso. Era, en cambio, muy trabajador y muy buen operario, con extraordinaria aptitud para dirigir a los obreros que tenía a sus órdenes, causa por la cual ocupaba el puesto de capataz de la brigada que cuidaba del tendido y reparación de las líneas.

De gran importancia fué, en efecto, la declaración de Juan el Bretón y ella sola bastó para aclarar de momento toda la vaguedad que existía sobre la muerte de Jacques.

— He venido — declaró el capataz — porque he sabido que se ha averiado el teléfono del cuarto de distribución y este hecho creo que explicará la muerte de Jacques si se relaciona con otro que presencié anoche. Mientras duró la tormenta, estuve preparado a salir por si era llamado para arreglar alguna avería de la línea. Como afortunadamente no ocurrió así, al cesar la tempestad me dispuse a acostarme. De pronto, brilló un relámpago, y a su luz me pareció ver que en un pinar que se divisa desde la puerta de mi casa y que está situado a unos seiscientos metros de la fábrica, caía una chispa eléctrica. Como por ese bosque pasan los cables de alta tensión de la compañía, temí al principio que el rayo hubiera caído en algún poste, pero habiendo transcurrido un buen rato sin notar nada de particular y seguro

de que no llamarían, me fui a la cama sin dar más importancia a lo sucedido. Hoy, al saber que Jacques murió electrocutado y que en el suelo, junto a su cadáver, se había encontrado el auricular del teléfono, he recordado que la línea telefónica que sale de la caseta de distribución pasa también por el pinar donde cayó el rayo, ocurriéndoseme entonces una idea, que al principio he rechazado por absurda, pero que luego he pensado que podía muy bien ser la explicación de esta muerte. ¿No sería posible que, mientras Jacques estuvo telefoneando, hubiese caído un rayo en la línea telefónica y se propagase la chispa por el hilo hasta el auricular, causando así la electrocución del pobre viejo?

Como es natural, estas palabras produjeron extraordinaria sensación, pues representaban una explicación del triste suceso completamente insospechada.

El juez, demostrando que concedía suma importancia a esta declaración, ordenó que se realizase una inspección en el pinar indicado por Juan el Bretón por si se encontraba algún dato que sirviese para corroborar la nueva hipótesis.

Por la noche de aquel mismo día tuve ocasión, mientras cenábamos, de preguntar a Carlos cuál era su opinión sobre la inesperada declaración de el Bretón.

— Creo mucho más verosímil su explicación que la del descuido de Jacques. La solución del rayo resuelve muchos de los puntos oscuros que yo veía en el asunto, pero, aun así, tengo mis dudas.

— ¿De qué dudas aún? ¿No lo ves todavía claro?

— Sí, pero... ¿qué quieres que te diga?... La explicación me parece demasiado bonita, demasiado cómoda, como si para dar con ella se hubiese hecho un esfuerzo de sutileza. En fin — concluyó más tranquilizado, — esperemos el dictamen de la autopsia y el resultado de la inspección de la línea telefónica.

NO fué posible encontrar vestigio alguno que demostrase que en la línea telefónica había caído un rayo; pero, consultados sobre el caso los técnicos, afirmaron que era perfectamente admisible que la chispa eléctrica se hubiese transmitido a través del hilo hasta llegar al auricular, el cual, por ser de metal, resultaba un buen conductor de la electricidad. Esto explicaba que la mano del muerto tuviera una gran quemadura, señal indudable del contacto del auricular.

A más a más, la autopsia eliminó por completo la hipótesis de que la muerte hubiese sido producida por envenenamiento, y, por tanto, tuvo que desecharse la posibilidad de que Jacques sufriera algún desvanecimiento, durante el cual se hubiese apoyado involuntariamente en algún cable o conmutador.

Finalmente, por un comunicado del puesto de gendarmes, se supo luego que había sido detenido el sospechoso italiano Martinelli, pero como explicó y demostró satisfactoriamente cómo había pasado la noche de la tempestad, fué puesto en libertad. Contribuyó también a ello la declaración de la hija de Jacques, la cual afirmó que Martinelli solamente habló con ella y le suplicó que intercediera su padre cerca de la compañía para que le admitieran de nuevo en la brigada.

En vista, pues, de todo ello, el juez, al día siguiente, dió por terminado el sumario, aceptando como buena la conclusión de que la muerte de Jacques fué

producida por un rayo, transmitido a través del hilo telefónico sin que, por consiguiente, cupiera declarar culpable del hecho a nadie.

De esta manera pareció quedar aclarado aquel suceso, que, por la excesiva suspicacia de mi amigo, nos había empujado a apasionar a todos. Es más, el mismo Desnoyers acabó por convencerse y no pensar más en él.

DOS días después, irrumpió Carlos en mi cuarto, muy de mañana, anunciándome con cara de triunfo:

— Tengo importantes noticias que comunicarte. Vístete en seguida que esta mañana tendremos mucho trabajo.

Se trataba nuevamente del caso Jacques. El propio Carlos me lo dijo:

— Han venido los dos empleados a quienes envié a recorrer la línea telefónica y me han dicho que a unos tres kilómetros de aquí han encontrado la causa de que el teléfono no funcione. Según parece, no se trata de una avería común, sino de una interrupción en la línea, hecha aposta. Además — prosiguió — he recibido contestación de los pueblos y subcentrales con los que tiene comunicación directa el aparato de la caseta de distribución, y todos me aseguran que mientras duró la tempestad no telefonaron para nada. ¿Con quién telefonaba entonces Jacques? Será preciso reanudar nuestras pesquisas, pues aquí se oculta algún misterio cuyo descubrimiento me interesa cada vez más. Vamos ante todo a hablar con la hija del muerto.

Media hora después, llamábamos a la puerta de una casita de madera cuyo risueño jardincillo, junto a la puerta, denotaba ya el cuidado de unas manos femeninas.

Salió a recibirnos una joven vestida de luto que, al reconocer a mi compañero, nos rogó muy cumplidamente que pasáramos.

La muchacha agradeció emocionada nuestra visita de pésame y aprovechó la ocasión para comunicar a Carlos que antes de un mes podría disponer de la casa, pues pensaba marchar a Mulhouse, a vivir con unos parientes.



— Explique el acusado cómo se arregló para cargar con una caja de hierro tan pesada.

— Es inútil... No llegará a hacerlo usted nunca.

EMOCIÓN, INTERÉS...

■ UNA NUEVA ERA DE ■ LITERATURA APASIONANTE

Los nuevos tiempos (tan llenos de tensión y de dinamismo), han señalado de modo notable su influencia en la literatura y, especialmente, en aquel sector literario de la emoción y de la aventura, creando, mediante fórmulas hasta ahora inéditas, unas

Nuevas novelas detectivescas

Los procedimientos de Sherlock Holmes (que, desde luego, fué una genial concepción para su época), resultarían hoy completamente ingenuos, y el relato de sus deducciones haría bostezar a más de un lector del siglo XX. Realmente, a la época de la radio y de los aviones «no le va bien» la literatura de Conan Doyle. Las novelas detectivescas del día, han de estar

Escritas por autores de hoy

Nosotros podemos ofrecerle a usted muchas de estas novelas, que a la emoción unen el interés, y al interés el misterio apasionante; novelas que se leen ávidamente, cada una de cuyas páginas es una sorpresa y un interrogante, un enigma que el lector no descifra hasta el final. Y entre esas novelas se destacan por sus méritos excepcionales, las siguientes:

De EDGAR WALLACE		De RUFUS KING	
	Pesetas		Pesetas
El Círculo Rojo.	5'00	El éxtasis perdido . . .	5'50
El hombre siniestro . . .	5'00	El hombre de la litera	
El secreto del alfiler . . .	5'00	número 10.	5'50
La serpiente amarilla. . .	5'00	El intermedio de la	
Los tres hombres justos . .	5'00	vida	5'50
De C. N. y A. M. WILLIAMSON		El misterioso «k» . . .	5'50
El coche rojo.	3,90	En el segundo piso. . .	5'50
El chófer de la condesa . .	5'50	La calle de las siete es-	
La señorita de la tienda . .	5'50	trellas	5'50
De MARY ROBERTS RINEHART		La lámpara roja.	5'50
El Comité de los diez . . .	5'50	La ventana de «El pa-	
		to Blanco».	5'50
		La puerta.	5'00
		De J. S. FLETCHER	
		Horas misteriosas . . .	
		La herencia	
		La trampa	
		De E. GABORIAN	
		El legajo 113	
		De JEAN WEBSTER	
		El misterio de Cuatro	
		Lagunas	
		De SAPPER	
		El capitán Drummond .	

No desperdicie usted esta magnífica ocasión de enriquecer su biblioteca.

Envíe este
BOLETIN →
a su librero o directa-
mente a

EDITORIAL JUVENTUD, S. A.
Provenza, núm. 216.
BARCELONA

Muy Sr. mto: Sirvase enviarme las siguientes obras:
.....ejemplar... de (..... pesetas)
.....ejemplar... de (..... pesetas)
.....ejemplar... de (..... pesetas)
El importe total, de pesetas , se
lo envío por 193....

(firma)

Nombre y apellidos
Calle y número
Población

...MISTERIO, ENIGMA

EDITORIAL JUVENTUD, S. A.
Provenza, 216
BARCELONA

Como Carlos le ofreciese la vivienda para todo el tiempo que quisiera, respondió que se veía obligada a marcharse en seguida para evitar el impertinente asedio amoroso de que la hacía objeto Juan *el Bretón*. Según dijo, en cierta ocasión tuvo que intervenir su padre y le prohibió a tal sujeto que volviera a entrar en su casa.

— Desde que esto ocurrió, hace aproximadamente dos meses — concluyó la joven, — no le he vuelto a ver, hasta la noche anterior a la muerte de mi padre, en que, aprovechando su ausencia, se me presentó aquí mismo para insistir de nuevo en sus pretensiones.

Indignado Carlos, prometió a la joven que hablaría con Juan exigiéndole que cesara de una vez de molestarla, bajo amenaza de despedirle de la compañía.

Refiriéndose luego a las circunstancias que rodearon la muerte de su padre, insinuó Carlos a la joven con segunda intención:

— Me han dicho que un obrero despedido, un tal Martinelli, estuvo en esta casa la tarde de la desgracia.

— Sí, señor, es cierto. Según ya declaré a los gendarmes, estuvo aquí para hablar con mi padre, pero como le dije que no estaba en casa y probablemente tardaría en llegar, me explicó que le habían echado de la central hacia tiempo por su vicio de emborracharse y que venía para solicitar de mi padre, cuyo buen corazón conocía, que intercediese para que fuera nuevamente admitido en la compañía. Esta conversación se desarrolló con absoluta corrección, por lo que estoy segura — dijo finalmente la muchacha — de que ese hombre nada tiene que ver con el accidente ocurrido a mi padre.

Mientras nos dirigíamos de regreso a la central, Carlos, refiriéndose a nuestra reciente visita con la huérfana, me dijo:

— A juzgar por estos detalles, el italiano Martinelli indudablemente no tuvo ninguna participación en el hecho de la caseta. A pesar de todo, no hemos perdido el tiempo. Vamos ahora a hacer una inspección en la línea telefónica averiada. Me interesa sobre todo averiguar quién fué el que telefoneaba con Jacques cuando ocurrió la desgracia.

El lugar indicado por los obreros que hicieron la inspección en la línea estaba bastante distante del pinar donde, según afirmó Juan *el Bretón*, podía haber caído un rayo.

A simple vista se advertía que el hilo había sido cortado en dos partes, que fueron posteriormente empalmadas.

Como la interrupción aparecía precisamente al lado de un poste, Carlos trepó ágilmente por él y examinó minuciosamente la avería.

Ya de nuevo en tierra, me explicó:

— La forma en que ha sido hecha la reparación indica que el hilo no se rompió, sino que fué intencionadamente cortado y empalmado de nuevo. A pesar de que el autor es, seguramente, un individuo muy experto, debido sin duda a la precipitación con que lo hizo, no dejó bien unidos los extremos del cable cortado y por eso el teléfono no funciona.

De pronto, advertí que Carlos se agachaba y recogía del suelo un aislador de porcelana.

— He aquí otro dato — me dijo — que demuestra que el corte se hizo intencionadamente. Este aislador fué colocado seguramente entre los cabos del hilo. Con ello, el autor tuvo aislada, durante todo el tiempo que le convino, la caseta de distribución, es decir, le cortó la comu-

nicación con todas las subcentrales. De aquí se deduce que si alguien habló por teléfono la noche del accidente, debía de estar situado precisamente entre este aislador y la fábrica de electricidad.

Cuando al anochecer regresamos a la fábrica, nos salió al encuentro el jefe de personal.

— Señor Desnoyers, ha venido a despedirse Juan *el Bretón*, diciendo que mañana mismo tenía que partir. Según dice, le han ofrecido un ventajoso jornal para trabajar en Bélgica.

— ¡Hombre! — exclamó Carlos, — me extraña esta precipitación. Quisiera saber a qué obedece, y, como por otra parte he de hablar con ese individuo para que me aclare algunas cosas que me interesan, voy a hablar con él ahora mismo antes de cenar.

En efecto, al cabo de media hora llamábamos a la puerta de la casa donde vivía el jefe de la brigada aérea.

Quedó sorprendido al vernos y hasta me pareció que nuestra visita no le era muy grata. Nos recibió apoyado en el marco de la puerta, como si se resistiera a dejarnos entrar en su casa.

Carlos, pretextando que estaba muy cansado, entró resueltamente en el interior y se sentó en la primera silla que halló a mano.

— He sabido — comenzó a hablar — que se ha despedido usted y me gustaría saber los motivos que ha tenido para abandonar el puesto que ocupa en la compañía.

— ¡Oh!, señor ingeniero. Motivo de queja, ninguno, sino muy al contrario. Pero es el caso que una fábrica belga de electricidad me ha ofrecido un magnífico sueldo y he decidido aceptarlo. Además, como ya sabe usted, tengo allí familia y podré vivir con ella.

— En ese caso, no quiero contrariar su voluntad — contestó Carlos, — aunque créame que lamento de veras su precipitada resolución. ¿No podría esperar unos días hasta que le hallemos un sustituto capacitado?

Insistió *el Bretón* en la necesidad en que se encontraba de partir inmediatamente, dando excusas de no poder acceder a lo que mi amigo solicitaba.

— Puesto que probablemente ya no volveremos a vernos — concluyó Carlos, — deseo preguntarle varias cosas que usted mejor que nadie podrá saber.

Y, sacando del bolsillo el aislador que había recogido junto al poste del teléfono, le preguntó:

— ¿Conoce usted esto?

Juan palideció ligeramente, mas, disimulándolo como pudo, contestó en tono natural:

— Sí, señor, lo conozco. Es un aislador de la compañía. Pero no comprendo por qué me lo pregunta.

— Este aislador fué empleado para cortar la línea telefónica privada de la compañía — prosiguió mi amigo, mirándole fijamente, — y esto demuestra que muy posiblemente lo hizo un obrero de la compañía, tal vez de la brigada de usted.

Más tranquilizado ante el desvío de la sospecha, contestó el capataz:

— No creo que pueda concederse a este detalle gran importancia, pues podría muy bien ser que el aislador lo hubiesen robado de un poste cualquiera.

— Entonces ¿puede usted indicarme más o menos quién fué el autor del corte de la línea?

— Lo creo punto menos que imposible, pues repito que cualquier obrero es capaz de hacerlo.

De cada 100

lectores, 99

han proclamado que

Films Selectos

es la mejor revista de
cine editada hasta hoy.



El público ha dado con
esto el más elocuente
testimonio que puede
darse de la calidad de

Films Selectos



Sale cada sábado

Sólo cuesta **30** cénts.
pero vale mucho más.



Pida usted a su proveedor
de periódicos que le
deje examinar un ejemplar de

Films Selectos

Aunque no había obtenido resultado alguno concreto, Carlos se levantó y nos dispusimos a salir. Antes de llegar a la puerta se detuvo y, señalando unos hierros que había en el suelo, me dijo:

— Mira, Luis. Estos garfios en forma de arco son los aparatos de que se sirven los obreros para subir a los postes a tender o reparar los hilos.

No me extrañó la incoherencia con que mi compañero me enseñó aquellos hierros curvados — que a decir verdad conocía sobradamente, — porque comprendí al momento que su interés en enseñármelos ocultaba otra intención. Fué dándome toda clase de detalles acerca de la manera cómo se los ponían en los pies y, entretanto, se los pasaba de una mano a otra examinándolos con atención. Después me hizo fijar en unas botas altas de goma, las cuales — según sus explicaciones — servían para trabajar los días de lluvia. Yo las contemplé sin descubrir en ellas nada de importancia, fuera de que se hallaban completamente llenas de barro.

Por fin, nos despedimos afectuosamente de Juan y nos dirigimos a casa, sumido Carlos en su acostumbrado mutismo ante los hechos importantes.

CUANDO salimos, después de cenar, a la terraza, abandonó su aire meditabundo y, refiriéndose por lo visto al asunto que le venía preocupando, me explicó en tono confidencial:

— Mañana por la mañana hemos de efectuar la última gestión para descubrir este misterioso asunto. Sólo me falta una prueba para confirmar la certeza de mis sospechas.

— Pero — insinué — ¿qué has encontrado? Porque yo, la verdad, yendo contigo a todas partes he visto cosas más o menos irregulares, pero nada en concreto, al fin, que pueda formar una comprensible trabazón.

— Pues te aseguro que yo empiezo a estar orgulloso de mi labor, aunque nada quiero asegurar aún, porque a lo mejor no pasará de ser una simple conjetura. En fin — terminó, levantándose, — vámonos a dormir, que tenemos que madrugar.

AL día siguiente, temprano, acompañé a Carlos nuevamente al lugar de la avería.

El se dedicó a examinar detenidamente el poste por donde había subido la tarde anterior, sin fijarse ya para nada en la reparación de los hilos. Yo seguía con curiosidad su trabajo, empezando ya a ver claro que lo que buscaba en el poste eran huellas ciertas de garfios.

Después de esta inspección, anduvo Carlos unos veinte metros hasta llegar al pie de una torre de hierro de las que se emplean para sostener los cables de alta tensión. Por allí pasaba la corriente de la fábrica, y, según se acostumbra hacer para evitar desgracias por imprudencia, destacaba una placa con el rótulo de «Peligro de muerte».

Carlos subió hasta la mitad aproximadamente de la torre, examinando uno a uno los travesaños de hierro.

Cuando, al poco rato, bajó, su cara resplandecía de gozo.

— Ya tengo — prorrumpió — la prueba evidente de que no me he equivocado. Ahora puedo demostrar claramente que Jacques murió asesinado, y — lo que es más — sé también quién es el asesino. Es preciso correr y evitar que se escape.

— ¿Es Juan?

— Sí, Juan, el que se quiere ir a Bélgica.

Montamos en el automóvil que nos esperaba y, devorando materialmente kilómetros, salvamos la distancia que nos separaba del pueblo inmediato. Una hora después salíamos del puesto de gendarmes, acompañados de varios agentes, con los cuales emprendimos el regreso a la central.

Al llegar a la caseta del presunto asesino, encontramos la puerta cerrada. Unos vecinos a quienes interrogamos nos dijeron que por la mañana muy temprano Juan *el Bretón* se había ido, con un saco a cuestas, sin decir a nadie a dónde se dirigía.



— ¡Válgame Dios! ¡Un ahorcado! Acaso estemos a tiempo de salvarle, si cortamos la cuerda.

(De *Ric et Rac*, de Paris.)

— ¡Ya me lo temía! — exclamó Carlos, contrariado. — Nuestra visita de ayer le puso sobre aviso.

Regresamos a la fábrica, y desde allí los gendarmes telefonearon a los puestos de varios pueblos vecinos, interesando la captura del sospechoso fugitivo.

UNA vez solos, cogí a Carlos por mi cuenta y le interpele:

— Ya que, según veo, has terminado tu curiosa actuación detectivesca, ¿quieres contarme de una vez la ilación de todos estos episodios? Ya me figuro cómo se ha desarrollado el caso, pero, francamente, llevándote tan calladas las sospechas, me has relegado al papel de curioso espectador.

— No te enfades, Luis, por mi reserva, pues cuando se ha tratado de acusar directamente a una persona, he preferido callar hasta tener pruebas convincentes. Por lo demás, sí, como he visto,

has seguido aunque sólo sea con un poco de atención mis idas y venidas, podrás hacerte perfectamente cargo de todo. Ya recordarás que, de buenas a primeras, no vi con claridad que el pobre Jacques hubiese muerto a causa de un descuido o una imprudencia. Por eso, cuando vino el otro diciendo que había visto caer el rayo en el bosque, di por buena la hipótesis de que la exhalación hubiese recorrido el hilo del teléfono. ¿Y qué ha resultado? Que, en efecto, lo recorrió una descarga eléctrica, pero no del rayo, sino de nuestra misma fábrica. El plan estaba hábilmente preparado y demuestra que el asesino es hombre de recursos. Todo consistía en hallar la ocasión oportuna para ponerlo en práctica. Nuestra visita a Juan no tenía otro objeto que estudiar el efecto que le producirían nuestras preguntas, y ya pudiste ver el mal efecto que le hizo, sobre todo el aislador encontrado en la montaña. Al salir me fijé en los hierros curvos que había en la entrada de la casa y ellos me dieron la prueba acusadora que buscaba. No sé si te fijaste en que estaban llenos de un barro rojizo, lo mismo que las botas altas de goma. Y precisamente este barro rojizo sólo se forma en el bosque donde se encontró el cable telefónico cortado y el aislador abandonado.

— Sí, es cierto — asentí.

— Además, en un rincón había un pedazo de cable de varios metros de longitud. La prueba realizada esta mañana ha dado excelente resultado. Tanto el poste del teléfono como la torre de la línea de alta tensión estaban manchados de tierra rojiza, señal evidente de que alguien había subido por ellos la noche de la tormenta. Ante todos estos detalles, la inesperada partida de Juan *el Bretón* acabó de demostrarme su culpabilidad, deduciendo que, impulsado por el odio que sentía hacia Jacques desde el día en que le expulsó de su casa, aprovechó la tempestad para cortar sin ser descubierto la comunicación telefónica. Siguiendo el plan que tenía proyectado, debió de subir a la torre de alta tensión, provisto seguramente de unos guantes de goma para evitar el peligro de la corriente, y empalmó en ella los hilos del cable que a prevención se había llevado. Luego, por medio de un pequeño aparato telefónico que conectaría sobre el hilo del teléfono, se puso en comunicación con Jacques, a cuyo aparato llamó. Esperaría a que éste descolgara el auricular y, en cuanto oyó la palabra «Diga», puso el hilo telefónico en contacto con el cable que había empalmado en la línea eléctrica de alta tensión y produjo así la verdadera descarga eléctrica que causó la muerte a Jacques.

DOS horas más tarde, el prefecto de policía de Colmar telefoneaba diciendo que en un pueblecillo cercano a la frontera alemana había sido detenido el presunto criminal, Juan *el Bretón*, el cual confirmó, en líneas generales, la explicación que con tanta perspicacia había dado mi amigo sobre cómo se perpetró el crimen.

HE visitado a Carlos Desnoyers muchas otras veces en su confortable chalet de los Vosgos, y siempre, al hablar de la muerte de Jacques, se muestra sorprendido de la extraordinaria manera como llegó a descubrir el crimen y confiesa que nunca más haría una cosa igual, y mucho menos si, con este precedente, quisieran encargársela.

Una obra que deben
conocer todos los
padres de familia

LA DELINCUENCIA EN LOS NIÑOS

Causas. Remedios

Obra premiada por la Sociedad
Barcelonesa de Amigos de la Ins-
trucción.

por el doctor

VICTOR MELCIOR Y FARRÉ

El alto valor moral y educativo
de esta obra queda manifiesta-
mente expresado en el extracto
del sumario:

*El Aumento de la criminalidad
infantil.*

*Consideraciones acerca del tipo
criminal.*

La herencia.

Las causas de degeneración.

Casamientos consanguíneos.

El alcoholismo.

*Remedios para prevenir la dege-
neración y la criminalidad.*

*Medios para combatir la prosti-
tución.*

*La cristalización de la delincuen-
cia, etc.*

Un tomo de 250 páginas

2 pesetas

De venta en todas las librerías

Si no lo encuentra en su localidad,
pídale a la casa editora, utilizando
el siguiente cupón, que le da dere-
cho a recibirlo franco de portes en
su domicilio.

**Sociedad General de
Publicaciones, S. A.**
Diputación, 211, BARCELONA

Agradeceré me remitan un ejem-
plar de la obra **La delincuencia
en los niños**, por el Dr. Víctor
Melcior, cuyo importe de 2 ptas,
adjunto en sellos de correo (certifi-
cando la carta) — remito por giro
postal n.º

Nombre
Domicilio
Población
Provincia
Fecha

Los Dramas del Contrabando

(Continuación de la página 29)

discordante policromía, una botella «Jon-
ny Haig» y un sifón.

— ¿Un vaso? — me pregunta.

«Acepto. Soy el único, pues Cole y él
sólo beben agua.»

Nos cuenta René Guetta que el de-
tective James Cole aconsejó a «su viejo
Morris» que, con sus millones, se retirara
a hacer la vida de «apacible burgués»,
disfrutando tranquilamente de la com-
pañía deliciosa de su bellísima mujer y
su encantadora hija.

«Morris — sigue diciendo René Guetta
— miró a Cole con aire sorprendido:

«— Pero ¿estás loco, querido? — con-
testóle. — En el momento en que he
llegado al apogeo de mi carrera, ¿quieres
que lo hunda todo? Sabes, como yo, que
mi organización es formidable, casi in-
atacable. Todos los pequeños comer-
ciantes de alcohol que ofrecen clandes-
tinamente el «gin» a dos dólares botella
son empleados míos. Tengo muchos mil-
les de ellos por toda California. Poseo
tres yates, cuatro aviones, cien automó-
viles blindados y una guardia personal
que se dejaría matar para protegerme.
Con otros dos o tres señores, inclino al
platillo que me conviene la balanza de
las elecciones presidenciales de los Es-
tados Unidos. La policía me teme. Mis
clientes están contentos. Y con todo esto,
¿quieres que me retire?»

Había hablado con su voz extraordi-
nariamente dulce. El reporter miraba
con estupefacción a este desconcertante
contrabandista moderno.

— Evidentemente — asintió el de-
tective. — Si Hoover derrotó a Smith
en Chicago, fué por culpa tuya. Smith es
húmedo, ¿no es esto? Y tu negocio, sin
la prohibición...

¡Oh! Una verdadera ruina.

Victimas de las drogas heroicas

JOHN Morris es un gran delincuente.
A menudo, para la realización de sus
planes, no retrocede ante obstáculo al-
guno; y, con frecuencia, ese obstáculo
es la vida de uno o de muchos hombres.
Pero hay que decir en su favor que el
alcohol que él expende a los revende-
dores es absolutamente puro. Y si éstos
se limitaran a realizar una simple tran-
sacción — sin combinación alguna de
laboratorio, — los males de este con-
trabando fueran menores. Serían insigni-
ficantes. Porque, en definitiva, el al-
cohol puro es sin duda un veneno poco
peligroso.

Pero el negocio de John Morris tiene
otro aspecto más censurable, mucho más
grave. Esta faceta de su profesión de
contrabandista ha causado — sólo en
Hollywood y en un año — muchas más
víctimas que toda su vida de «alcohol-
lero», desde que rige en territorio yanqui
la discutida «ley seca». Los clientes más
asiduos de su negocio de estupefacientes
son artistas cinematográficos. No los
grandes «vedettes» como Mary Pickford,
Douglas Fairbanks, Chaplin, etc., sino
la masa de figurantes anónimos. Aquellos,
si acaso, beben, en los intervalos de
descanso, alcoholes de la mejor calidad:
algún «whisky» excelente, que excita sus
naturalezas cansadas. Sin embargo, en-
tre las mismas «estrellas» hay que se-
ñalar, también, más de una víctima de
las drogas heroicas.

Un caso, sin duda el más conocido:
Mabel Normand, la excelente actriz —
¡tan simpática! — que, según la Prensa
de Hollywood, se halla ya en el último
período de una vieja intoxicación de
cocaína. Otro, Wallace Reid, el galán
atlético, muerto en un ataque de ena-
jenación mental, por los efectos de la
«heroína». Alma Rubens, la deliciosa
muchacha, esposa de Ricardo Cortez,
cuya vida triunfal se apaga, lentamente,
en un sanatorio. Roscoe Arbuckle, el gra-
ciosísimo «Fatty» que durante varios
años mantuvo la carcajada de todos los
públicos del mundo; ese formidable ac-
tor cómico, cuya vida desvió un día la
tragedia — ¡con aquel crimen! — sur-
gida, cuando se hallaba, también, bajo
la influencia de la cocaína...

Un caso el de Fatty que no es único
en la historia negra de la vida de Holly-
wood; en ese drama — más apasionante,
más humano — que viven los artistas
de la pantalla, «cuando se extinguen las
luces en los «estudios»...

Los trucos del negocio

PARA vulnerar las leyes prohibicionis-
tas, estas organizaciones poderosas de
delincuentes ponen en juego ciertos tru-
cos que demuestran el mayor ingenio.
Ciertamente que se ven obligados a
ellos porque, a su vez, la policía federal
aguza los sentidos para descubrir con-
cretamente dónde se hallan los alijos.
Pero el hecho es que, hasta la fecha, va
triunfando la astucia de los reyes del
contrabando.

Uno de los más novísimos trucos ha
sido el que venía usando, desde hace
dos años, el mismo John Morris. La estra-
tatega era como sigue.

El «bootlegger's king» vió, por el ba-
lance de 1928, que el beneficio de su
negocio había disminuído considerable-
mente aquel año, y dióse cuenta de que
tan lamentable merma se debía a la
severa y eficaz actuación del cuerpo de
policías guardacostas. Era necesario po-
ner a tan grave peligro un remedio ur-
gente. Remedio que John Morris halló
tras una breve reflexión en los recursos
de su formidable fantasía.

¿Se oponía la policía a que él lograra
introducir, clandestinamente, su alcohol
en territorio federal, por el camino de
las costas solitarias? Peor para ellos,
porque John Morris, decidido a no cesar
en su negocio, era hombre que sabría
introducirlo pasando ante las propias
narices de los agentes de la repre-
sión.

Y así lo hizo.

Desde los primeros días de enero del
pasado año de 1929 en el puerto de San
Francisco comenzaron a descargar unos
buques, que navegaban bajo pabellón
inglés, grandes cantidades de unos raros
ladrillos de cemento armado, que a las
pocas horas de la descarga del buque
eran metidos sobre potentes camiones
y distribuídos por todo el territorio de
la Unión.

Esta particular y considerable impor-
tación se estuvo realizando hasta hace
pocos meses. Hasta un día en que un
agente descontento de John Morris de-
nunció a la policía que aquellos singu-
lares ladrillos eran pequeños depósitos
del peor «whisky» inglés.



Almanaque de la Madre de Familia para 1931

por La Doctora Fanny

La obra más útil, más amena y más económica

En nuestro afán de modernizar continuamente esta publicación hemos establecido en la edición de este renombrado Almanaque nuevas secciones cuyo interés reconocerán nuestros lectores.

Lea con detenimiento este extracto del

Sumario:

Calendario Santoral.

La Felicidad en el Matrimonio. — Cómo se alcanza, cómo se conserva, cómo se pierde, por Román D'Artois. *Títulos de los capítulos:* «Antes que te cases...», «Yo sé dónde le aprieta el zapato a mi marido», «El marido infiel», «La ocasión hace el ladrón», «No seas pesadas», «No hay que decir mentiras», «El mayor peligro», «Atender bien a los hijos... sin olvidar al marido», «La cocina, símbolo de la felicidad conyugal», «Hay que hacer números», «Los inevitables parientes» y «Comentario final».

Vida práctica y confortable. — Cómo se instala un timbre eléctrico, por F. Abarca. — Enlaces para mantejería, por P. Amorós. — Enlaces para pañuelos y pijamas, por P. Amorós. — Enlaces para juegos de cama, por P. Amorós. — Enlaces para toallas, por P. Amorós. — Cómo se hace una colcha con tela corriente. — Modo de rejuvenecer una butaca vieja. — Para el cuarto de los niños. — Cómo hacer y decorar una cortina, un pabellón y una cunita, por A. Planas. — Moderna manta para cochecito. — Muñecas caseras que pueden competir con las compradas. — Con retales sobrantes hagamos almohadones, por H. T. (De nuestra casa de París.) — Un lindo juego de agarradores da una nota de color en la cocina moderna. — Elegante vestido para niña. — Abrigo sastre para niño. — Cómo se hace el cuello de una blusa de colegial. — Modo de cortar un patrón de calzoncitos. — La moda impone el corte japonés en los trajes de niño. — La blusa es una prenda importante en el guardarropa de la colegiala. — Neceseres muy útiles para viaje, por H. T. (De nuestra casa de París.) — Dos maletas muy prácticas para las excursiones, por H. T. (De nuestra casa de París.) — Ornamentación de las ventanas, por H. T. (De nuestra

casa de París.) — Lámparas y pantallas, por H. T. (De nuestra casa de París.)

Maestría rural. Preciosa y sentimental novelita original de María Luz Morales.

Labores a punto de media y de gancho. «Gorrito de punto», «Pullover práctico», «Conjunto de lana rayado para nena», «Vestido de ganchillo», «Los primeros pantalones del nene», etc., etc.

Artes del aficionado. Pequeño tratado explicativo de cómo se repujan los metales, por Tomás G. Larraya.

Entretenimientos caseros. Juegos de prendas, penitencias, palabras cruzadas, comprimidos, jeroglíficos, recreaciones, etc.

La mesa moderna. *Presentación de la mesa:* ropa, cristalería, vajilla, cubiertos, etc. *Adorno de la mesa:* flores, frutas, centros, candelabros, jarrones, etc. *Etiqueta personal de la mesa:* Cómo tratar a los invitados según su categoría y grado de amistad. *Lo que significa el té en la etiqueta moderna:* La mesa de té, su presentación y adorno.

Cosas del cine. *Argumentos y fotografías* de las películas próximas a estrenar. «El Rey vagabundo» y «Redención».

Exposición de la Casa Ideal. Varias fotografías de las habitaciones para los niños en diversos países.

Jardín ameno y florido. Recetario inédito de cocina sacado de un tratado escrito por un religioso de la cartuja de Vall de Cristo en 1830.

Recetario de belleza, variedades, cosas útiles, etc. etc. **Gran concurso de gracia infantil,** con más de 200 retratos de niños.

Todos los compradores interesan en el n.º 11013 del sorteo de la Lotería de Navidad de 1930.

NOTA IMPORTANTE. — Todo comprador por el simple hecho de mandar su voto al

Concurso de gracia infantil

tiene derecho a recibir gratuitamente una preciosa novela.

Con estos obsequios el Almanaque resulta casi gratis.

Precio: 3 pesetas

Pídale hoy mismo a nuestro representante, o a su librero. Se lo remitiremos franco de portes, si hace el pedido directamente acompañando el importe y utilizando o copiando el siguiente cupón, a

EL HOGAR Y LA MODA

Diputación, 211, BARCELONA

Valverde, 30 y 32, MADRID

D..... que vive
en la calle de n.º de
..... provincia de..... remite
3 pesetas para recibir el **Almanaque de la Madre de Familia para 1931**, libre de portes.

EL final de esta lucha entre contrabandistas y guardacostas no se vislumbra.

No hay datos para poder apuntar algún hecho probable que ponga fin a los dramas cotidianos que provoca el contrabando. La única esperanza que alienta en el pecho de los yanquis que desean gozar de una mayor tranquilidad es que el Senado se decida, al fin, a votar la abolición de la «ley seca». Pero aun entonces es de suponer que los individuos de la calaña de John Morris desviarán sus actividades hacia otra especialidad del negocio de contrabando que ya practican hoy día, alternándola con la introducción de alcoholes. Y entonces las consecuencias de la actividad de estos delincuentes serán mucho más

graves. Porque, ¿no estamos viendo ya hoy en día que en todas las grandes ciudades norteamericanas los estupefacientes — la cocaína y la morfina, en particular — producen muchas más víctimas que las pésimas calidades de alcohol que los contrabandistas sirven al público norteamericano?

Y no cabe duda que ni John Morris, ni Al Capone, ni ninguno de los otros poderosos magnates del contrabando dejarían de dedicarse a su especialidad, ni aun en el caso de que una nueva ley decretara la libertad de introducción de todos los alcoholes en territorio norteamericano. «Whisky», opio, morfina, cocaína, ... ¿qué más da? El hecho es obtener crecidos beneficios, traficando con aquello que, por especial disposición de la Ley, no puede llegar fácilmente a manos del gran público.

El Amor Homicida de Pedro Vincent Elizabide

(Continuación de la página 32)

Entonces, para atender a la manutención de sus hijos, no tuvo más remedio la infeliz viuda que dedicarse a los trabajos más penosos.

En estas circunstancias fué cuando la pobre viuda tuvo la desgracia de conocer a Elizabide, al cual, con su redomada hipocresía, no le fué difícil causar en la mujer una vivísima impresión.

Las caricias que prodigaba a su hijo acabaron de fascinarla, y no tardó en amarle. Ella le llegó a tener como algo superior y en él confiaba en la firme creencia de que se casarían en cuanto Elizabide normalizara su situación.

Aquí fué cuando se decidió a marchar a París, buscando campo más ancho para su talento y asegurando a María que allí serían completamente dichosos.

Una vez en París — en octubre de 1839 — se reunió con otro estudiante compatriota suyo llamado Beslay.

Ambos jóvenes se dedicaron primeramente a hacer castillos en el aire.

Beslay estudiaba de veras, y no asistía ni a bailes ni a ninguna otra diversión. Así, enfrascados con sus libros, vivieron algunos días, mas como los recursos se les agotaron, fué preciso pensar en solucionar aquella apremiante necesidad.

Ayudados por el patrón de la casa, a cuyo hijo le daba lecciones Elizabide, alquilaron unas modestas habitaciones en un cuarto piso y allí instalaron un modestísimo colegio. Lanzaron luego prospectos, pero no acudieron discípulos y la miseria empezó a mostrarles sus asquerosas garras.

Tenía Elizabide escrito un libro: *Historia de la Religión cristiana*; y, armado con el voluminoso paquete de cuartillas, se dedicó a recorrer editores, el clero y los centros de educación, pero tampoco logró realizar su objeto.

A pesar de estos contratiempos no se interrumpió la activa correspondencia que sostenía con María, a la cual no le confesó nunca la miseria que estaba pasando porque su desmedido orgullo no se lo permitía.

En una de sus cartas indicó a María que le enviara a su hijo José, con objeto

de no descuidar su educación. En otra carta le decía a la ilusa mujer que ya tenía alquilada una casa en uno de los barrios más frecuentados de París, y que pronto abriría el colegio, y añadía que ahora era cuando le necesitaba imprescindiblemente.

Las instancias de Elizabide triunfaron al fin, y María le envió a su hijo, reuniendo cuantos efectos le fueron posible y la suma de cien francos, que el niño llevaba en una cajita.

El pequeño, acompañado de una mujer amiga de su madre, llegó a París el 14 de marzo, donde ya le esperaba Elizabide. ¿Qué pensamientos eran los de este hombre?

En su escrito se explica de esta manera. «Yo — dice — amaba a mi familia, a María y a sus hijos y sufría lo indecible al verles condenados a la miseria.

En tan fatal disposición me hallaba, cuando un día, hablando con unos amigos, dijo el que parecía más conocedor del mundo, a propósito de las decepciones de la vida:

— Si reflexionáramos, nos deberíamos alegrar de la muerte de alguno de los que amamos, cuando sabemos que les espera la desgracia.»

Estas palabras produjeron un terrible efecto en el espíritu de Elizabide. Fueron así como una antorcha infernal.

Y se propuso hacer desaparecer todo lo que amaba, empezando por el niño José, al cual ya tenía hospedado en una miserable habitación de la calle de Richelieu. La pobre criatura no pareció notar la escasez que había en aquella casa y comió con gusto después de haber escrito una carta a su madre.

Elizabide, cada vez más preocupado, no sabiendo cómo acabar con el infeliz, lo llevó al día siguiente lejos de París, aprovechando la primera diligencia que encontró, hasta que, dando por terminado el paseo, se apearon. Ya solos en el campo y muy cerca de la Villette, se sintió el niño algo indispuerto del vientre y Elizabide le acompañó hasta un surco, donde pudo la criatura mejorar su estado.

Según confesión del propio asesino,

cruzó ante él una nube que le dejó inconsciente y, agarrando, nervioso, un grueso guijarro, lo descargó con un tremendo golpe en la cabeza del niño. Este cayó de bruces, pero aun tuvo fuerzas para incorporarse, hasta que un segundo golpe, más fuerte que el primero, le dejó sin vida.

El malvado no se contentó con esto y, sacando del bolsillo una afilada navaja, degolló el cadáver, como para asegurarse de que así no volvería a vivir nunca más.

AL siguiente día escribió Elizabide esta horrible carta a María:

José está bueno y sus tiernas caricias me hacen feliz.

Podéis confiar en que haré cuanto pueda por hacerle agradable su permanencia en París. ¿Por qué no venís pronto? Os necesitamos como a nuestros propios ojos.

Adiós, mi muy querida María. Tuyo siempre, Pedro.

Después de escribir esta infamia, el mismo Elizabide declara que se quedó profundamente pensativo.

Dice que todos sus recuerdos fueron para María, y cuanto más se perdía en meditaciones, menos comprendía a los hombres en los afectos de la vida.

— ¡Pobre María! — murmuraba. — Le prometí que sería dichosa y que sería para José un segundo padre. ¿Qué sería también de su pequeña Matilde? ¿Qué sería de mis padres sin mi apoyo? ¡Oh! esto es terrible... Yo no tendría tiempo para matarlos a todos...

Estos eran sus ratiocinios.

María le mandaba cartas con frecuencia, y ellas contestaba hablándole siempre de José como si se hallara vivo.

Para atraer más a la buena mujer, tuvo Elizabide la audacia de hablarle de José, empleando las más audaces imposturas.

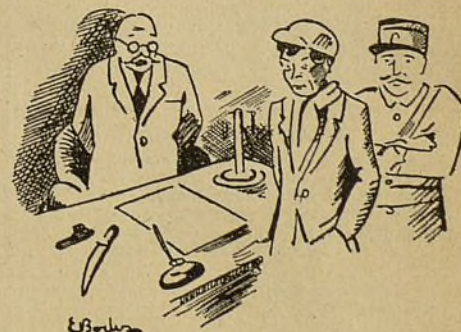
Por fin logró vencer la vacilación de María, la cual, dispuesta a partir gracias a la seguridad que le dió de haber encontrado para ella una colocación de mujer de confianza en casa de unos señores acomodados, se preparó para el viaje.

En Burdeos se encontraron, y Elizabide se desbordó en solicitud y tiernas caricias, que hicieron volver loca de alegría a la pobre mujer.

Mas pronto volvió el malvado a sus funestas ideas homicidas, pensando en que aquella felicidad fugaz se tornaría en años enteros de sufrimientos.

A este propósito sigue escribiendo el mismo Elizabide:

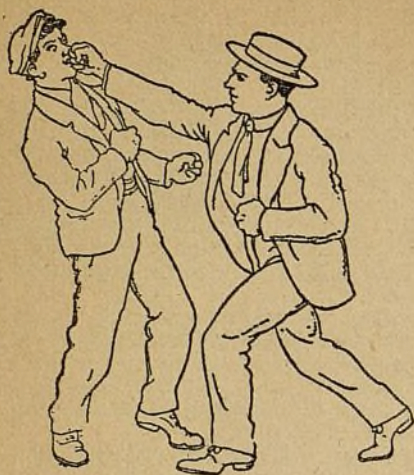
«Después de haber elegido el sitio que creí más apropiado para mis designios, ajusté un carruaje para que a las ocho y media de la noche viniera a tomar a



— ¿Y por qué ha matado usted?
— Porque me faltaban diez céntimos para el tranvía.

(De *Le Petit Parisien*)

NUEVA EDICION DE



MODOS DE DEFENDERSE EN LA CALLE, SIN ARMAS

Lecciones prácticas de boxeo,
jiu-jitsu, lucha grecorromana, etc.

por el Doctor SAIMBRAUM

PRINCIPALES PUNTOS TRA-
TADOS EN ESTA OBRA:

**PUÑETAZOS. — ZANCADILLAS.
GOLPES CON LOS PIES. — TORCE-
DURAS. — GOLPES DADOS CON LA
CABEZA. — REGLAS GENERALES
PARA DEFENDERSE EN UN COM-
BATE. — OBSERVACIONES GENERA-
LES SOBRE EL CUERPO A CUERPO.
GOLPE CON LA RODILLA. — GOLPE
DE LA HORQUILLA. — GOLPE CON
EL SOMBRERO O LA GORRA.
PARADAS EN UN CUERPO A CUER-
PO. — ALGUNOS GOLPES DE APA-
CHE. — DEFENSA EN EL SUELO, etc.**

Un tomo con profusión de
fotografías y dibujos 2 ptas.

De venta en todas las librerías de
España y América y en la Adminis-
tración de

GRAN PROYECTOR

DIPUTACIÓN, 211, BARCELONA
VALVERDE, 30 Y 32, MADRID

Utilice el siguiente cupón, que le da
derecho a recibir la obra en su do-
micilio, libre de gastos de envío.

GRAN PROYECTOR

Agradeceré me remitan un ejemplar de la
nueva edición de la obra *Modos de defen-
derse en la calle, sin armas*, por el Dr.
Saimbraum, cuyo importe de 2 pesetas remito
por giro postal n.º — adjunto en sellos
de correo (certificando la carta).

Nombre
Domicilio
Población
Provincia
Fecha

tres personas para dejarlas en un sitio
determinado del camino que yo le in-
dicaría.»

Elizabide manifestó después a María
que irían a dormir aquella noche a Ivrac,
a casa de una hermana suya, y añadió
que al día siguiente tomarían el coche
para París.

Así, pues, a eso de las ocho y media
de la noche fué a buscarles el carruaje
que había de llevarlos al sitio llamado
los Cuatro-Pabellones, al cual conduce
a un camino tortuoso situado a la iz-
quierda del camino real, antes de llegar
al pueblo de Ivrac, en el término del de
Artigues.

Una vez apeados del coche, hizo se-
guir Elizabide el camino real a María
y a su hija. Allí les manifestó que era
preciso tomar el camino tortuoso por
entre los cerros para llegar más pronto
a casa de su hermana, ya que el cielo,
inseguro, empezaba a lloviznar.

Dejemos ahora referir al matador sus
nuevos crímenes:

«Estuvimos andando unos cinco mi-
nutos. Las rodillas se me doblaban y no
querían sostenerme; el aire me faltaba
en los pulmones, mis ideas se atrope-
llaban unas con otras, hasta que por
fin llegamos al sitio que yo tenía elegido.

Entonces me saqué del pecho un mar-
tillo que llevaba escondido y, adelan-
tándome hacia María, descargué el golpe.

La vi caer, anonadada, al suelo, y en
aquel momento se me escapó el martillo
de las manos. Permanecí unos segundos
sin darme cuenta de nada, pero volví
en seguida en mí al oír un grito de la
niña. Cogí el martillo y herí de nuevo...
no sé a quien... y quedé como envuelto
en un silencio de muerte. Medio alado
me arrodillé a muy poca distancia de
mis víctimas, sin intentar siquiera se-
pararme de aquel sitio de horror.

La lluvia, que caía en abundancia, me
estaba calando hasta los huesos sin que
yo lo notara.

Los ladridos de un perro me hicieron
volver a la realidad; y entonces fué
cuando se apoderó de mí el terror. El
agua de la lluvia me quemaba, los bra-
midos del viento me maldecían, los ár-
boles me parecían espectros amenaza-
dores. La naturaleza entera me dela-
taba... y por primera vez en mi vida le
tuve miedo a Dios.

Sólo recuerdo que al despuntar la
aurora no me había desembarazado aún
de los efectos pertenecientes a María y
a Matilde.

Me encaminé a Burdeos, en un estado
de excitación terrible. No sabía lo que
me pasaba; y sentía una gran necesidad
de hablar y reír al mismo tiempo.

Además, tenía hambre y sed. Tomé el
primer carruaje que encontré, y al lle-
gar, al fin, a la fonda, me desayuné con
gran apetito. Pasé durmiendo, o mejor
dicho, aletargado, unas veinticuatro ho-
ras.

Cuando fuí arrestado se me ocurrió
la idea de disputar mi cabeza a la jus-
ticia. La deshonra de mis padres me an-
nadaba. Fué lo único que me conmovió
profundamente.

Las primeras líneas que escribí en mi
declaración fueron éstas:

No pido gracia; mi muerte será bien
merecida. Líbrese, si es posible, a mis
pobres padres de la desesperación que
les ha de causar mis horribles extravíos.»

DESPUES de unos cuantos días de
terribles inquietudes, fué recobrando
Elizabide, en su arresto, toda su sangre
fría.

En un principio se temió que recu-
rriera al suicidio y se le vigiló constan-
tamente; mas cuando él se dió cuenta
de la vigilancia, dijo con énfasis a los
guardianes:

— Es inútil... Ya sé que mi vida no
me pertenece.

Pronto se esparció el rumor de que
iba a ser conducido el asesino al sitio
del crimen para ponerle en presencia
de los cadáveres de sus víctimas.

Un gentío inmenso se puso en movi-
miento, formando imponentes grupos que
ensordecían con sus gritos amenazadores,
pero sin lograr atemorizar al asesino, el
cual se hallaba muy tranquilo en la
carreta rodeada de gendarmes.

El carro se detuvo en la plazoleta
donde aun se veían manchas de sangre.

Elizabide se apeó.

— Aquí es — dijo con rara tranqui-
lidad. — Aquí fué donde, perdiendo la
noción de cuanto me rodeaba, descargué
golpes y herí sin compasión... Aquí fué
donde logré dejar tranquilas para siem-
pre a dos personas de las que más amaba
en este mundo. Golpeé rudamente y me
parece mentira que aun no siga gol-
peando.

Con este inaudito descaro, quería sin
duda el criminal hacerse pasar por loco.

Una vez inspeccionados aquellos lu-
gares, llevaron a Elizabide a la iglesia
de Artigues, donde estaban depositados
los dos cadáveres. Aquí ya no pudo el
criminal resistir la emoción y estuvo a
punto de perder el sentido. Un tanto
repuesto, exclamó:

— Es imposible... Esto es superior a
mis fuerzas... Matadme, pero no exijáis
de mí lo que no puede ser.

AL entrar Elizabide en Burdeos, el
gentío que seguía la carreta se mos-
tró tan amenazador, que fué preciso que
los gendarmes se pusieran sobre las ar-
mas.

Ya en el calabozo, el homicida trató
de comer, pero le fué imposible.

— Los gritos de ese pueblo me han
quitado el apetito — dijo.

No se puede dar mayor cinismo.

Convencido el juez por las confesiones
tan explícitas de Elizabide, siguió con
rapidez el procedimiento, no teniendo que
buscar más que el verdadero móvil del



— ¿Y este pueblo no ha tenido ninguna
celebridad?

— ¡Vaya! El tío Malastripas, que cortó
el pescuezo a seis vecinos y lo hizo él solito.

primer crimen, pues en cuanto al segundo, parecía evidente que el asesino había sido impulsado por la necesidad de ocultar el primero y por el deseo de procurarse recursos, despojando a su última víctima.

El 2 de junio de aquel año se sacó de la Morgue el cadáver embalsamado del niño de la Villette y se trasladó a Burdeos, donde tuvo que sufrir Elizabide la ruda prueba a que le sometió la justicia.

El 9 de septiembre se abrió la primera audiencia del sensacional proceso, del cual sólo diremos lo preciso, puesto que en la narración ya hemos dado los detalles necesarios para que nuestros lectores se enteren.

En el resumen que se hace de estos crímenes queda demostrado que Elizabide asesinó por segunda vez con objeto de apoderarse de las ropas y demás efectos de sus víctimas, así como de las modestas joyas que llevaban sus víctimas.

En los bolsillos del asesino se encontraron los pendientes de oro de María y Matilde, junto con dos anillos, unas medallas y ciento cuarenta francos pertenecientes a la primera.

La mutilación de los cadáveres la hizo para que no fueran reconocidos, y poder así recoger varios bultos de ropas y muebles que María enviaba desde el pueblo dirigidos a la casa de Elizabide.

En fin, cualquiera que sea el sentimiento que dirigió su brazo y el objeto que se propuso, nadie podrá disminuir el horror que inspira ni la piedad que excitan las víctimas.

La acusación terminaba así:

«En vano se presenta Elizabide como un instrumento de una fatalidad inexorable. Hay en los tres asesinatos una serie de hechos que se encadenan entre sí, y descubren sobrada reflexión y combinación previsoras para que pueda librarse de la vindicta pública. Si las maldades que ha cometido quedaran impunes, o si aconteciera que no correspondiese el castigo a la odiosa perfidia con que las preparó, la Justicia debería quebrar su espada y decir que no hay protección en la tierra contra las maquinaciones de los malvados.»

A continuación procedió el presidente al interrogatorio del acusado, el cual sigue repitiendo lo que declaró por escrito.

Una de las frases del acusado que mayor efecto causaron en el auditorio fué la siguiente:

— Conozco bien que en la actualidad soy para la mayoría objeto de horror, pero cuando me hallo en mi estado doliente, no tan sólo asesinaría, sino que haría saltar el globo entero, si eso fuera posible.

Y sobre la muerte del niño José, añadió:

— Quise ser filántropo y procuré que la muerte fuese instantánea. Recordaba lo mucho que había sufrido yo una vez que tuve una caída y me propuse evitar a José estos padecimientos. ¡Pobre niño! Ahora está en el cielo, seguro para toda la eternidad.

Más tarde comparecieron varios testigos citados a instancias del acusado; la mayor parte de ellos eran eclesiásticos que le conocieron en el Seminario de Bayona.

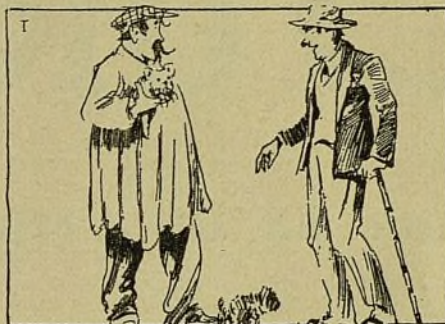
Todos declaran no haber observado en Elizabide el menor síntoma de locura y sí un orgullo desmedido.

De lo visto y declarado, resulta, pues,

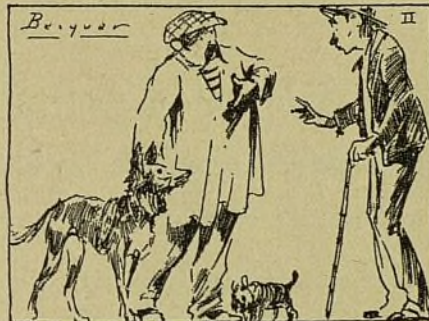
que la responsabilidad de Elizabide es patente, y el acto salvaje reúne todos los caracteres de crimen.

Los móviles del asesino son tan absurdos como infames, porque debe sentarse, sobre todo, que el crimen es irracional, mas entre la locura de la pasión y la del cerebro hay un abismo.

UN BUEN PERRO, por Bécquer

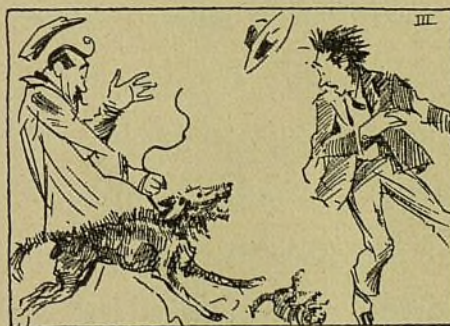


— Vamos a ver. Necesito un perro bueno, a propósito para guardar la casa.



— Aquí tiene usted uno que en cuanto olfatea a los recaudadores de contribuciones se tira a ellos como una fiera y los destroza.

— Si es así, no me conviene de ninguna manera.



— ¿Por qué?
— Porque yo soy recaudador de contribuciones.

Así lo demuestra con profundos razonamientos el abogado general de Orns en una acusación tan vigorosa como lucida.

Sin embargo, el defensor sostiene tenazmente su idea de que el acusado es un anormal, y que, por lo tanto, padece una enfermedad nerviosa que le obliga a cometer actos ajenos a su voluntad.

— De esta enfermedad — añade — es un horrible ejemplo Elizabide. Se le enviará al cadalso cuando otros desdichados, asesinos sin saberlo o sin quererlo ser han sido sencillamente encerrados en Chareston?

AUN se hacían comentarios y se disenta acaloradamente sobre esta causa cuando en la audiencia del 11 de septiembre, después de las súplicas de rigor, un jurado, cuya conciencia había sido inquietada por algunas palabras del abogado defensor, preguntó si era cierto que hubiera sido hereditaria la locura en la familia de Elizabide.

Se oyeron a muchos testigos, y este examen dió por resultado saber que el único caso de locura en la mencionada familia fué una solamente: la abuela del acusado. Según unos, murió esta mujer en estado de imbecilidad, viéndose obligado su esposo a tenerla atada durante los últimos años de su vida.

En cambio, otro testigo afirmó que este estado de la abuela de Elizabide tuvo su origen en una devoción demasiado exaltada.

Aquí el defensor hizo el último llamamiento al jurado, y concluyó diciendo que el acusado padecía accesos de locura hereditaria.

El jurado entró entonces en la sala de sus deliberaciones y al poco rato volvió a salir con un veredicto de culpabilidad sin la mitigación de circunstancias alguna atenuante. Y tan grande había sido el horror que inspiraron los crímenes cometidos por el condenado, que esta implacable sentencia fué acogida por el auditorio con rumores de satisfacción.

Ya Elizabide en la sala, el presidente le dirige algunas palabras por las cuales adivina su suerte; mas sus facciones no revelan emoción alguna. Cuando sabe con claridad que ha sido sentenciado a muerte, se contrae ligeramente su semblante. Pero nadie puede deducir si es de emoción o de un movimiento de secreta cólera.

Después se sobrepone su desmedido orgullo y, afectando un tono ligero impropio de las circunstancias, se pasa la mano por el cuello como si lo acariciara y exclama con voz entera:

— Vamos, tú pagarás por todo.

El día 5 de noviembre se cumplió la sentencia en la plaza de Aquitania, de Burdeos.

Hasta en estos momentos supremos demostró el reo su cálculo y sangre fría, no cuidándose más que de que su muerte fuera lo más aparatosa posible, desde el punto de vista de su serenidad.

Parecía harto satisfecho de presenciar el ruido que hacían sus últimos momentos.

Una vez en la plaza — llena por la imponente masa popular, — tuvo cuidado de pronunciar algunas palabras de efecto, valiéndose de la circunstancia de que su confesor le hablaba de los padecimientos de Cristo.

— Sí — arguyó Elizabide, — Cristo era bueno, y se le maldecía. Yo no lo soy, y por eso no se me maldice.

Designando después con los ojos el mar de cabezas que le rodeaba, continuó:

— ¿No son peores que yo toda esa gente?

Su última frase fué una impía fanfarronada.

— Pensad en la religión — le decía su confesor.

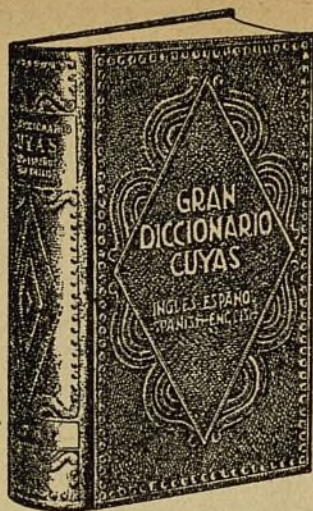
— No os preocupéis. Dentro de unos momentos ya no pensaré absolutamente en nada.

Y así acabó su vida aquel hombre que — según quería dar a entender — asesinó a una madre y a sus dos hijos por un exceso de amor.

LECTURAS

publica en DICIEMBRE

Secretico de confesión, entremés de los Quintero; **Las catedrales del arte lírico en España**, por Díez de Tejada; **La muerte trunca una interviú** (Verdugo Landi), por Romero Cuesta; **La vida y el arte**, por A. Marsá; **El mazapán de Toledo fué inventado por unas monjitas**, por S. Camarasa; cuentos de Muñoz y Pabón, Larrubiera, Allais, López Roberts, Celia de Luengo, Gilbert Ross, etc.; música autógrafa de Marquina; **La locura de Almayer** (novela), por J. Conrad... y fotos, caricaturas, historietas... un folletín encuadernable: **Cinco novelas cortas y Geografía Gráfica de España**, y una cubierta a todo color, por Serra Masana, para encuadernar **El secreto de un loco**.



GRAN DICCIONARIO **CUYÁS**

INGLÉS - ESPAÑOL
SPANISH - ENGLISH

REDACTADO POR EL FILOLOGO
Arturo Cuyás Armengol

REVISADO Y AUMENTADO POR
Antonio Cuyás Armengol

EN COLABORACION CON
Alberio del Castillo Yurrifa

Doctor en Historia y Letras, Profesor de la
Universidad de Barcelona.

Según los grandes léxicos: Oxford
Webster, Standard, etc., y la última edi-
ción del de la Real Academia Española

CONTIENE:

Vocabulario completo, científico y moderno, con todas las acepciones posibles de las palabras; pronunciación figurada de cada vocablo; verbos reflexivos e irregulares, con los tiempos fundamentales de estos últimos; terminología técnica y científica especializada; nombres propios; millares de modismos y refranes, como no se hallan en ningún otro diccionario de esta clase; habla popular inglesa y norteamericana; diferencias ortográficas entre Inglaterra y los Estados Unidos; compendio de gramática inglesa.

Más de 150,000 palabras. — Más de 100,000 frases y modismos. — Más de 1.000,000 de acepciones. — Más de 1,300 páginas de texto.

Un tomo lujosamente encuadernado en tela y piel..... 25 ptas.

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
EDITORES

Diputación, 211. — BARCELONA

De venta en las principales librerías de España y América

Librería EL HOGAR Y LA MODA
Valverde, 30 y 32. — MADRID

Robo sin Ladrón

(Continuación de la página 35)

que de la entrevista deduje que tanto el señor Simons como yo habíamos cometido una gran injusticia al juzgar al señor Labielle por sólo las apariencias. A mi juicio, después de lo que había podido colegir, el joyero era completamente ajeno al delito que le imputábamos, y yo estaba seguro de que, a pesar de todo, mi impresión había de ser favorablemente acogida por el señor Simons, quien, al fin y al cabo, mejor que el valor de las joyas robadas, apreciaba el buen nombre de la familia.

Aquella misma noche emprendí el viaje de regreso a la ciudad.

Al día siguiente, cerca de las nueve de la mañana recibí un aviso urgente del señor Simons para que me personara inmediatamente en su casa. Aquella llamada me extrañó, pues habíamos convenido que yo le visitaría por la tarde, tan pronto pudiera hacerlo.

Cuando llegué a la casa de dicho señor, la misma en que tenía su establecimiento de joyería, me causó no poca sorpresa ver al señor Simons en compañía de un inspector de policía, el señor Treviño, y más todavía al oír de labios de éste que su presencia en la casa obedecía a haber sido denunciado el robo en la Jefatura.

— Por teléfono, a eso de las cuatro de la madrugada, se nos ha comunicado el hecho — explicó el inspector. — Según me ha notificado el señor Simons, usted ha practicado ya ciertas diligencias en la persona del señor Enrique Labielle. ¿Qué ha sacado usted en limpio?

Aunque la pregunta fué hecha en un tono por demás impertinente, le expliqué que mi impresión era que el señor Labielle nada tenía que ver con el robo.

— ¡Hum!... No lo creo yo así. Ustedes los detectives — como ahora dan en llamarse — tienen una escuela tan original e inocente, que cualquier tuno medianamente listo y avisado puede prepararles perfectamente la coartada. Sus métodos no siempre dan los mejores resultados, como yo le demostraré. Los nuestros, en cambio, son más expeditivos y eficaces.

Las palabras del policía eran una manifiesta censura a mi gestión; no obstante, me limité a sonreír benévola por toda réplica.

El señor Treviño era un policía vulgar y de circunstancias. El caciquismo y la baja política, que entonces imperaba en la ciudad, servíase de él para sus concupiscencias y desmanes, lo que después le valió el cargo de Jefe de Policía de Barcelona. Casi analfabeto, desconocía en absoluto la más pequeña noción de los estudios que sobre cuestiones criminológicas hacíanse en el extranjero en aquella época.

Para él, como para nosotros en un principio, el señor Labielle era el único autor de la sustracción de las alhajas. Por eso, todo cuanto yo razoné en contra de su opinión fué completamente inútil, pues, según él, el joyero había sabido prepararme la coartada de un modo muy elegante.

— ¿Y el aviso telefónico no le dice a usted nada, señor Treviño? — pregunté.

— Sí... ¡Claro que me dice! Como que se trata de un trufito de ese señor para acabarle de despistar... Pero a mí que no me venga con ésas. Yo le haré cantar... y pronto.

El señor Simons, pálido y en extremo nervioso, había escuchado nuestra conversación sin desplegar los labios. Sin embargo, me pareció que mejor asentía a mis palabras que a las del señor Treviño. Era indudable que se sentía arrepentido y que había vuelto de su primera opinión al juzgar tan ligeramente a su cuñado. De ahí que su rostro manifestase inquietud cuando el inspector prometía insistir sobre esta sospecha que había yo abandonado por considerarla inútil.

A pesar de que el asunto estaba ya en manos de la policía, el señor Simons me reiteró su confianza, rogándome prosiguiera mis trabajos, independientemente de los que pudiesen realizar los agentes de la autoridad, los que, según declaró, no le merecían la menor confianza.

Así, pues, dispuesto a aclarar quién podía ser el autor de la confidencia, me dirigí a la Central de Teléfonos, entonces en la calle de Aviñó, cuyo jefe, Miguel Espronceda, excelente amigo mío, podría prestarme seguramente muy buenos servicios.

— Es preciso, Miguel — le dije tan pronto nos saludamos, — saber quién telefoneó a la Jefatura de Policía esta madrugada a las cuatro. ¿Es posible averiguarlo?

— No es cosa fácil. Sin embargo, lo intentaremos.

Miró el cuadro de servicio y luego añadió:

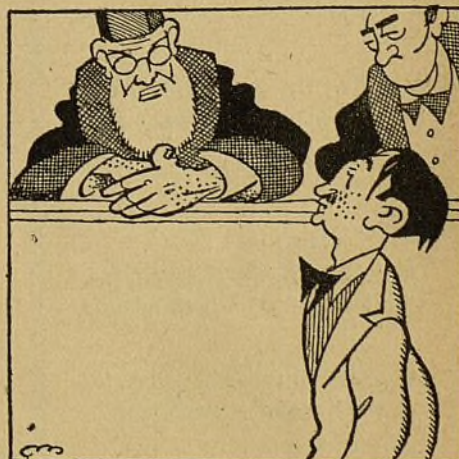
— Afortunadamente el turno corresponde a dos operadoras listas en extremo, pero aun con todo no es posible asegurar nada. Como se trata del servicio nocturno, hasta las nueve de la noche no podrás interrogarlas.

A dicha hora estaba de nuevo en teléfonos, donde mi amigo Espronceda me aguardaba ya en su despacho.

— Vamos a ver si conseguimos complacerte — dijo al verme entrar.

Y, sin más, oprimió el botón de un timbre.

— Avise a la señorita López que necesito verla inmediatamente — dijo al ordenanza que acudió a la llamada.



— ¿Ha sido usted inducido por alguien a cometer este hecho?

— Sí, señor juez. Por mi mujer, que me aseguró que me abandonaría si alguna vez llegaba a estar preso.

Colección de Novelas



WILLIAM J. LOCKE

El novelista más leído en todo el mundo, por lo humano de los caracteres de sus personajes, por su fino humorismo y por sus acertados detalles de observación de la vida real. Sus obras están traducidas a todos los idiomas.

OBRAS PUBLICADAS

LA GLORIA DE CLEMENTINA
EL AMADO VAGABUNDO
SÉPTIMO
EL VENDEDOR DE FELICIDADES
MOORDIUS Y COMPAÑÍA
LAS DIVERTIDAS AVENTURAS DE ARÍSTIDES PUJOL
UN JOVEN AFORTUNADO

EN PRENSA

STELLA MARIS

PRECIOS DE CADA VOLUMEN
Encuadrado en cartón, 5 ptas.

Solicite el catálogo, que se envía gratis.

EDICIONES DE
Sociedad General de Publicaciones, S. A.
Diputación, 211. — Barcelona

De venta en todas las librerías
de España y América

Librería "El Hogar y la Moda"
Valverde, 30 y 32. — Madrid

A los pocos instantes una joven de unos veintitrés años, de mirada viva y sagaz, estaba frente a nosotros.

— Señorita López, esta pasada madrugada, hacia las cuatro, se ha pedido comunicación con la Jefatura de Policía. ¿Podría usted recordar el número de donde partió la llamada?

La interpelada hizo un mohín bastante significativo, como de duda; quedó pensativa unos instantes y luego dijo:

— Es un poco difícil. Recuerdo, efectivamente, que a esta hora aproximada ha sido solicitada la comunicación que usted dice, pero, de momento, no sé por qué número. No obstante, si usted me permite...

El hizo ademán de retirarse.

— Sí, vaya usted, señorita López, y haga memoria — dijo el jefe.

Al poco rato apareció de nuevo la joven, pero esta vez con un papel en la mano en que estaban inscritos los números 2023, 1209 y 3018.

— Como suponía, no me ha sido posible recordar el número de un modo exacto; sin embargo, bien pudiera ser que la llamada haya partido de uno de estos tres.

Y entregó el papel a su jefe.

Miramos el papel y lo confrontamos con el listín: el primer número correspondía al de una dependencia del Ayuntamiento; el segundo al señor Feliu, comerciante en vinos, y el tercero... ¡era el propio número que tenía abonado el señor Simons!

Disimulé a los ojos de mi amigo la impresión que tal descubrimiento me produjo, y dándole las gracias por el servicio que me había prestado, salí de la Central hondamente preocupado.

¿Qué significaba eso? ¿Qué hilo misterioso movía la trama en la que nosotros obedecíamos como simples marionetas? ¿Quién de casa del señor Simons podía haber notificado el robo a la policía, cuando precisamente ellos se decían los más interesados en que el asunto no trascendiera al público? ¿Tratábase de una coartada, de un ardid quizás de la hermana del joyero para vengarse de la equívoca y desleal conducta de su esposo, el señor Labielle, puesto que sabía que sobre él recaían las sospechas? Lo dudaba. Aquella mañana, al saludar a la señorita María Enriqueta me había parecido una mujer resignada y en extremo prudente. El señor Simons tampoco. ¡Con lo celoso que estaba de su nombre y reputación!

A la tarde del día siguiente me personé de nuevo en casa del joyero. Estaba resuelto a averiguar de parte de quién había partido el aviso a la Jefatura, pues lo consideraba de suma importancia, ya que, una vez descubierto, era fácil conocer los motivos que le indujeron a ello y la relación que pudiera tener con los autores del hurto de las alhajas.

El joyero no se hallaba en casa ni en la tienda. Su hermana, María Enriqueta, declaró que probablemente había ido a visitar al doctor Permanyer, pues a causa de los sucesos de aquellos días se sentía completamente deprimido y agotado. Esta ausencia dificultaba en parte mis planes; no obstante, abordé el asunto de pleno a la señorita María Enriqueta y ésta, después de escucharme atentamente, se puso a mi disposición aprobando por entero mis proyectos.

— Yo nada puedo decirle a usted — declaró. — Este desdichado asunto nos trae a todos completamente trans-tornados. La acusación que pesa sobre

mi marido, a considero completamente injustificada. Mi esposo es incapaz de tal villanía. Aunque por las circunstancias en que se ha realizado el robo quepa la sospecha, yo, repito, creo en su inocencia...

— Y yo también — interrumpí, — a pesar de todo.

La afligida mujer me miró fijamente durante breves instantes; luego, añadió:

— Sí, a pesar de todo, como usted dice, Enrique es incapaz de una felonía semejante. Mi hermano, después de los informes de usted, parece que también se inclina a creerlo así. No obstante, ¡hay algo tan enigmático en todo esto!

— ¿La servidumbre de ustedes les merece entera confianza? — pregunté, dando un giro a la conversación.

— Absoluta. Julia, la cocinera, es una mujer casi anciana, que está al servicio de nuestra casa ya desde tiempo de mis papás; Felisa, la doncella, es una parienta lejana, huérfana, que nos quiere entrañablemente a todos. Puedo responder de ambas en absoluto.

A pesar de las palabras de encomio que para su servidumbre tuvo la hermana del joyero, expresé deseos de interrogar a las dos mujeres, por separado. Efectivamente, la doncella, Felisa, declaró en concreto que nada sabía del asunto y menos todavía quién pudo ser el que telefonara a la Jefatura. En cambio, Julia, si bien por lo que hacía referencia al robo no sabía lo más mínimo, por lo que respecta a la llamada telefónica dijo que le parecía recordar haber oído el timbre del teléfono aquella noche.

— ¿No puede decir la hora más o menos? — pregunté.

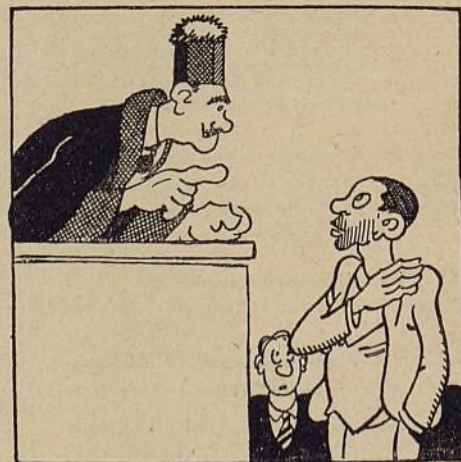
— Le engañaría a usted si le dijera una hora determinada. No obstante, bien pudiera ser que fuese ya de madrugada.

— ¿Conoció usted la voz del que hablaba en el teléfono?

— No. No oí voz alguna. Por otra parte, como sólo me pareció oír el timbre, no presté mucha atención y a los pocos segundos me quedé de nuevo dormida.

— ¿Su habitación está muy alejada de la en que está instalado el teléfono?

— No muy lejos — intervino la señorita María Enriqueta. — Está en mitad del pasillo, cerca del despacho de mi hermano.

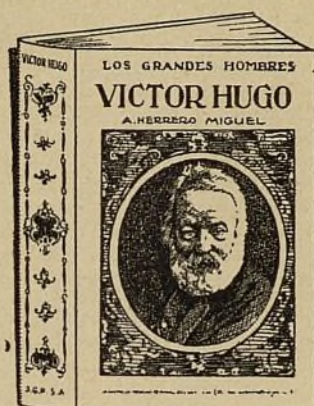


— Es inútil que niegue su culpabilidad. Aquí hay tres personas que atestiguan haberle visto a usted cometer el robo.

— ¿Y qué significa el testimonio de tres personas? Yo puedo traerle a usted millones de personas que aseguren no haberme visto.

VICTOR HUGO

por A. HERRERO MIGUEL



Nueva e interesante biografía publicada en la colección

Los Grandes Hombres

La gigantesca figura de Víctor Hugo ofrece en la historia de la literatura un interés excepcional por su doble aspecto de incomparable escritor y de plasmador del espíritu romántico francés. Por eso una biografía suya es un medio eficazísimo de conocer más profundamente la recia personalidad que le hace sobresalir sobre todos sus contemporáneos.

A través de los nueve capítulos de este tomo va desarrollándose la vida íntima del genio con una nitidez de acción realmente notable. Desde la accidentada infancia, con los inquietos viajes por Italia y España, hasta la serena ancianidad, con los triunfos literarios y las intervenciones políticas, toda la vida de Víctor Hugo nos la presenta Herrero Miguel como un esfuerzo sublime del que lucha por la patria y por las letras, dando en cada caso el preciso análisis de las causas que motivan el hecho o el esquema del fin a que tienden.

Un tomo ilustrado con 32 artísticas fotografías:

En tela y oro. 4 ptas.
En rústica. 3 ptas.

De venta en todas las librerías de España y América

EDICIONES DE

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
Diputación. 211. — BARCELONA

LIBRERÍA El Hogar y la Moda
Valverde, 30 y 32. — MADRID

— Bien. ¿Y no oyó pasos ni ruido alguno que le hiciese sospechar algo? — pregunté de nuevo a la anciana sirvienta.

— No, señor, no oí nada en absoluto. Además, aunque lo hubiese oído no me extrañaría lo más mínimo. El señorito Julio acostumbra a trabajar hasta altas horas de la noche, cuando no va al teatro o de paseo. A veces sale ya de madrugada.

La señorita María Enriqueta asintió con la cabeza.

— Sobre todo — añadió, — cuando las preocupaciones del negocio le abruman, busca esparcimiento en el paseo, que, según parece, es un buen sedante para él.

En todo aquello veía yo algo extraño que no acertaba a esclarecer. Pues si bien parecía cierto que la llamada había partido de casa del joyero, no se compaginaba con el deseo repetidamente manifestado por ellos de que el asunto no trascendiera al público. Y, sin embargo, el aviso a la Jefatura desmintió este deseo. ¿Qué significaba tanto embrollo?

Me retiré de aquella casa perplejo y profundamente intrigado. Empezaba ya a desconfiar de la seriedad de toda aquella gente, ya que su conducta era tan enigmática y sospechosa, pues si por una parte me parecían víctimas de una mano extraña, por otra veía en su comportamiento tal embrollo, que acabé por hacerme el propósito de desentenderme del asunto por completo, dejando, por lo tanto, que la policía se las arreglara como pudiera.

CINCO o seis días habían transcurrido de todo esto y poco más me había ocupado del asunto, cuando un nuevo incidente hizo que volviera a prestarle de nuevo atención.

Me encontraba cierta noche departiendo amigablemente con el doctor Almansa en la terraza de un café de las Ramblas, cuando acertó a pasar junto a nosotros el señor Simons. Le llamé por su nombre deseoso de inquirir noticias, pero, aun cuando el joyero se volvió en el acto, me miró de un modo tan extraño e incomprensible, que me quedé estupefacto. Sin embargo, no di mi brazo a torcer. Me levanté y le pregunté si la policía había averiguado algo del robo, pues yo, por mi parte, no había practicado ninguna diligencia más de las que él ya conocía.

El señor Simons me miraba extrañado mientras yo hablaba y, al cabo, cuando esperaba una respuesta más o menos satisfactoria, me espetó:

— Caballero, desconozco el asunto de que usted me habla. Yo no he sido jamás robado ni he solicitado el auxilio de nadie. Yo no le conozco a usted ni he requerido sus servicios. Sin duda sufre usted alguna confusión.

Y sin decir más, siguió su camino en dirección a la Plaza de Cataluña.

Yo me quedé estupefacto y mi indignación ante tal exabrupto iba a estallar de un modo brusco, cuando el doctor Almansa, que lo previó, intervino para preguntarme qué me sucedía.

Ante tanta desatención por parte del señor Simons yo no tuve reparo alguno en explicárselo sin omitir detalle. Me consideraba ya completamente desligado de todo compromiso, aunque, por otra parte, sabía de la reserva de mi amigo el doctor.

Este, que me escuchó atentamente sin interrumpirme lo más mínimo, cuando hube terminado dijo:

— Quizás no existe el misterio que tú

supones, si es como me figuro. No obstante, sería un caso verdaderamente curioso, un verdadero caso.

— ¿Qué quieres decir con eso? — pregunté intrigado.

Después de permanecer en silencio algunos instantes, contestó preguntándome:

— ¿Tienes inconveniente en presentarme mañana a ese señor?

— ¿Después de lo que acaba de hacer?

— Sí, a pesar de ello.

— Bueno, tú sabrás lo que te propones.

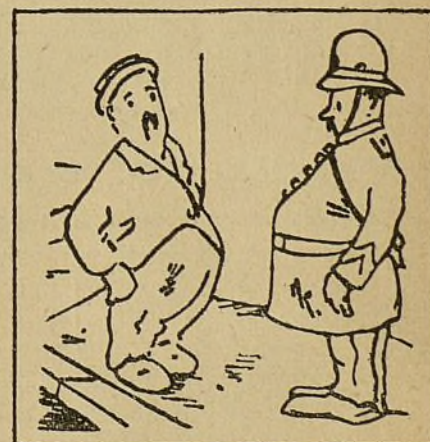
— Ya hablaremos de ello. De momento mañana, bajo cualquier pretexto, quiero que me presentes al señor Simons.

Convinimos la hora. A las once de la mañana iríamos los dos a casa del joyero.

EFFECTIVAMENTE, a la hora convenida nos personamos en la joyería de la calle de Fernando. El señor Simons nos recibió con una amabilidad que contrastaba con la fría y extraña actitud de la noche anterior y sin que hiciera la menor alusión a nuestro casual encuentro de la misma. Sin embargo, a pesar de la cordialidad del joyero, su aspecto era el de un hombre agotado, pálido y ojoso.

Presenté al doctor Almansa como uno de nuestros más notables frenópatas, el cual deseaba adquirir para su esposa una pequeña joya. El señor Simons mostréle varias y mi acompañante, después de haber escogido una, derivó hábilmente la conversación hacia el terreno que por lo visto tenía preparado. Con cierto tacto fué interrogando al joyero, quien, al ver el interés que por su salud le demostraba, fué contestando con gran prolijidad a las preguntas de mi amigo Almansa. Fué una verdadera consulta que duró cerca de una hora. Al despedirnos, el joyero y mi amigo dejaron selladas sus mutuas simpatías con un fuerte apretón de manos.

INDUDABLEMENTE — dijo el doctor cuando abandonamos el establecimiento del señor Simons — se trata, como suponía, de un carácter histérico. Los individuos así clasificados están faltos de poder inhibitorio, es decir, del poder de frenar sus propios impulsos; de



— ¿Cuánto tiempo lleva usted de servicio, guardia?

— Doce años.

— ¿Ha sufrido usted castigos?

— ¡Ni uno!

— ¿Se puede tener confianza en usted?

— ¡Absoluta!

— Pues haga el favor de indicarme el camino de la estación.

(De Moustique)

ALMANAQUE ROSA 1931

publicado por
LA NOVELA ROSA

9 libros en 1:

3 novelas completas

Doce diálogos, por *Domingo de Fuenmayor*. Optimismo, por *Ildo Gir*. El extraño caso de Víctor Silverio, por *Luis G. Soria*.

1 libro de versos

Album poético hispanoamericano. *Versos de los mejores poetas de antes y de ahora*.

1 libro de arte

La Virgen en la Pintura. *Reproducción fotográfica de los más bellos cuadros de la Virgen* (en papel couché).

1 libro de reportajes

Gabriel Miró. La vida ejemplar de Gutiérrez Gamero. Las «estrellas» apagadas: Rodolfo Valentino y Lon Chaney. (En papel couché, con fotografías.)

1 enciclopedia de amenidades

Ideas de (Costa, de Gavinet, de Larra, etc.) Chistes. Historietas. Pasatiempos. **Concursos originalísimos, con más de quinientos premios en lotes de libros y discos de gramófono.**

1 libro de literatura infantil

Cuento para niños, por *Domingo*. Princesita, por *Sánchez Tena*. La historia de la oca, *historieta profusamente ilustrada*.

1 libro de información bibliográfica

Reproducción de los principales capítulos, profusamente ilustrados, de:

La casa de la Troya, por *A. Pérez Lugín*. Esplendor y ocaso de los Romanof, por *Ana Wyrubowa*. En auto a través de los Continentes, por *Clara Stinnes*. El secreto de la vida de las plantas, por *James Small*. Cómo vivir con 24 horas al día, por *Arnold Bennett*.

Ilustraciones de Bocquet, Bosch, Longoria y otros notables dibujantes.

Precio del ejemplar: 2 pesetas

Para recibirlo en su casa, remita este boletín a su librero:

Señor

Muy Sr. mío:

Sírvase remitirme ejemplar.... a pesetas 2 cada ejemplar, del ALMANAQUE ROSA 1931, publicado por LA NOVELA ROSA (Editorial Juventud, Provenza, 216, Barcelona). El importe de pesetas se lo remito por

Fecha

193...

Dirección:

Firma

EDITORIAL JUVENTUD, S. A.
PROVENZA, 216 BARCELONA

voluntad débil en cuanto se refiere a la innervación orgánica, pero dotados de energía sorprendente si tratan de conseguir un fin deseado. La sugestión y aun la autosugestión son en ellos cosa fácil, y la idea sugerida tiende a modelar e inspirar sus actos. No es de extrañar, pues, que su conducta sea unas veces admirable y otras insoportable, ni que la rapidez con que se suceden estos cambios súbitos haga aparecer la individualidad psíquica no como simple, sino como compuesta de dos o varias distintas. De ahí que en ciertos estados de sonambulismo — y este puede ser el caso del señor Simons — el desdoblamiento de la personalidad sea un hecho patente y, por lo tanto, el paciente llega a mostrarse en diversos momentos completamente cambiado. Durante este aspecto a veces el paciente puede llevar a término actos tan complicados y diversos que demuestran por sí mismos gran agudeza de sentidos y extrema sensibilidad nerviosa, y aunque generalmente su aspecto ya demuestra que está bajo el influjo de un delirio, a veces también se ofrecen casos en que el enfermo pasa por condiciones bien diversas. Por lo tanto, yo creo que en el suceso del señor Simons no hay robo. Bien pudiera ser que este señor, influido por los trastornos morales irrogados por la supuesta conducta equívoca de su cuñado, haya exacerbado su dolencia, una dolencia de antiguo contraída por ley de herencia, por traumatismo, anemia, o por alguna enfermedad infecciosa, el tifus por ejemplo.

Hizo una pausa para resumir las ideas y prosiguió:

— Así, pues, aunque a vosotros los profanos esto os parezca cosa de charlatanería, yo creo que el señor Simons es un caso de los descritos. Bien pudiera ser que en su nuevo estado, es decir, en su hipnosis haya escondido las joyas en un lugar determinado y difícil de hallar. Piensa en las circunstancias en que se ha cometido el robo, piensa que según testifican los familiares ese señor pasaba muchas horas de la noche fuera de casa, y piensa también que estos estados de nervosismo de que da muestras en el transcurso de la conversación, son claros indicios de que se trata de un verdadero caso histérico. Ahora a ti toca averiguarlo. Si todo es como supongo, me daré por satisfecho haber contribuido a esclarecer un caso que, no lo dudo, a todo el mundo podrá parecerle misterioso y como cosa de brujería. Confío en que tu perspicacia y sagacidad lograrán desentrañar el fin de esta historia tan extraordinaria, y que dentro de poco me darás noticias satisfactorias de la misma.

He de confesar que las palabras de mi amigo el doctor fueron para mí una revelación. Yo jamás había creído ni imaginado siquiera que el señor Simons tuviese algo que ver en el asunto, y si las teorías del doctor se comprobaban, entonces se demostraría de una manera palpable que muchas de las deducciones y suposiciones mías no eran ni más hábiles ni más lógicas que las absurdas del inspector Treviño, a quien yo para mis adentros tanto censuraba.

ASI, pues, dispuesto a llevar a la práctica los consejos de mi amigo, aquel mismo día me puse en relación con la señorita María Enriqueta, a quien expuse con todo detalle mis planes. Ella los aprobó en absoluto, aunque un poco trastornada a causa de la supuesta enfermedad de su hermano, pues muy

lejos estaba de admitir como verídica la opinión del doctor Almansa.

Estos proyectos consistían en establecer estrecha vigilancia alrededor del señor Simons, tanto diurna como nocturna. Para ello destacaríamos tres de nuestros empleados, a fin de que espíaran todos los actos y las acciones del joyero.

Durante varias noches no ocurrió nada digno de mención. El señor Simons salía con frecuencia por las noches prudentemente seguido por nuestros agentes, pero después de deambular por las Ramblas durante varias horas, sin fin determinado al parecer, regresaba a su casa, algunas veces ya muy entrada la madrugada. Otras veces pasaba las veladas encerrado en su despacho revolviendo libros y hasta, algunas, trazando dibujos de probables modelos de joyas.

Pero una noche, cuando estaba ya acostado, recibí aviso de que me personara inmediatamente en casa del joyero. Me vestí precipitadamente y tomando un coche llegué al poco rato a la calle de Fernando.

En el portal de la casa del señor Simons aguardaba ya, impaciente, otro de mis agentes. En pocas palabras me comunicó que el joyero hacía largo rato había bajado al establecimiento y encerrándose en él. El momento era oportuno. Penetré en la escalera y cuando me agaché a fin de observar por el ojo de la cerradura vi con gran sorpresa que la puerta cedía ligeramente. Por lo visto, a causa de algo inexplicable, el joyero, desmintiendo la afirmación de mi agente, había olvidado de cerrar la puerta. La impulsé un poco y a través de la abertura pude ver al señor Simons que, sentado casi de espaldas a mí, examinaba, al parecer con gran detención, algo que supuse serían joyas, las cuales iba extrayendo de una pequeña caja que tenía ante sí. Luego vi cómo se levantaba llevándose consigo la cajita y desaparecía tras una puerta escusada que había junto a la vitrina lateral de la tienda. Al poco rato, y mirando desconfiado por todas partes, volvía a salir ya más apresuradamente, tan apresuradamente que a poco no somos sorprendidos. Una vez en la puerta, cerró de nuevo y salió a la calle en dirección a las Ramblas. Nosotros, que nos habíamos ocultado en el quiosco de la portería, salimos precipitadamente en su seguimiento, pero ya nada de particular vimos en su actitud, hasta que por fin se retiró a su casa cuando daban exactamente las cuatro en el reloj de la catedral.

Al día siguiente, aprovechando un momento en que el señor Simons se hallaba ausente del establecimiento, la señorita María Enriqueta y yo, puestos de acuerdo — y con gran sorpresa de los dependientes — practicamos un registro en la habitación en donde el señor Simons había ocultado el cofrecito. Después de laboriosa búsqueda, arriba, en el techo, descubrimos un pequeño bote muy bien disimulado por unos estuches de madera. Introduje el brazo y en seguida di con un cuerpo duro. Era el mismo cofrecito que yo había visto en manos del señor Simons, el cual, una vez abierto, vimos contenía un sin fin de joyas de gran valor. Dejamos de nuevo la caja en el mismo lugar y convinimos con la hermana del joyero el plan que había de poner punto final al asunto.

Mi plan consistía en pedir al señor Simons que consintiera en que yo practicara un registro en la joyería.

Este, al conocer mis deseos una hora después, accedió a ello, aunque dando muestras de gran excepticismo. Pero cuando tras una bien fingida investigación di con el escondrijo que ocultaba el cofrecito, el joyero se quedó tan sorprendido y emocionado, que no acertaba con la frase que había de explicar su estupefacción. Y cuando ya más repuesto se disponía a hacer conjeturas sobre quién o quiénes podían ser los autores del robo, yo le atajé diciendo:

— Señor Simons, nadie sino el doctor Almansa podrá desentrañarle a usted la clave de este misterio. Consúltelo usted; es un buen investigador y mejor médico.

Y ante la nueva sorpresa del joyero por mis palabras, añadí:

— El ladrón, puesto que no existe, no es preciso buscarle por ninguna parte. El señor Labielle nos perdonará el falso testimonio que le inferimos. Mañana re-

gresará a Barcelona, ya completamente restablecido de su enfermedad. Es necesario que se reconcilien ustedes de sus pequeñas diferencias. El doctor Almansa a buen seguro se lo aconsejará así también. Vaya usted a verle, se lo recomiendo encarecidamente.

Y después de esto poco más me ocupé del asunto. Sólo sé que el señor Simons, reconciliado con su cuñado, emprendió un viaje de recreo por el extranjero acompañado de su hermana, siguiendo los consejos de mi amigo el doctor Almansa. Lo que no sé, ni he pretendido saberlo, es cómo se las arreglaría la policía para descubrir a los autores del robo. Sin duda alguna todavía andan buscándolos dada la pertinacia y sagacidad del señor Treviño, pomposamente llamado tiempo después jefe de la policía de Barcelona.

La "Modelo", es decir, la Prisión Celular de Barcelona, por dentro

(Continuación de la página 8)

¡Dos duros al mes para combatir la ignorancia, es decir, para cerrar la puerta del todo abierta a la delincuencia!

Continúa el maestro:

— Tal es la escasez de material, que, habiéndome pedido uno de esos muchachos que aprenden a escribir permiso para dirigir unas letras a su familia, le he dicho que aprovechara el cuaderno de prácticas de escritura, haciendo al propio tiempo trabajo de clase... Va usted a ver.

Y dirigiéndose al muchacho, que tendrá apenas diez y ocho años, le pide el cuaderno y me lo pone en las manos.

Leo, escrito con trazos inseguros, lo que sigue: «Querida madre: Cuando salga de la cárcel, te prometo ser bueno y no volver a robar...»

El consuelo del trabajo

DIGAME, la libertad aparte, ¿qué es lo que más desean los presos? — preguntó.

— Trabajar. Los hay que, siendo díscolos por naturaleza, reprimen hasta lo indecible su temperamento, a fin de que ninguna falta les impida ser escogidos para el trabajo.

— ¿Y en qué se trabaja aquí?

— Hay un taller de alpargatería y una imprenta. Esta última instalada a la moderna y dirigida por un «maestro libre», es decir, por un técnico que no es de la cárcel. ¿Quiere usted verla?

Vi la imprenta, cuyos trabajos honrarían cualquier tipografía de las buenas, y vi también la alpargatería y una sección anexa de cestería. En todas partes comprobé que reinaba el buen humor. El trabajo sana y remoja el espíritu; y esto en parte alguna es más necesario que en una cárcel... He aquí el secreto del anhelo laborioso de los presos.

Cruzábamos un corredor, cuando, de pronto, a cierta distancia y tras una reja, vimos un grupo integrado por unos veinte presos que, dirigidos por dos monjas, mondaban patatas.

La explicación fué instantánea:

— Son los homosexuales. Aquí, hasta ellos quieren trabajar...

«Usted tiene los ojos así...»

La puerta de salida está cerca. Parece que actúa en mí una sensación inexplicable, pero con evidentes reflejos físicos, que me hace notar intensamente la proximidad de la calle, de la libertad, del mundo sin rejas.

Sin embargo, el ayudante Albadalejo me retiene aún, en su loable empeño de que no quede rincón que yo no vea:

— ¡Un minuto nada más! Le falta ver la sección de antropometría; es interesantísima, incluso para los profanos.

Lo es, en efecto. La sección, instalada en una habitación espaciosa y clara, es complicada, a fuerza de minuciosidad en la organización. Ficheros inmensos; colecciones impresionantes de datos; lupas; aparatos de medir.

Mi acompañante señala un mueble, mientras explica:

— Aquí están las huellas dactilares de cuantos han pasado por esta cárcel. Como sabrá usted, no hay dos personas en el mundo con las marcas digitales idénticas; la reproducción de un rostro puede engañar, la de un pulgar, no.

No sé qué idea pasa por mi cerebro, ya que me entra una rara satisfacción al pensar que no hay allí huella digital alguna que pueda confundirse con las de mis dedos. Y así se lo digo a mi interlocutor...

Entonces éste, sonriendo, se acerca a un cuadro colgado en la pared.

— ¿Ve usted? Aquí están reproducidos los doce colores que puede tener el ojo humano. Vamos a ver, por curiosidad, cuál es el que corresponde a usted... Este, no; éste tampoco; tal vez el sexto... No, no. ¡Aquí está! Mire, es el décimo... Usted tiene los ojos así...

Fué una puerilidad, lo reconozco, pero sentí unos deseos terribles de echar a correr...

...Palabra de honor, lectores.

DOS OBRAS ÚLTIMAMENTE PUBLICADAS EN LA COLECCIÓN
LOS GRANDES HOMBRES



BÉCQUER

POR

JOSÉ ANDRÉS VAZQUEZ

La vida brevísima del autor de las *Rimas* no abunda en hechos trascendentales, pero sí tiene en cada uno de sus pasos un mundo infinito de ideas y sentimientos, que sólo un espíritu delicado y puro como el suyo era capaz de percibir. Y José Andrés Vázquez, en esta obra, ha sabido ir descomponiendo ese mundo becqueriano del sentimiento y de la idea con una precisión y delicadeza dignas del respeto que merece el incomparable poeta sevillano.



RUBÉN DARÍO

POR

GUILLERMO DÍAZ PLAJA

La figura de Rubén Darío, tan conocida por el fervor que ha suscitado su obra, estudiada en aspectos parciales por numerosos ensayistas, se encuentra falta de estudios que la enfoquen de una manera global, en la totalidad de su trascendencia. Esta obra constituye quizá la más completa aportación crítica que se ha publicado sobre la obra del gran poeta, y presta un servicio importantísimo a todo el que se interese por la figura del lírico de Nicaragua.

UN TOMO CON NUMEROSAS ILUSTRACIONES

En tela y oro 4 pesetas

En rústica 3 »

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.

EDITORES

Calle de la Diputación, núm. 211.

Barcelona

LIBRERÍA «EL HOGAR Y LA MODA», Valverde, 30 y 32. — Madrid

COMO DEBO COMPORTARME EN SOCIEDAD

MANUAL DE PRÁCTICAS SOCIALES

por la

DOCTORA FANNY

Utilísimo manual para el trato en bodas, bautizos, lutos, invitaciones, comidas de etiqueta, bailes, cambios y ofertas de domicilio, reuniones, correspondencia y, en general, para cuanto se refiera al trato de sociedad.

La educación. — El traje.

Las modas. — La habitación.

Los criados. — En la calle.

En viaje. — En la mesa, etc.

Un tomo de cerca de 200 páginas 2 pías.

De venta en todas las librerías de España y América y en la Administración de

GRAN PROYECTOR

Diputación, 211. — BARCELONA

Valverde, 30 y 32. — MADRID

Si no lo encuentra en su localidad, utilice el siguiente cupón, que le da derecho a recibirlo franco de portes en su domicilio.

GRAN PROYECTOR

Agradeceré me remitan un ejemplar de *Cómo debo comportarme en Sociedad*, por la Doctora Fanny, cuyo importe de 2 pesetas remito por giro postal n.º — adjunto en sellos de correo (certificando la carta).

Nombre
Domicilio
Población
Provincia
Fecha

Atracadores y Ratas de Hotel

(Continuación de la página 39)

nomina reventadores de escaparates. Son estos los infantiles criminales precoces, educados en el ambiente fatal del delito, que quieren emular con sus hechos las glorias tristes de los hombres delincuentes.

En todas las grandes poblaciones existen niños ya con el alma encenagada en el crimen, temerarios, impulsivos, de un valor grande, arrojados, que no temen a nada ni a nadie, capaces de las mayores infamias, sólo por el placer de poder destacarse entre sus congéneres y vanagloriarse ante los criminales hombres de sus hechos nefastos.

Estos tiernos vástagos del crimen son los ladrones de escaparates de joyerías, que desvalijan con temeridad inaudita en pleno día y muchas veces en el centro de las poblaciones. Generalmente, los escaparates que hacen objeto de sus rapiñas son los portátiles que los joyeros y plateros colocan en las puertas de los comercios, obstruyendo la mitad de la entrada, y en los portales. Varios de los precoces *atrachadores* se colocan ante los escaparates, tapando la exposición con sus cuerpos, evitando que cualquier transeúnte pueda pararse curioso. Mientras uno de ellos levanta con una palanqueta y con suavidad para evitar ser oído, una de las tablas del costado, rompiendo la tela interior; si hay espejo, lo corre hacia dentro, y mete la mano apoderándose de los estuches y tiras de alhajas expuestos, empleando para ello un gancho de alambre.

Los *reventadores de escaparates* trabajan tan cautos y con tal rapidez, que es raro puedan ser sorprendidos en su faena, pues, además, por la edad y lo diminuto de su cuerpo, alejan toda sospecha de robo.

Desgraciadamente, este tipo precoz de la delincuencia deja, con harta frecuencia, huellas dolorosas de su paso, sumiendo en un mar de confusiones a la Policía, pues, por la forma en que están ejecutados dichos robos, jamás puede sospecharse que las tiernas inteligencias de los niños los hayan planeado, y menos que éstos sean los autores.

Cloroformistas

OTRAS de las plantas del género de los *atrachadores* son los *cloroformistas*. Estos individuos de la delincuencia moderna pululan en los grandes establecimientos de recreo donde se juega fuerte, en los puertos comerciales, como Dunquerque, Havre, Marsella, Hamburgo, Génova y otros, y en las más importantes capitales europeas y americanas.

Los *cloroformistas* son terribles en sus operaciones, dejando víctimas a su paso y escapando casi siempre sin que el peso de la ley caiga sobre sus cabezas malditas.

La impunidad en que se quedan sus hechos — pues las víctimas son enteradas sin que se sospeche que sucumbieron a los efectos de la anestesia, — les alienta cada vez más en su labor criminal.

Trabajan en los trenes, en los bancos, en los restaurantes, en los hoteles; alquilan lujosas villas donde llevan a sus víctimas aprovechando el descuido, la soledad y las sombras de la noche para caer sobre la presa, a la que duermen y desvalijan.

Los *cloroformistas* ocultan los frasquitos del veneno en el forro del chaleco o en el interior del sombrero. Los frasquitos son de cristal negro, pues ellos saben que la luz y el aire descomponen el cloroformo.

Tan extraños criminales forman asociaciones perfectamente organizadas, como la de que se tienen noticias que fué fundada en Chicago hace algunos años.

Además del cloroformo — unas gotas del cual puestas en una esponja o en un pañuelo y éste sobre la cara de la víctima bastan para adormecer y aun para causar la muerte — los *cloroformistas* o adormecedores utilizan otras clases de venenos como anestésicos.

Las autoridades de todos los países han comenzado seriamente a preocuparse del número excesivo de personas que aparecen muertas en hoteles, barcos, trenes y casas aisladas, con todos los síntomas de haber sucumbido naturalmente, muchas de las cuales sólo fueron víctimas de los terribles *cloroformistas*.

Ratas de hotel

EL tipo más interesante de esta naturaleza es el llamado *rata de hotel*, cuya fastuosidad en la apariencia aleja toda sospecha. Se hospedan estos *atrachadores* en los mejores hoteles, tomando las más lujosas y caras habitaciones. Durante la noche y vistiendo un traje de malla negro o un pijama y cubriendo por completo sus cabezas con un casquete de igual color con dos agujeros a la altura de los ojos, o solamente un antifaz, se deslizan por los pasillos, cuya topografía conocen previamente, en busca del cuarto, también elegido de antemano, que saben hospeda algún huésped potentado. Para entrar se valen de *ganzúas* especiales con las que operan en silencio no importándoles que las cerraduras tengan por dentro la llave puesta, pues con unos alicates especiales la cogen fuertemente por la punta y la hacen girar, descorriendo los pestillos.

Ya dentro de la habitación, si no son sentidos, en silencio llegan al pie de la cama y hacen respirar a la víctima un pañuelo impregnado en cloroformo, que la adormece, procediendo entonces libremente al despojo, aunque a veces maniobran tan sigilosamente, que no utilizan el cloroformo para operar. Si son sentidos, antes que aquélla pueda evitar el atraco pidiendo auxilio, con una porra metálica, o de goma, llamada *defensa*, que llevan a prevención, sacuden algunos golpes sobre su cabeza, haciéndole perder el sentido, procediendo a atar sus brazos y piernas y poniendo sobre su boca una mordaza. Ejecutan el robo con la mayor prontitud desvalijando los bolsillos de los trajes, y las maletas, desapareciendo por el mismo camino que llegaron, con el fruto de su rapiña, y marchándose del hotel en las primeras horas de la mañana, antes de que sea descubierto su hecho delictivo.

Para evitar en parte el atraco de estos misteriosos delincuentes y ser víctimas del *sueño dorado*, como se llama este delito, lo mejor es colgar de la llave, después de cerrada la puerta, una de las sillas de la habitación, pues si dan vuelta a la llave por fuera y abren la puerta o bien fracturan la cerradura, han de hacer caer irremisiblemente la



Obras recomendables para la educación de los hijos

Escritas con la competencia, veracidad y concisión que requiere tan delicada materia para ser verdaderamente provechosa y útil.

HACE FALTA UN MUCHACHO, por Arturo Cuyás 5 ptas.

SUEÑOS DE TRIBILÍN, por Arturo Cuyás. 4'50 »

LOS HIJOS BIEN EDUCADOS, por el Dr. Saimbraum 2 »

COMO SE CRIAN SANOS NUESTROS HIJOS, por el Dr. Vázquez Yepes 2'50 »

PARA EDUCAR AL NIÑO, por el Dr. Eleizegui 2'50 »

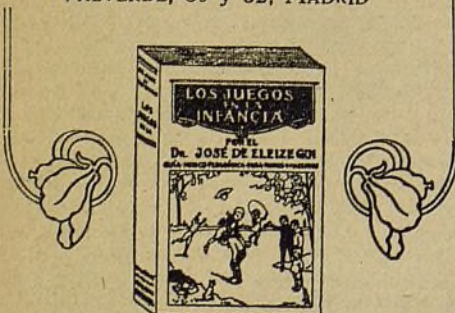
LOS JUEGOS EN LA INFANCIA, por el Dr. Eleizegui 2'50 »

De venta en todas las librerías de España y América.

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
EDITORES

DIPUTACIÓN, 211, — BARCELONA

Librería «El Hogar y la Moda»
VALVERDE, 30 y 32, MADRID



silla, con el consiguiente estrépito, lo que despertará a la futura víctima, causando la huida más que aprisa del noctámbulo *raita de hotel*.

También una de las mejores precauciones contra estos despreciables sujetos es depositar joyas y valores en la caja del hotel, con lo que se evitará ser despojado de ellos.

Seis Bandidos, Seis Minutos y 600,000 dólares

(Continuación de la página 43)

Los policías encontraron a este personaje en su domicilio, completamente borracho y llorando abundantemente. — ¿Por qué llora usted? — le preguntaron los detectives.

— ¡Ay, ay, ay! — gimió Tesciona. — ¡mi mujer se ha marchado con 2,000 dólares que yo había sacado de una venta de licor que acababa de hacer!...

— Bueno, bueno — le dijo uno de los detectives. — Végase usted con nosotros y veremos de encontrar a su esposa con el dinero que le ha quitado.

Y mientras se detenía al italiano en la Jefatura, la policía se presentaba en una casa de la calle número Ciento Seis, a cuya dirección se había encontrado una carta dirigida a nombre del lacrimoso vendedor de licores.

La casa en cuestión era una torrecita aislada en las afueras de la ciudad, detrás de la cual se había construido un doble garage.

Los colonos de la torre informaron a los policías de que el dueño Frank Tesciona utilizaba siempre uno de los dos garages, y algunas veces ocupaba las habitaciones de encima del mismo. También declararon que la noche del 8 de octubre habían llegado tres automóviles, cuyos ocupantes hicieron unas maniobras muy extrañas, ayudados por Frank Tesciona.

Al registrar las habitaciones de Tesciona encontraron los policías dos revólveres y un cartucho de doce balas; observando sobre el fangoso suelo del garage, huellas de un reciente levantamiento de su superficie.

Escarbado el piso, el oficial Willis pudo desenterrar un cofre conteniendo valores por un total de 39,995 dólares, junto con varios relojes, sortijas de brillantes, etc.; todo lo cual fué identificado como una parte del botín del robo del camión correo.

El 12 de octubre, cediendo al fin a los reiterados interrogatorios de la policía, Dago Frank Tesciona explicó su complicidad en el robo.

Al saber «Chuck» Wagner que las habladurías de Tesciona les habían delatado, le acusó de una serie de delitos, y aun negándose a admitir su cooperación en el robo del camión correo, acompañó el capitán Cato y a los inspectores postales a un local de las cercanías de Long Beach, donde les enseñó una caja de herramientas conteniendo un pliego de certificados por un importe total de 300,000 dólares, bonos, cheques de la Asociación de Banqueros y cupones valorados en 99,585'65 dólares, joyas diversas y dos pistolas Colt, quitadas a la dotación del camión correo.

Conclusión

TALES son los diferentes y pintorescos tipos de la familia de los *atraca-dores*, esos terribles criminales que, en la mayoría de las ocasiones, hacen uso de las armas blancas y de fuego, sin reparar en verter sangre humana, con tal de conseguir sus nefastos propósitos.

Al siguiente día, una batida de maulantes frecuentados por Wagner, permitió saber que éste había estado íntimamente asociado con un tal Jorge Davidson, conocido por el nombre de Jack.

Davidson fué detenido en su domicilio, y acosado por las preguntas de los detectives, acabó confesando su colaboración en el robo del correo, llevando luego a los policías a su garage, donde había escondido 2,000 dólares en metálico.

El mismo Davidson fué el que identificó por un retrato a un tal Harry Burke, alias Braekett, alias el Kid, uno de los confederados en el crimen.

Púsose inmediatamente la policía sobre la pista de Burke, pero enterado el bandido por los periódicos de la detención de sus cómplices, se había puesto en guardia y no fué posible dar con su paradero. En vista de ello, se envió al departamento de Policía de todas las localidades de la provincia, una fotografía de Harry Burke, acompañada de un boletín con sus señas personales.

Entretanto, la policía había descubierto que otro de los amigos de Wagner, un llamado Sammy Shapiro, alias Sandbergo, había tomado también parte en el asalto del camión correo.

Desgraciadamente, Shapiro había partido hacia Leavenworth (Kansas) al día siguiente al de autos.

Informóse inmediatamente a la policía de Kansas de que Sandberg estaba reclamado por los Tribunales de Los Angeles, y cuando el joven llegó a dicho territorio, en la mañana del 13 de octubre, de paso para Leavenworth, fué



— Bribón, me has quitado la cartera.
— Habrá sido distraídamente. Hoy es mi santo y no trabajo.

(De L'Esquella de la Torratxa)

detenido por la policía local y reexpedido al punto de su procedencia, a pesar de que, al encontrarse encima nueve cientos dólares en metálico, dijo que ni siquiera estaba enterado de que se hubiera cometido el robo.

Mientras tanto, J. M. Johnson, chófer del camión asaltado, J. A. Burke, vigilante, y P. M. Vestal, auxiliar, habían identificado positivamente a Cargo, Wagner, Tesciona y Davidson y a los dos individuos de las fotografías de Wagner, declarando que eran, efectivamente los seis atracadores del camión correo.

DEL conjunto de confesiones hechas por los bandidos se dedujo que el robo había sido concebido y llevado a cabo en la siguiente forma:

Santberg y Wagner, reclusos en la Cárcel Nacional por otro robo que habían perpetrado juntos, se habían hecho amigos de «Herb» Wilson, un notable ladrón de correos, que a la sazón estaba cumpliendo condena por sus innumerables crímenes.

«Herb», cuyas hazañas gozaban de la mayor popularidad en el penal, encontró en Wagner y en Sandberg dos aprovechados y entusiastas discípulos, a quienes no tardó en iniciar en los secretos de su «especialidad». Explicóles la diferencia existente entre el correo corriente y el correo certificado, descubriéndoles la importancia muchas veces extraordinaria, del contenido de los sacos de este último correo. Informóles, además, entre otras cosas, de que los camiones correos no iban custodiados más que por el chófer, un vigilante y un auxiliar.

Tales relatos y lecciones acabaron trastornando a Wagner y a Sandberg, hasta tal punto de que, un mes después de su libertad, los dos discípulos de «Herb» se decidían a dar el golpe de la noche, del 8 de octubre.

A los quince días habían reclutado a todos sus colaboradores; excepto a Robert Cargo, que no entró en la banda hasta última hora.

Sandberg, Wagner y Tesciona planearon el asunto. Davidson y Burke facilitaron los automóviles empleados.

Después del asalto, Tesciona condujo a sus cómplices a su departamento del suburbio, en cuyo garage dejaron los coches. Los sacos de correo fueron transportados a sus habitaciones, donde se extrajo su contenido.

Este se componía de 30,000 dólares en metálico, que Sandberg dividió y repartió en seis partes iguales; y de una serie de valores de todas clases que ascendían a 370,000 dólares.

Después del reparto del dinero efectivo Sandberg anunció su partida para Ledvenworth, donde podría liquidar las joyas y los valores que quedaban entre tanto en poder de Tesciona.

En cuanto a los coches, fueron conducidos a un distrito lejano y abandonados.

Hecho todo esto, la pandilla regresó a la ciudad. Al día siguiente Tesciona y su mujer sacaron del cofre en que habían quedado los valores dos pulseras de platino y brillantes, algunos relojes y varias sortijas de diamantes, junto con 40,000 dólares en bonos y acciones, y lo trasladaron a su departamento del sudeste, escondiéndolo debajo del piso del garage.

Tesciona regresó luego a su domicilio de la ciudad, donde se reunió con Chuck Wagner, procediendo entre los dos a trasladar a Long Beach el cofre que Wagner suponía contenía íntegro el resto en efectos del botín.

Pero cuando Tesciona volvió a su casa, se encontró con que su mujer había desaparecido, llevándose sus objetos personales y la parte que a Tesciona le correspondió en el reparto de metálico.

Menos mal que «el que roba a un ladrón...» Pero no le valió a Dorothy Tesciona el proverbio, porque aun cuando las autoridades de Chicago, a donde fué a parar, le reconocieron la atenuante que permite a toda mujer no declarar contra su marido y viceversa, la devolvieron a Los Angeles, despojada de su tesoro.

EL día 14 de octubre se celebró el juicio de los ladrones del camión correo. Y pocos días después, el Tribunal Federal dictaba sentencia contra Cargo, Wagner, Davidson y Sandberg, quienes eran condenados a venticinco años de trabajos forzados en el Penal Federal, en la Isla de Mae Neil.

Franck Tesciona, acusado también de casi todas las partes de los Estados Unidos por varios robos de joyas, fué sentenciado a treinta y dos años de prisión en Mac Neil, también.

Desesperado ante la magnitud de su condena, antes de entrar en la cárcel el rencoroso italiano amenazó a los detectives que le habían descubierto:

— ¡Ay de vosotros cuando salga! ¡He de «pelaros» a todos!

Roberto Cargo, que había estudiado derecho en la escuela nocturna, mientras trabajaba durante el día como mecánico en el garage hasta el día en que aceptó la malhadada invitación de Wagner, pasó al Penal de Atlanta con el cargo de bibliotecario.

EN mayo de 1926, el capitán Cato recibió la noticia de que Harry Burke, el último de los seis ladrones del camión correo, cuyo paradero no se había encontrado, se hallaba en Los Angeles.

Los tenientes Barr, Lloyd y Hawtrey se pusieron sobre la pista del bandido.

Y después de una encarnizada persecución en motocicletas, durante la cual el Oficial Barr disparó varias veces contra el fugitivo (alcanzándole una vez en el hombro), el ladrón abandonó su coche y echó a correr a campo traviesa. Finalmente se refugió en una casa, de donde le sacó pocos minutos más tarde el teniente Hawtrey.

Burke resultó un verdadero «hallazgo» para la policía. Su fama criminal era extraordinaria, y se trataba nada menos que del autor del robo del Banco del Estado en Berlín. 35,000 dólares en bonos, procedentes de este robo, fueron recuperados en Los Angeles, al detenerle.

Además, se pudo identificar que Davidson y Burke eran los célebres «Mutt y Jeff», la terrible pareja de bandidos que fueron el terror de Hollywood y de la parte Este de Los Angeles, varios meses antes del asalto al camión correo.

La esposa de Burke es la famosa Rosa Burke, conocida por el nombre de Rosa Cunningham, que colaboró con Burke y sus cómplices en la comisión de sus numerosas fechorías.

A la hora en que escribimos el presente relato, Rosa Burke está reclamada por el Tribunal de Los Angeles por complicidad en varios robos de Bancos, cometidos después de la encarcelación de su marido, condenado a pasar venticinco años de «vacaciones» en la isla de Mac Neil, la terrible penitenciaría americana, donde los seis bandidos maldecirán mucho más de seis veces... los seis minutos empleados en el robo fatal de los 600,000 dólares...

Una colección recomendable de obras de **HIGIENE Y GIMNASIA** Para el campo y el hogar



Salud, Fuerza y Belleza por medio de la Gimnasia Sueca, por el Doctor Saimbraum.

Un tomo de 149 páginas, 2 pesetas.

Teoría y Práctica de la Gimnasia Respiratoria, por el Dr. Saimbraum.

Un tomo de 152 páginas, 2 pesetas.

Gimnasia de las Profesiones, por el Dr. Saimbraum.

Un tomo de 155 páginas, 2 pesetas.

Higiene Moderna, por el Doctor Juan Bardina.

Un tomo de 339 páginas, 5 pesetas.

Los Baños de Aire, de Luz y de Sol en Casa, por el Dr. Monteuius.

Un tomo de 324 páginas, 5 pesetas.

Para ser Fuertes, por William Blaikie.

Un tomo de 417 páginas, 5 pesetas.

La Higiene Sexual, y sus Consecuencias Morales, por el Dr. Ribbing.

Un tomo de 509 páginas, 5 pesetas.

La Vida Sexual Normal y Psicopatológica, por el Dr. Mesonero Romanos.

Un tomo de 200 páginas: en tela, 4 pesetas; en rústica, 2'50 pesetas.



De venta en las buenas librerías de España y América y en las siguientes, que las remiten franco de portes anticipando por giro postal o en sellos de correo el importe de las obras:

Sociedad General de Publicaciones, S. A.

Diputación, 211. — BARCELONA

LIBRERÍA «EL HOGAR Y LA MODA»

Valverde, 30 y 32. — MADRID

Entreteno sus ocios con amenas lecturas

Para ello ninguna publicación más indicada que "LA NOVELA ROSA"

Tiene la experiencia de sus siete años de contacto continuo con el público. Tiene montado un cuerpo de asesores literarios encargados de seleccionar las mejores novelas que aparecen en España y en el extranjero.

Ha tenido el acierto de familiarizar entre el público de habla española nombres como los de Muñoz Pabón, Aguilar Catena, Berta Ruck, Concordia Merrel, María Sepúlveda y otros prestigiosos novelistas. Observe como anualmente renueva sus aciertos descubriendo a nuevos autores.

Tiene el aliciente de publicar libros para todos los gustos, que pueden llevarse al hogar y pueden ser leídos por toda la familia.

Desde este año, "LA NOVELA ROSA" publica cada quincena, además de la novela inédita, una reimpresión de gran éxito. Pida a su librero que le reserve las reimpresiones que Ud. no conozca, pues todas ellas son novelas de gran éxito que se agotaron rápidamente.

Le ofrecemos nuestro nuevo departamento de ventas a plazos

Libros publicados en lo que va de año

Precio : 1'50 ptas. volumen corriente

- N.º 227* - Corazones que no se encuentran
- N.º 39 - El secreto de Julia Godoy
- N.º 152 - El alojado
- N.º 80 - Afortunada en amores
- N.º 151 - Las veleidades de Consuelo
- N.º 150 - El ama de llaves
- N.º 112 - La sin nombre
- N.º 226* - Camino difícil
- N.º 103 - La millona
- N.º 148 - Justa y Rufina
- N.º 36 - Yo... no era yo
- N.º 147 - El heredero
- N.º 101 - El Amor y Diana
- N.º 146 - La estatua velada
- N.º 145 - Error

- Berta Ruck
- A. Marín Alcalde
- Berta Ruck
- Berta Ruck
- Carmela Eulate
- Henry Greville
- Concordia Merrel
- Concordia Merrel
- J. F. Muñoz y Pabón
- J. F. Muñoz y Pabón
- Berta Ruck
- Francis H. Burnett
- Concordia Merrel
- M. Maryan
- María Sepúlveda

Los números señalados con * se venden a 2 pesetas.

Pida la lista de los 156 títulos publicados. Entre ellos encontrará las mejores obras de sus autores favoritos. Tenemos existencias de todos los números atrasados.

"LA NOVELA ROSA" se vende en las buenas librerías y en algunos quioscos. Si no la encuentra en su localidad, pida los títulos que desee a los editores que le enviarán los libros contra reembolso.

EDITORIAL JUVENTUD, S. A. - PROVENZA, 216 - BARCELONA

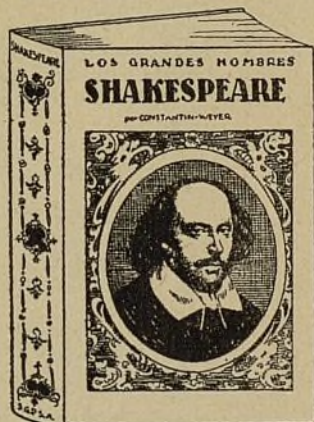
SI LE INTERESA CONOCER LA GRAN OBRA SHAKESPIRIANA EN ÍNTIMA RELACIÓN CON SU AUTOR, LEA LA NOVÍSIMA BIOGRAFÍA

SHAKESPEARE

por M. CONSTANTIN-WEYER

publicada en la colección

LOS GRANDES HOMBRES



El principal mérito de esta obra es—aparte su valor documental y crítico—el acierto de dar a conocer, ligada con su obra, la figura del glorioso dramaturgo, ya de sí poco conocida del público de habla castellana.

Identificado con Constantin-Weyer, aclarando el texto con oportunas y valiosas citas, Miguel Tolledano ha sabido conservar a través de su pulcra traducción lo que pudiéramos llamar la intención, el objeto de su autor, pues, al seguir paso a paso la accidentada vida del creador de *Hamlet*, ayuda al lector a que asista a la lenta formación del espíritu del gran comediógrafo y vaya presenciando la feliz elaboración de sus inmortales obras.

UN TOMO ILUSTRADO CON 32 ARTÍSTICAS FOTOGRAFÍAS:

En rústica 3'50 ptas.
En tela y oro 5'— »

De venta en todas las librerías de España y América.

Si no lo encuentra en su localidad, puede solicitarlo, acompañando su importe, a

SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.

Diputación, núm. 211, Barcelona

Librería El Hogar y la Moda

Valverde, núms. 30 y 32, Madrid

Cascarrabias

(Continuación de la página 46)

más a cuenta, pues iba a perder en el juego de prendas y me proponía imponerle un gran castigo. Y, a propósito del juego de prendas, ¿de quién era el cabello que encontré en la gardenia que usted me dio?

Si la quiere, puede venir a buscarla y se la entregaré.»

El astuto *Cascarrabias* estaba enterado de que Susan había dado a su sobrino Enrique la gardenia a que aludía Virginia y que era la que su sobrino llevaba en el ojal, la noche en que fué atacado para robarle el diamante.

Sus presentimientos no le habían engañado.

Mister Jarvis era un ladrón de levita con ribetes de peligrosísimo seductor.

VOLVAMOS ahora de la capital inglesa y la quinta de mister Bullivant.

El interesado Jarvis se encuentra allí también despreciando las sospechas que recaen sobre él y alucinado con la idea de recuperar la gardenia que tanto le interesa.

La escena que se ofrece a muchos ojos no puede ser más cómica.

Garvis, andando a gatas, busca por el suelo lo que tanto necesita, sin notar la presencia de *Cascarrabias*, que también a gatas se desliza hacia un sofá, donde se oculta.

Por fin el viejo y el ladrón se hallan frente a frente.

Mister Jarvis acaba por darse cuenta de que ha caído en la trampa.

Cascarrabias está enterado de todo.

Y lo que es peor, se ha apoderado de la gardenia comprometedora.

Jarvis quiere escapar, viéndose perdido, pero el fiel criado de mister Bullivant se lo impide.

Aquí se presenta Enrique Sóder, al cual se dirige su tío para preguntarle si la gardenia que le muestra es la misma que Susan le puso en el ojal el día de su llegada a la quinta.

Ante la afirmación del joven, le suplica que le deje a solas con mister Jarvis.

Ya sin más testigos que el fiel criado Buddock, deja el viejo confundido al aventurero al manifestarle que está al tanto de que la policía de Manchester le anda buscando.

Virginia se presenta en este momento.

— ¿Va usted a entregarme la gardenia? — le pregunta. — Pues entonces he ganado.

— Sí, ha ganado — contesta Jarvis forzando una sonrisa.

— Entonces declara usted que ha perdido. ¿No es eso? — añade el viejo riendo de veras, — pero no lo tome tan en serio. Ya sabe lo que dice el refrán. «Desgraciado en el juego...» En fin, vamos a lo que importa. Ya le he dicho que le andan buscando y no es bueno que le encuentren algo encima que le pueda comprometer. ¿Verdad que me comprende usted?

— Le comprendo.

— ¿Pero de qué se trata? — pregunta Virginia.

— Hablábamos precisamente de juegos de prendas, señorita — dice Jarvis con tono sencillo; — y como iba a perder, traje el regalo conmigo. No creo que su abuelo tenga inconveniente en que se lo dé a usted, pero antes deseo enseñárselo a él primero. ¿Me lo permite usted?

ES un regalo muy propio de las circunstancias — dice *Cascarrabias* al aventurero, a la vez que examina el diamante que ha sacado de uno de los tacones en el momento en que se fué Virginia.

Después el mismo aventurero coloca la gardenia en el ojal de *Cascarrabias*, mientras éste admira la sangre fría del ladrón de levita.

En seguida, sin hacer ya caso de Jarvis, se encara con el sumiso criado.

— Estoy lo que se llama vendido — le dice con voz apagada. — ¿Dónde está mi bufanda? ¿Y mis zapatillas? ¡Vamos, hombre! — grita montando en cólera. — ¡Eso que te tiro siempre a la cabeza!... ¿No te acuerdas, idiota?

María Estuardo

(Continuación de la página 48)

doce abades y cerca de cien barones habían respondido a su llamamiento.

Dándose cuenta del peligro, se apresuró Murray a atacar a las fuerzas de la Reina, antes que adquiriesen cohesión, y las derrotó por completo.

Temerosa entonces María de caer en las manos de Murray, cometió la imprudencia de refugiarse en Inglaterra, pidiendo auxilio y amparo a su prima Isabel. Pero no tardó en ver la Reina fugitiva que donde buscaba un asilo se le daba una prisión.

SU poder de seducción, que tantas veces la había salvado, sería esta vez ineficaz.

Isabel era comedianta más astuta que María, y en su duro corazón no hacían mella ni los alegatos razonables ni los ruegos suplicantes.

Comenzó Isabel por encerrar a su prima, a la que escribió luego una carta en la que le declaraba que no se entrevistarían en tanto no se hallase justificada de la acusación que pesaba sobre ella de haber participado en el asesinato de su marido.

Para que la prisionera no se resistiese a comparecer ante los jueces de Inglaterra, le hizo decir secretamente Isabel que se la pondría en libertad aun en el caso de que se la declarase culpable. El proceso iba a ser sólo una fórmula.

Al mismo tiempo aseguraba a Murray que podía estar tranquilo, porque María Estuardo seguiría en la prisión, aun cuando lograrse probar a los jueces su inocencia.

La reina Isabel nombró el tribunal que debía juzgar a su prima. Murray compareció como principal acusador.

Presentó como pruebas cartas de amor y sonetos que la acusada había escrito a Bothwell antes y después de la muerte de Darnley.

Estos documentos probaban una pasión amorosa, que para nadie era un secreto, pero no la complicidad en el asesinato. Los jueces, no atreviéndose a condenar a María Estuardo ni a disgustar a la reina Isabel, se limitaron a abstenerse de fallar.

Este primer proceso de la reina de Escocia tuvo una consecuencia inesperada: el duque de Norfolk, que era uno de los jueces, se enamoró de María.

Determinado a salvarla, se puso en comunicación con los partidarios que tenía la prisionera en España, y trató de sublevar en su favor a los católicos de Inglaterra.

Quedó concertado un plan, en el que tomarían parte los ingleses ayudados por una escuadra española. El complot fué descubierto por haber sido interceptada y traducida una carta que el rey Felipe II de España dirigía a María Estuardo. El infortunado Norfolk fué detenido y decapitado.

LOS protestantes pidieron entonces con violencia que se sometiera a un nuevo juicio a María Estuardo.

La reina de Escocia mantuvo con altanería su derecho a procurar que se la librase del injusto cautiverio en que se la tenía en un país extranjero al que había llegado en busca de amparo.

Isabel pareció comprender la fuerza de estas razones, y no atendió a los que pedían el nuevo procesamiento.

Pero María Estuardo siguió conspirando para recobrar la libertad.

Los protestantes, partidarios de Isabel, acabaron por considerar a la reina de Escocia como una intranquilidad constante y un peligro permanente para el Reino.

Isabel lo creyó también, e hizo votar al Parlamento dos leyes de excepción, en las que se condenaba con la pena de muerte a cuantos fueran declarados culpables de haber conspirado contra la vida de la soberana, y «a los que resultaran favorecidos por estos complots, siempre que tuvieran conocimiento de ellos.»

Este párrafo estaba evidentemente destinado a proporcionar el arma que permitiese librarse de la ya enojosa María Estuardo.

No tardó en presentarse el pretexto. Se comprobó que María seguía conspirando, y el 5 de octubre de 1586 se nombró el tribunal que debía juzgarla.

Tras muchas vacilaciones, se decidió que se hiciera el proceso en el castillo de Fotheringay, propiedad de la reina de Inglaterra.

En todas las sesiones María Estuardo se defendió con indomable resolución, rechazando como falsas varias cartas

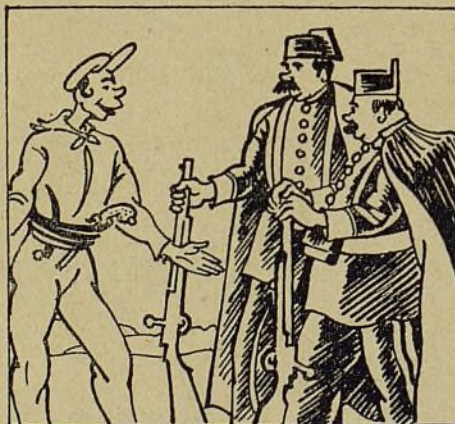
LEVE ERROR, por Prat



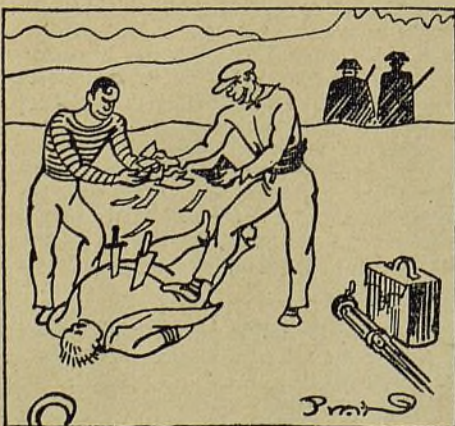
— Atiza, Gutiérrez; un crimen.



— Alto a la Ley.



— Pero, señores; si estamos filmando una película.



— Toma, Pinales. El truquito ha sido de órdago.

que se le presentaron. Pero sus palabras de protesta y sus razones fueron inútiles, porque el tribunal no se había reunido para juzgarla, sino para condenarla a muerte.

El procedimiento seguido era irregular; los jueces incompetentes y parciales.

Walter Scott ha escrito estas palabras severas:

«Las pruebas alegadas contra la reina de Escocia eran tales, que no hubiesen comprometido la vida del más vil de los criminales. Sin embargo, el tribunal tuvo la crueldad y cometió la bajeza de declarar culpable a María Estuardo. El Parlamento de Inglaterra aprobó y ratificó esta inicua sentencia.»

El 7 de febrero del año 1587 se le notificó a la regia condenada que se iba a cumplir el terrible fallo.

María replicó con calma:

— Mi vida ha sido una sucesión de desventuras, y ahora me considero dichosa al ver que le place a Dios librarme de tantos males sirviéndose de mis enemigos.

Protestó nuevamente de su inocencia, y pidió que se la dejase confesar con un sacerdote católico.

Se le negó este derecho, diciendo que era un favor que contrariaba las costumbres. Se le propuso la asistencia de un pastor protestante, que ella no quiso aceptar.

Preguntó que a qué hora sería ejecutada. Y cuando se le dijo que a las ocho de la mañana siguiente, pidió papel para hacer su testamento.

Las últimas horas de su vida fueron enternecedoras y edificantes.

Cuando se le anunció que había llegado el terrible momento, bajó la cabeza y se dirigió a la puerta seguida de sus criados.

El verdugo se acercó a la desventurada para despojarla de las ropas que le cubrían el cuello, y María le rechazó suavemente, diciendo:

— Lo haré yo sola. De esto entiendo más que vos.

La última sorpresa dolorosa fué darse cuenta de que se le iba a dar muerte con hacha, siendo privilegio de los nobles ser decapitados con espada.

El verdugo estaba ganado por la emoción, y tuvo que repetir tres veces el golpe.

Cuando cayó por fin la cabeza, la mostró el ejecutor al pueblo gritando según el uso:

— *God save the Queen Elisabeth* (1).

— ¡De igual modo perezcan todos sus enemigos! — murmuró la multitud.

Así acabó su existencia, a los cuarenta y cuatro años de edad, María Estuardo, reina efímera de Francia y de Escocia. Su accidentada vida provocó grandes pasiones: amores que llegaron hasta el crimen y odios que inspiraron una venganza feroz e infame.

(1) Dios salve a la reina Isabel.

Films Selectos
Sale cada sábado
Cuesta 30 céntimos,
pero vale mucho más.

DICCIONARIOS MANUALES CUYAS

Francés-Español.....	3' - ptas.
Español-Francés.....	3' - ptas.
Los dos tomos en uno.....	5'50 ptas.
Inglés-Español.....	3' - ptas.
Spanish-English.....	3' - ptas.
Los dos tomos en uno.....	5'50 ptas.

De venta en todas las librerías de España y América



De acuerdo con lo ofrecido en nuestro editorial, podemos servir al lector que le interese la novela completa que hemos publicado hasta aquí en folletín, por el mínimo importe de *dos pesetas*. Basta utilizar para ello el siguiente cupón:

GRAN PROYECTOR

Diputación, 211. BARCELONA

Como lector de ese magazine, solicito se me remita
— libre de gastos — un ejemplar de la novela «El hombre
de la litera número 10» por el precio excepcional de dos
pesetas, que remito por giro postal — en sellos de correo.

Nombre.....

Domicilio.....

Población.....

Provincia.....

rio y una vez hubimos pasado atrevidamente su umbral me volví y la cerré con llave.

Se representaba el último número y nadie se ocupó de nosotros. Por suerte, se mostraron asimismo indiferentes a los golpes dados en la puerta que yo había cerrado; golpes que indicaban la presencia allí del *detective*.

— Me parece, amiguito, que por ahora te hemos excluido de nuestros asuntos — observó riendo McKnight.

Los tramoyistas corrían en todas direcciones; los pedazos sueltos de una pared del salón puesto en escena últimamente nos amezaban; sobre nuestras cabezas un cuadro de distribución «cantaba» con un sonido semejante al del agua hirviendo en una tetera. En cualquier parte que nos situáramos interceptábamos el paso. Finalmente, conseguimos cruzar al otro lado del escenario y allí nos encaramos con un hombre que iba en mangas de camisa y que era, por las trazas, el que dirigía aquel caos mediante alguna interjección soltada a intervalos más o menos largos. Al vernos, giró sobre sus talones.

— ¡Hola! — dijo. — ¿En qué puedo servirles?

Yo repliqué:

— Desearíamos saber en qué punto ha sido tomada la última película, si es que tiene usted idea de ello.

— ¿Qué escena? ¿La de la plancha rota..., la del lago..., la de los excursionistas...?

— No. La del expreso de Washington.

El hombre echó una ojeada a mi brazo vendado.

— El letrero dice «a dos millas del lugar del siniestro» — observó McKnight interviniendo, — pero quisiéramos que nos dijera usted qué clase de millas son esas.

— Lo siento de veras, mas no puedo decírselo — replicó el otro con un poco más de cortesía. — Obtenemos esas películas mediante contrato, no las filmamos por nuestra cuenta.

— ¿Y dónde se halla la casa productora?

— En Nueva York.

Se adelantó y asió por un brazo a un galopín que pasaba.

— ¡Eh! ¿A dónde diantres vas con esa silla dorada? ¿Dónde se ha visto eso en una cocina? Si no tienes otra disponible, toma ese trozo de felpa rosa que hay ahí y échalo sobre un cajón. Hará el mismo efecto.

Yo no me había dado cuenta de la profundidad de la emoción, sufrida hasta que me dejé caer en una silla enjugando el sudor que bañaba mis sienes.

El inesperado encuentro con Alison West, seguido casi inmedia-

tamente por la revelación de la película, habíamne dejado anadado y sin fuerzas. McKnight sacó el reloj.

— El señor dice que la casa de películas tiene una sucursal en la parte baja de la ciudad. Si nos vamos ahora mismo, aun nos será posible visitarla hoy.

Llamó a un *cab* y partimos al galope. Al *detective* no se le veía por ningún lado.

— Me hallo muy solo sin él ¡palabra de honor! — dijo Ricardo bromeando.

Los empleados de la empresa cinematográfica se mostraron muy obsequiosos con nosotros y en extremo solícitos. La película había sido filmada en M..., según ellos, es decir, dos millas antes del lugar donde ocurrió la catástrofe. Tales datos no significaban gran cosa; sin embargo, gracias a ellos podíamos iniciar nuestras pesquisas. Yo no regresé a casa, sino que envié al japonés de McKnight a buscar mi ropa. Había resuelto emprender al día siguiente mis investigaciones prescindiendo, si ello era posible, de Johnson. Entre tanto, y aun cuando fuera por última vez, iba a verla a ella aquella noche. Entregué a Stogie una nota para la señora Klopston, y con mi traje de etiqueta llegó el bolso dorado envuelto en un papel de seda.

dido en el intervalo de un segundo; después, mi amigo salió al balcón y se recostó en la barandilla.

— Están furiosos conmigo — nos explicó con desenvoltura; — por eso me vengo aquí. El *bride* da lugar a demasiadas discusiones.

Poco después el calor dispersó a los jugadores, que salieron al balcón a respirar la fresca brisa nocturna, de modo que no volví a hablar a solas con Alison.

Yo dormía aquella noche en casa de mi amigo. El camino de vuelta se anduvo en silencio. Cierta impenetrable reserva se había levantado, por vez primera, entre mi amigo y yo. Era temprano todavía para irse a la cama; por consiguiente, al llegar a casa nos metimos en el saloncillo y nos pusimos a fumar, charlando, mientras tanto, de cosas triviales. Cuando se agotó el tema, ambos guardamos silencio. Por último, Richey abordó el asunto.

— ¿De modo que ella no estuvo en Seal Harbour? — me dijo.

— No.

— ¿Sabes dónde estaba, Lollie?

— Muy cerca de Cresson.

— ¿Y aquel bolso, su bolso, es el que encierra en su interior el collar roto?

— Sí. ¿Comprendes ahora, Richey, que habiéndola dado mi palabra, yo no podía descubrirte su identidad?

— Comprendo muchas cosas — me respondió sin amargura.

Aun continuamos fumando por algún tiempo. Transcurrido éste, Richey se puso en pie, despezándose.

— Amiguito, me voy a la cama. ¿Necesitas mi ayuda?

— No, gracias.

Le oí entrar en su cuarto y cerrar con llave la puerta. Mal momento era aquél para mí, porque una mujer se había interpuesto entre los dos y aquella era la primera nube que ensombrecía nuestra amistad.

un porvenir espléndido. Pero ha preferido poner a la puerta de nuevas oficinas: «Blakeley y McKnight, P. M. H.» sinónimo de «más honrados»...

De mi relativa pobreza a la fortuna de la muchacha que tenía al lado había un solo salto mental. De esta riqueza al abuelo, su depositario, otro salto.

— Tengo curiosidad por saber si cuando nos conocimos ignoraba usted que yo había ido a Pittsburg para ver a su abuelo de usted — dije, de repente.

— ¡Usted! — exclamó ella sorprendida.

— Sí. ¿Se acuerda usted de cierto maletín de piel de cocodrilo, que, como le expliqué, me cambiaron por aquel que usted me quitó del brazo? — Ella hizo un gesto de expectante asentimiento. — Pues bien: en dicho maletín llevaba yo los billetes falsificados por Andy Bronson junto con la declaración firmada del señor Gilmore, que atestiguaba el hecho.

Alison se puso en pie de un salto.

— ¿En aquel maletín? — exclamó. — ¡Oh! ¿Por qué no me lo ha dicho usted antes? Pero... si es ridículo..., triste...; yo hubiera podido...

Se interrumpió bruscamente y volvió a sentarse.

— A decir verdad, no sé si lamentarlo — observó variando de tono. — El señor Bronson era amigo de mi padre. Supongo que... que fué una contrariedad para usted haber perdido esos billetes.

— En efecto, lo fué — concedí; y, a propósito: ¿recuerda..., sabe que aun tengo su bolso en mi poder?

Ella no me contestó en el acto. La sombra de una columna me impedía ver su rostro, si bien adiviné que me estaba mirando con los ojos muy abiertos.

— ¡Que lo tiene «usted»! — exclamó con un hilo de voz apenas perceptible.

— Lo recogí del suelo del tranvía — respondí con alegría fingida.

— ¡Parece bien repleto!

¿Por qué no me hablaba del collar, señor? Una sola palabra de sus labios me hubiera devuelto la tranquilidad.

— ¡Usted! — repitió, horrorizada.

Y entonces saqué el bolso y se lo presenté en la palma de la mano.

— He debido devolvérselo antes, mas después de la catástrofe estuve en cama, como usted sabe.

Ambos nos dimos cuenta al mismo tiempo de la presencia de McKnight. Este había descornado las cortinas y se mantenía inmóvil, contemplándonos. La situación no dejaba lugar a dudas: el bolso dorado, su brazo extendido, mi propia actitud..., todo había suce-

CAPITULO XVI

UNA NUBE ENTRE LOS DOS



En la cena dada aquella noche en casa de los Dallas recuerdo claramente ciertos detalles; otros continuaban obscuros para mí. La señora Dallas pertenecía al «Fomento de la Pesca», o algo por el estilo, porque me fijé en que mientras tomábamos el caviar no hablaba de otra cosa.

Desde hacía veinte años incitaba al Gobierno para que adoptara un proyecto suyo que consistía en prohibir la instalación de molinos y fábricas en las márgenes de los ríos, pues exterminaban la pesca, no sabía si con el humo, con el estrépito que arman, o con algo que tiran al agua.

También creo que estaba allí la señora Dallas; es decir, no lo dudo, estoy seguro. Y con ella vi a una señora vestida de amarillo, a quien ofrecí el brazo para pasar al comedor; justamente ella fué la que separó mis almejas de la cáscara a fin de que yo pudiera comerlas. Mas para mí la sola persona real que se sentó a la mesa fué la muchacha del traje blanco situada frente a mí, la mujercita delicosa que durante la comida estuvo tan brillante como yo embobado. Ni por casualidad miró una vez a donde yo estaba y sólo de cuando en cuando la veía surgir entre las bujías y orquídeas que ornaban la mesa, circundada por una especie de radiante aureola.

En el transcurso de la cena, cuando pasamos del salmón al asado (y, en la conversación, del pescado a la crítica), la señora del traje amarillo se encaró conmigo:

— Confíese usted que somos muy discretos, señor Blakeley — observó. — Todos sabemos por conocer sus aventuras y, no obstante, ningún labio ha pronunciado aún la palabra «sinistro». ¿Verdad que sus sentimientos son idénticos, ahora, a los del superviviente de Waterloo, o algo por el estilo?

— Si lo que ustedes desean es que les hable del descarrilamiento del expreso de Washington — respondí mirando frente a mí, — siento causarles una desilusión, pero no me acuerdo de nada.

— Si es usted capaz de olvidarlo, puede considerarse muy afortunado.

Aquellas eran las primeras palabras que la señorita West me dirigía directamente, y se me subieron a la cabeza.

— No lo he olvidado todo — dije, mirándola por encima de las orquídeas. — Por ejemplo, recuerdo que algún tiempo después, cuando recobré el sentido, una joven, una muchacha bellísima...

— ¡Ah! — exclamó la dama de amarillo inclinándose ávidamente, como para no perder ni una sola de mis palabras.

La señorita West me miraba con frialdad, mas yo había ya empezado y tenía que acabar.

— La muchacha trataba de reanimarme, porque el fuego había prendido por dos veces en mis ropas, según me dijo.

Un estremecimiento sacudió a cuantos estaban en torno de la mesa.

— ¿Y este es el fin del cuento? — preguntó la señora Dallas en tono plañidero. — Vamos, ¡no nos atormente usted! Por fuerza tiene que haber algo más.

— No; esto es todo. Ella ha seguido su camino, yo el mío, y si alguna vez me recuerda, será como a un individuo cuyas piernas flaqueaban, como a un ser débil que se desmayó, cual una mujer, cuando todo había concluido...

— ¿Qué os decía yo? — exclamó en son de triunfo la señora Dalias. — ¡Se desmayó cuando todo había concluido! ¡Aun no nos ha explicado más que el principio de la historia!

En aquel momento yo hubiera dado cualquier cosa por no haber mencionado a la muchacha, pero McKnight se apoderó del tema y lo trató a su manera.

— El verdadero Blakeley — observó, — nunca aparece hasta que no ha alcanzado el grado de ebullición. Dicho síntoma es el que ahora me hace sospechar, aun cuando nada me ha dicho, que está perdiéndamente enamorado de la Dama del Sinistro. Mejor dicho, estoy seguro de ello. El cree que guarda su secreto en lo más recóndito de su alma, pero míradle y convendréis conmigo en que lo lleva escrito en la cara. ¡Miradle!

Yo me revolví en mi asiento tratando de rehuir los sorprendidos ojos de mi vecina de mesa. Con gusto hubiera ahogado a Richey, y asesinado al resto de los presentes.

— ¡Eh, eso no es leal! — dije tan fríamente como pude. — Tengo las manos atadas; sois cinco contra uno.

— ¡Y pensar que se cometió un asesinato en el mismo tren! — exclamó la dama de amarillo, interrumpiéndome. — ¡Qué cúmulo de horrores! ¿Y qué se hizo del muerto, señor Blakeley?

Dando pruebas de gran sentido común, Richey metió baza ahorrándome así la réplica.

— Los buenos pitiburgueses — observó, — van, al morir, según se dice, a *Atlantic City*; por consiguiente, podemos estar seguros de que el caballero «no» fué a la playa.

Por fin concluyó la cena y pasamos al salón. Era evidente que la dueña de la casa no sabía qué hacer con nosotros, porque observó:

— En este tiempo no se encuentran buenos jugadores de *bridge*; todo el mundo está fuera de la ciudad. Y seis personas son tan mal número...

— No así para jugar al *pócher*, querida — insinuó su marido.

El asunto se arregló prescindiendo de mí, triste figura decorativa. En cuanto a la señorita West, pretextando que hacía mucho calor para jugar a los naipes, salió a un balcón que daba al *Mall*. Trajeron la mesa de juego, con gran satisfacción de la señora Dalias, y... y yo me hallé libre para afrontar aquel instante tan ansiado, y al propio tiempo tan temido, que aguardaba desde hacía una semana.

Ahora que había llegado, parecíame más embarazoso de lo que yo supusiera. No sé si había luna, pero allí estaba su moderno substituto, el arco voltaico. A su luz, los barrotes del balcón proyectábanse como negras listas sobre el blanco vestido de la muchacha, y cuando se balanceaba, su rostro quedaba expuesto a la claridad. Tomé una silla y me coloqué junto a ella de modo que pudiera contemplarla a mis anchas.

— ¿Sabe — dije en vista de su silencio — que está usted más imponente con este vestido blanco que la última vez que la vi? La luz del arco dió de lleno en su semblante y vi que se sonreía levemente.

— ¿Recuerda usted el sombrero de las cintas verdes? Yo casi lo había olvidado.

— Yo no he olvidado... nada — dije, y en seguida me callé de un modo brusco. No quería ser desleal con Ricardo. Su voz llegaba precisamente hasta nosotros procedente del salón, y quizás me equivocué, pero me pareció que la señorita West alzaba la cabeza para escucharle.

— ¡Mirad qué mano! — decía mi amigo. — Lo mismo hubiera podido jugarse con los pies.

— Es muy simpático, ¿verdad? — observó inesperadamente Alison. — Por triste o desanimada que me halle, siempre me reanima la compañía de Richey.

— Es más que simpático — repliqué con entusiasmo; — es el muchacho más honrado que conozco. Si así no fuera, podría tener

El Hogar y la Moda

REVISTA FEMENINA DECENAL (SE PUBLICA
LOS DIAS 5, 15 Y 25 DEL MES) DIRIGIDA POR
Tomás Gutiérrez Larraya

Está considerada esta revista como la más popular de España y la más moderna en su clase, al mismo tiempo que la más recomendable para la madre de familia, tanto por la información que le ofrece sobre las modas más recientes, como por las ideas que le proporciona para la vida en el hogar.

Los principales temas que en sus diversos números van desarrollándose son:

LECCIONES SOBRE LA MODA.—LA CASA GRATA Y BELLA.—PARA EDUCAR EL NIÑO.—MUJERES DE AYER Y HOY.—LABORES FEMENINAS.—PLANTAS, FLORES Y PÁJAROS.—HIGIENE Y BELLEZA.—LA COCINA PRÁCTICA.—COMENTARIOS DE ACTUALIDAD.—LA VIDA Y LA PANTALLA.—SERVICIO DE PATRONES.—«DE TODOS A TODOS.»—«DICEN QUE...» (miscelánea).—Caricaturas, &



GRAN PROFUSIÓN DE FIGURINES DE PARÍS Y LONDRES. PÁGINAS DE FIGURINES A TODO COLOR.—PRECIOSOS MODELOS DE LABORES Y BORDADOS. MULTITUD DE ILUSTRACIONES PARA TODOS LOS TRABAJOS.—PUBLICACIÓN EN FOLLETÍN DE INTERESANTES OBRAS PRÁCTICAS.—ORIGINALES CONCURSOS CON VALIOSOS PREMIOS.—A CADA NÚMERO ACOMPAÑA EL SUPLEMENTO INFANTIL «KI-KI-RI-KI».

PRECIOS DE VENTA Y SUSCRIPCIÓN

Número suelto . . . 0'40 pta.
Por un mes . . . 1'— pta.
Por un semestre. 6'— ptas.
Por un año . . . 12'— ptas.

Para suscripciones diríjase a
El Hogar y la Moda

Diputación, 211 Valverde, 21 dup.
BARCELONA :: MADRID ::

BEBIDAS CASERAS



Un
tomo
de
156
páginas
3
pesetas



POR LA
DOCTORA FANNY



Modos sencillos y prácticos de preparar en casa toda clase de bebidas:
Cocteles : Ponches : Jarabes : Bebidas para enfermos : Aguas minerales
Refrescos : Licores : Amargos : Cordiales : Vinos : Cervezas : Helados, etc.



Un
tomo
de
156
páginas
3
pesetas



Otras obras de la Doctora Fanny publicadas en la misma colección

LA COCINA CASERA

Un tomo de 222 páginas, 2'50 ptas.

REPOSTERIA Y CONFITERIA :-: :-: CASERAS :-: :-:

Un tomo de 205 páginas, 2'50 ptas.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.
Calle de la Diputación, 211 - BARCELONA

EDITORES

LIBRERÍA "EL HOGAR Y LA MODA"
Calle de Valverde, 21, duplicado - MADRID